

La Casa de la Muerte



La Casa de la Muerte

Título de la obra: La Casa de la Muerte

© 2026, El Amo del Calabozo / La Madriguera del Tejón

Esta es una edición digital de distribución libre y gratuita. Se permite su descarga, lectura y compartición sin fines comerciales, siempre que se reconozca la autoría y no se altere el contenido de la obra.

Edición, maquetación y diseño de interiores: Sergio Tejón

Sello editorial: La Madriguera del Tejón

Sitio web: lamadrigueradeltejon.com

Contacto: habrá un día en que podamos ponernos en contacto, pero hoy no es ese día

Primera edición digital: Agosto de 2026

«La Casa de la Muerte» es contenido no oficial para fans permitido bajo la Política de Contenido para Fans. No está aprobado ni respaldado por Wizards. Partes de los materiales utilizados son propiedad de Wizards of the Coast. ©Wizards of the Coast LLC.

I. La aldea que no respiraba.	7
El camino que termina en niebla.	7
Rose y Thorn.	8
Lo que no encajaba.	10
La fachada.	11
II. La casa que sabía sus nombres.	13
El umbral.	13
Tras la vidriera.	15
El salón que se tragaba la luz.	16
Los que no bailan.	19
III. El cuarto de los niños.	25
La tercera armadura.	25
Lo que había en el baúl.	33
Lo que no se rinde a golpes.	37
Los que murieron esperando.	40
La casa dentro de la casa.	47
La esquina rota.	50
El filo en la garganta.	52
El único valiente.	55
La escalera que no debería existir.	57
IV. Las criptas familiares.	61
Cinco nombres en la piedra.	61
Sepultura	64
V. El canto bajo la tierra.	69
El cruce de los túneles.	69
El foso oculto.	70
Cuatro jergones y un lobo.	71
Lo que arrastraron hasta el brocal.	73
Una última mirada al pozo.	78
Metro y medio.	80
VI. El comedor de huesos.	83
El eco que traiciona.	83
El túnel vomita a los muertos.	85

Un respiro entre huesos	88
Lo que aguardaba en la penumbra.	90
El conjuro que no surtió efecto.	91
VII. Lo que queda después.	98
Tres estacas del foso.	98
La mano fría.	99
Una capa por sudario.	100
VIII. El santuario de Strahd.	102
El camino de los muertos.	102
El hombre de la capa.	103
La puerta bajo la arcilla.	104
El orbe que respira.	106
Los trece nichos.	107
Lo que se movía tras los barrotes.	109
A media sílaba.	112
El lobo cosido en la ropa.	115
IX. Uno debe morir.	119
Él es el Antiguo, él es la Tierra.	119
Tres direcciones.	125
El precio de la fuga.	128
Salvaos.	131
X. Todavía no.	135
La puerta que no cedía.	135
La niebla y los tres.	138
Esto no es un entierro.	140
La niebla vino a cubrirlo.	142
La única vela encendida.	143

*Para Jose, Álvaro, Antonio y Sergio.
Como vuestro Amo del Calabozo,
solo os proporcioné el escenario;
vosotros pusisteis el alma.*

*Gracias por transformar una serie de
tiradas de dados y estrategias en Thaimaturgy
en la verdadera protagonista de este libro.*

*A mis jugadores:
la Casa de la Muerte puede haber caído,
pero vuestra historia, vuestra astucia y
vuestro valor son lo que realmente
ha quedado grabado en piedra.*

I. La aldea que no respiraba.

El camino que termina en niebla.

Llevaban días caminando cuando el bosque, por fin, los escupió.

No hubo otro aviso que el silencio: los grillos que habían cantado toda la noche anterior se callaron de golpe, como si una mano invisible hubiera apagado una vela, y el camino de grava —que hasta entonces serpenteaba entre pinos negros y jirones de niebla baja— se enderezó de pronto ante ellos, recto como una flecha clavada en el pecho de la tierra. Al final de esa flecha esperaba la aldea.

Alden fue el primero en detenerse. Algo en el aire —una humedad distinta, un peso que no tenía nombre— le había rozado la piel antes que a los demás. No dijo nada. Se limitó a mirar el perfil de los tejados que se recortaban contra un cielo del color de la ceniza vieja, y a apretar un poco más el paso de su bastón contra la grava. Mientras los otros hablaban, él permanecía inmóvil y sus ojos recorrían las sombras entre las casas. Buscaba algo que no habría sabido nombrar, y solo encontraba aquel silencio denso, físico, que le apretaba los tímpanos con intención.

Naivara fue la que habló primero, en voz baja, casi para sí misma.

—Esto no es un pueblo. Es una advertencia con forma de pueblo.

Thorin gruñó algo parecido a un asentimiento con la mano ya cerrada sobre el mango del hacha que llevaba al cinto, y avanzó con ese paso corto y firme de quien no confía en dejar que el miedo le tome ventaja. Pip, en cambio, se quedó un paso atrás de todos. Tenía la capucha calada hasta las cejas y estudiaba la aldea con el mismo ojo con que un ladrón estudia una casa antes de decidir por qué ventana entrar. Después de tantos días huyendo de ciudades donde su cara empezaba a ser demasiado conocida por la gente equivocada, aquel lugar —remoto, olvidado, envuelto en su propio silencio— tenía todo el aspecto de un buen sitio para desaparecer. O eso quiso pensar.

Las casas se apretaban unas contra otras a ambos lados de la calle principal, altas y oscuras, con los aleros inclinados como hombros encorvados. Sus contraventanas estaban cerradas a cal y canto. Un puñado de tiendas —una herrería, lo que parecía una tienda de telas, algo que quizá una vez fuera una panadería— presentaban el mismo gesto hermético, y hasta la taberna, que en cualquier otra aldea sería el corazón bullicioso del lugar, permanecía atrancada por dentro: una barra de madera gruesa cruzada tras los cristales sucios, visible incluso desde la calle.

No había perros. No había humo en las chimeneas. No había una sola alma asomada a una ventana para ver quién llegaba.

El silencio no era la simple ausencia de ruido. Era denso, físico, como si el aire mismo hubiera engordado con la quietud, apretándose contra los tímpanos.

Y entonces, rompiéndolo, llegó un gimoteo.

Rose y Thorn.

Sonaba pequeño y frágil, el llanto contenido de alguien que ha aprendido a llorar sin hacer ruido para no molestar. Los cuatro giraron la cabeza a la vez, siguiendo el sonido hasta el centro de la calle, donde se recortaban dos siluetas menudas.

Una niña, de unos diez años, con el cabello recogido en una trenza deshecha y el rostro serio de quien ha decidido crecer antes de tiempo, rodeaba con un brazo protector a un niño más pequeño. No tendría más de siete. Lloraba en silencio, sacudido por hipidos que trataba de tragarse, y aferraba contra el pecho un muñeco de trapo tan gastado que apenas conservaba la forma de su rostro cosido.

Naivara fue la primera en moverse hacia ellos, con las manos abiertas y visibles, y el paso lento de quien se acerca a un potro asustado. Se agachó un poco al llegar, para no cernirse sobre los niños como una sombra más.

—Tranquilos, no vamos a haceros daño —dijo, con esa voz suave que solo se consigue tras haber calmado antes a criaturas

que no entienden las palabras, solo el tono—. ¿Cómo os llamáis? ¿Dónde están vuestros padres?

Thorn llegó casi a su altura. La barba, bien peinada, le temblaba un poco con un viento que no soplaba, y añadió con su vozarrón contenido, ese que un enano solo saca para los más pequeños:

—Nadie va a dejar que os pase nada. Contadnos qué ha ocurrido.

La niña alzó la vista hacia ellos con una mezcla de alivio y desesperación tan cruda que costaba sostenerle la mirada. Se irguió un poco, como si el simple hecho de que alguien le preguntara le devolviera algo de la autoridad que llevaba rato sosteniendo sola.

—Me llamo Rose Durst —dijo—. Y este es mi hermano, Thorn. Nuestros papás...

Se interrumpió, tragando saliva, y Rose apretó el hombro del niño, que solo asintió, con la nariz roja y los ojos hinchados, sin soltar el muñeco.

—Nuestros papás encerraron un monstruo en el sótano de casa. Para protegernos —continuó Rose, y su voz tembló apenas un instante antes de enderezarse de nuevo, como quien no se permite el lujo de quebrarse delante de su hermano pequeño—. Pero luego bajaron a comprobar que seguía encerrado... y no volvieron a subir. Ya no sé cuánto tiempo ha pasado.

Señaló, con un dedo tembloroso, una casa unas puertas más allá: alta, de ladrillo deslucido, visiblemente más vieja y descuidada que sus vecinas. Un pórtico enrejado protegía la planta baja, y una verja de hierro oxidada colgaba entreabierta sobre sus bisagras, meciéndose con un crujido suave, aunque no corría ni una brizna de aire.

—¡Hay un monstruo en nuestra casa! —dijo, y esta vez la voz sí se le rompió del todo—. Y el bebé, Walter, sigue arriba, en el cuarto de la niñera. ¡Tenemos que sacarlo! Pero no podemos entrar, el monstruo sigue ahí dentro, lo oímos aullar por las noches...

Thorn solo asintió, sollozando, sin apartar el dedo tembloroso de la fachada de ladrillo.

Pip, mientras tanto, no se había acercado. Permanecía dos pasos atrás, con la mirada recorriendo la calle entera —las tiendas

cerradas, la taberna atrancada, las casas tapiadas junto a la mansión, como si todo el pueblo hubiera decidido, hacía mucho, darle la espalda a esa esquina del mundo—. Para un hombre que solo quería pasar desapercibido, aquel silencio hermético era casi perfecto. Inquietantemente perfecto.

Rose miró entonces a Thorin y a Naivara con una determinación que desentonaba con su edad.

—No voy a volver a entrar hasta que alguien me diga que el monstruo se ha ido. Pero... si vosotros entrarais y lo comprobarais...

Dejó la frase flotando, esperanzada, sin atreverse a pedirlo del todo.

Lo que no encajaba.

—¿Walter está solo ahí arriba? —preguntó Naivara, agachándose aún más para quedar a la altura de los niños—. ¿Nadie se ha quedado con él?

Rose negó con la cabeza, y por primera vez su tono firme flaqueó de verdad.

—Nadie. Mamá y papá bajaron a ver qué pasaba con el monstruo... y no volvieron a subir. Walter debe de estar solo en la guardería, en el tercer piso. Lloro mucho por las noches.

Thorn soltó un gemido ahogado al oír el nombre del bebé, y apretó el muñeco de trapo contra su pecho como si fuera lo único que le quedaba en el mundo.

Thorin, con el ceño fruncido, señaló las casas de alrededor, todas tapiadas y a oscuras.

—¿Y esas casas? ¿Qué les pasó a vuestros vecinos?

Rose se encogió de hombros con la naturalidad de quien repite algo oído mil veces, sin necesidad ya de sentirlo.

—Se fueron hace mucho. Todos. Dicen que esta calle da mala suerte. Ya no queda nadie más que nosotros... y el monstruo.

Alden, que había permanecido apartado del grupo, examinando la fachada de la casa desde la verja, se volvió hacia los niños. No se acercó, no habló, pero sus ojos —de un gris apagado, casi del color de la ceniza— se posaron en Rose con una pregunta que no

formuló. La niña lo notó, y por un instante su expresión sería flaqueó, como si el silencio de aquel hombre le resultara más incómodo que las palabras de los demás.

Mientras los niños hablaban, Pip se había puesto en marcha, recorriendo la calle y la fachada de la casa con ojo de ladrón, atento a cada detalle que se escapara de lo normal. Lo que encontró —o, más bien, lo que no encontró— le heló algo por dentro. La grava del camino estaba intacta: ni una huella reciente, ni una marca de arrastre, nada que sugiriera que dos adultos hubieran cruzado esa verja hacía poco, como decían los niños. No había viento. No había pájaros. No había el más mínimo sonido de vida en toda la calle, un silencio que se sentía antinatural, casi expectante, como el de una sala de teatro justo antes de que se alce el telón.

La verja de hierro del pórtico estaba entreabierta, con las bisagras oxidadas de un lado, pero la cerradura del otro parecía intacta, como si nunca en años la hubiera cerrado ninguna llave.

Y había algo más, sutil, que Pip no terminaba de nombrar hasta que lo tuvo delante: la ropa de Rose y Thorn. Vista de cerca, la tela y el corte no encajaban del todo con nada que hubiera visto en el camino, ni en las aldeas de los valles que habían ido dejando atrás. Como si los niños vistieran prendas de otra época, ligeramente fuera de lugar, igual que una nota desafinada en una melodía perfecta.

No dijo nada todavía. Pero lo archivó en su memoria.

La fachada.

Con el permiso silencioso del grupo, Pip rodeó la casa por fuera antes de proponer nada, inspeccionando cada detalle con la misma atención con que un tasador estudia una joya de procedencia dudosa. Si lo que decían los niños era verdad, aquel lugar podía ser también un buen refugio; pero antes de refugiarse en algo, a Pip le gustaba conocer todas sus salidas.

La casa tenía tres plantas completas, coronadas por un ático abuhardillado bajo un tejado a dos aguas. A diferencia de las viviendas vecinas —tapiadas, ciegas, abandonadas a su suerte—, ninguna de las ventanas de esta estaba cegada con tablones; todas

miraban hacia la calle como ojos despiertos que fingen dormir. No encontró puerta trasera, ni ventana baja, ni rastro físico alguno de ningún monstruo: ni zarpazos en la piedra, ni tierra removida, ni el más mínimo indicio de que algo hubiera entrado o salido de aquella casa por la fuerza.

—Tres plantas y un ático —le confirmó a los demás al volver—. Ni una puerta trasera. Como si solo quisiera dejarnos entrar por un sitio.

Naivara, entretanto, había vuelto a los niños, señalando con un dedo las plantas superiores.

—¿En qué planta está el bebé?

Rose ladeó la cabeza y señaló hacia arriba, hacia la fachada.

—Walter está en la guardería, arriba de todo, bajo el tejado. Es la habitación con la ventanita redonda, ¿la ves?

Efectivamente, coronando la fachada, entre las tres hileras de ventanas apiladas, asomaba una pequeña ventana ovalada, como un ojo entornado bajo la línea del tejado.

Thorn, que hasta entonces solo había sollozado, se apretó contra el vestido de su hermana y añadió con un hilo de voz que a todos les dejó un frío distinto en la nuca:

—Walter llora mucho por las noches... pero ya no lo oímos llorar. Eso es malo, ¿verdad?

Rose le lanzó una mirada de advertencia, como si no quisiera que dijera esas cosas delante de desconocidos, y volvió a mirar a Naivara con la misma expectación esperanzada de antes.

Thorin, mientras tanto, había preguntado cuánto llevaban sus padres ahí abajo, si habían oído gritos. Rose solo pudo confirmar que habían oído «aullidos horribles» desde el sótano, sin precisar cuánto tiempo llevaban sin verlos. El enano cerró los ojos un instante, aguzando el oído hacia la casa, buscando cualquier sonido que confirmara o desmintiera aquella historia.

No oyó nada. Ni un aullido, ni un llanto, ni una tabla crujiendo. Solo aquel silencio antinatural que ya empezaba a pesarle en el pecho como una losa.

—No oigo gritos —masculló, más para sí mismo que para los demás—. No oigo nada. Y no me gusta un pelo.

II. La casa que sabía sus nombres.

El umbral.

Naivara se agachó de nuevo frente a Rose y Thorn, con voz calmada aunque el pulso le latiera con fuerza bajo la piel.

—Enseguida bajamos con Walter, os lo prometo. Esperad aquí, en el pórtico, ¿de acuerdo?

Tenía sus dudas —muchas— sobre si aquella historia era del todo cierta. Pero la sola idea de que hubiera un bebé indefenso al alcance de algo peligroso, y de que su inacción pudiera costarle la vida, pesaba más que cualquier sospecha.

Rose asintió con gesto serio, protector, como si fuera ella quien concediera el permiso, y agarró la mano de su hermano con firmeza.

—Vale... pero daos prisa. El monstruo...

Thorn sollozó, apretando el muñeco contra el pecho, pero no protestó. Los dos niños se quedaron junto a la verja, observando.

Thorin frunció el ceño, escudriñando la fachada con desconfianza abierta.

—No oigo ningún grito, ni nada parecido a un monstruo aullando. Todo esto me da muy mala espina —dijo, y aun así, aflojó el hacha en su cinto y siguió al grupo hacia la puerta—. Vosotros entrad si queréis, yo os cubro las espaldas. Pero mucho me temo que aquí no hay ningún bebé que rescatar... aunque seguro que sí hay algo que merece un buen mandoble.

El grupo cruzó la verja oxidada, cuyas bisagras chirriaron al abrirse del todo, y subió los peldaños del pórtico. Sobre sus cabezas, unas lámparas de aceite colgaban inmóviles de sus cadenas, como centinelas que llevaran siglos sin parpadear. Ante ellos se alzaba un par de puertas de roble macizo.

Alden fue el último en cruzar el umbral. Se detuvo un instante en el pórtico con su mano en el pomo de su espada, y escudriñó la calle vacía una última vez antes de dejar que la oscuridad de la casa lo reclamara.

Al empujarlas, se abrieron sin resistencia a un gran vestíbulo.

En la pared del fondo colgaba un escudo de armas —un molino de viento dorado estilizado sobre campo rojo— flanqueado por retratos enmarcados de rostros pétreos: aristócratas hacía tiempo fallecidos, con ropajes de otra época y ojos pintados con un cuidado casi excesivo, como si el artista hubiera querido que siguieran mirando mucho después de que la carne se pudriera bajo tierra. El aire aquí dentro era denso, cargado de un silencio que observaba. Al norte, unas puertas dobles de caoba con paneles de vidriera daban paso, presumiblemente, al salón principal.

Rose y Thorn se quedaron atrás, en el umbral del pórtico, sin atreverse a cruzar la línea que separaba la calle de la casa.

Thorin fue hacia el escudo, pasó los dedos por el relieve dorado del molino de viento y estudió los retratos uno por uno, buscando una inscripción, una fecha, algo fuera de lugar. No encontró nada más que lo que ya había sentido al entrar: pinturas que eran solo pinturas, un escudo que era solo un escudo. O eso parecía.

Pip cruzó el vestíbulo con paso ligero hacia las puertas de caoba del fondo. A través de los paneles de vidriera de colores, la luz mortecina del exterior se filtraba en fragmentos rojizos y ambarinos, proyectando sombras alargadas sobre el suelo de mármol. No distinguió movimiento al otro lado, pero el cristal deformaba cualquier forma que pudiera haber tras él.

Atrás, junto al umbral, Naivara cerró los ojos, dejó caer los hombros y respiró hondo, tratando de vaciar la mente para percibir lo que se escondía tras aquellos muros. Durante un momento no hubo nada —solo quietud—. Y entonces le llegó, no como un sonido ni una imagen, sino como una certeza física clavada en la boca del estómago: la casa *sabía* que estaban ahí. No era la sensación de un lugar vacío y abandonado, sino la de un lugar que prestaba atención. Algo, en algún rincón entre aquellas paredes, los observaba y esperaba. El frío que sintió no venía de ninguna corriente de aire, porque no había ninguna.

Abrió los ojos y se volvió hacia sus compañeros.

—No estamos solos —dijo, con voz baja pero firme, sin apartar la vista de las sombras que se acumulaban entre los retratos—. No sé

qué es, ni dónde está, pero esta casa... nos siente. Mantened los sentidos alerta.

Sin esperar réplica, echó a andar hacia las puertas dobles de caoba con paso decidido.

Thorin apretó la mandíbula. Aflojó del todo el hacha en su cinto y se colocó un paso por detrás y a un lado de Naivara, con el escudo listo, y no dejó de recorrer con la mirada los retratos, las esquinas, el techo.

—Esto no me gusta ni un pelo —masculló, más para sí que para el grupo—. Cada tabla de esta casa cruje con maldad.

Tras la vidriera.

Pip, antes de que nadie tocara nada, se adelantó y examinó las puertas de cerca: pasó los dedos por el marco de caoba, buscó algún mecanismo oculto bajo la talla, alguna hendidura sospechosa junto a la cerradura. Las manillas de bronce, deslustradas por el tiempo, no escondían resorte ni trampa alguna que su ojo entrenado pudiera detectar; la vidriera de colores tampoco revelaba nada al tacto, solo el frío del cristal viejo y las formas indistintas que temblaban al otro lado, deformadas por el vidrio emplomado. Aun así, cerró los ojos un instante, como había hecho Naivara, intentando captar algún eco de aquella presencia que la elfa había sentido. No obtuvo ninguna certeza clara, solo la misma opresión difusa que ya flotaba en todo el vestíbulo, un poco más densa, quizá, cuanto más cerca estaba de aquella puerta.

Thorin se inclinó junto a la madera con su oreja casi pegada al paño de caoba, conteniendo la respiración. Del otro lado no llegaba ningún sonido: ni pasos, ni voces, ni el aullido que los niños juraban haber oído noche tras noche. Solo silencio, el mismo silencio antinatural que parecía haberse tragado la aldea entera.

Naivara puso la mano sobre el pomo frío y se volvió hacia sus compañeros, buscando en sus ojos una última confirmación antes de dar el paso. Thorin le devolvió un gesto seco mientras alzaba la guardia. Pip retrocedió medio paso, listo para lo que fuera a asomar entre las sombras deformadas del cristal.

Naivara asintió para sí misma y giró el pomo.

La puerta cedió con un quejido largo y bajo, como si algo, en las entrañas mismas de la casa, llevara siglos esperando exactamente ese sonido.

El salón que se tragaba la luz.

La puerta cedió del todo, y ante ellos se abrió un salón que parecía tragarse la luz de las últimas velas del vestíbulo. Era ancho, tanto como la propia fachada de la casa, y en sus extremos se enfrentaban dos símbolos: al fondo, una chimenea de mármol negro, fría y muda como una boca cerrada; a la derecha, una escalinata de mármol rojo que subía en espiral hacia la penumbra del piso superior, con el brillo apagado de una herida antigua. Sobre la repisa de la chimenea colgaba una espada larga, su empuñadura de plata tenía labrada el mismo camafeo de molino de viento dorado que habían visto grabado en el escudo de armas del vestíbulo. Las paredes, revestidas de madera oscura, mostraban un tallado profuso de enredaderas, flores, ninfas y sátiros que trepaba junto a la escalera en su ascenso, como si el propio bosque hubiera decidido crecer hacia arriba, hacia el techo.

Pip fue el primero en reaccionar. Retrocedió medio paso hacia el umbral, ambas dagas ya fuera de sus fundas, girándolas una vez en las manos antes de fijar la mirada en la oscuridad más allá de las puertas. No dijo nada. Solo observó, tenso como una cuerda de arco, listo para saltar sobre lo primero que se moviera de forma equivocada.

Naivara avanzó hacia el centro del salón, girando despacio para abarcarlo todo con la mirada: la chimenea apagada, la escalinata que se enroscaba hacia la oscuridad, las tallas que cubrían cada panel como si alguien, mucho tiempo atrás, hubiera querido llenar cada centímetro de madera con algo que no fuera silencio. Se acercó a examinar de cerca los relieves, recorriendo con los dedos las flores y los sátiros esculpidos, entornando los ojos en busca de alguna forma oculta bajo la ornamentación. Pero por más que buscó, no encontró nada que no fuera lo que parecía: enredaderas,

pétalos, criaturas del bosque congeladas en madera pulida. Si había algo escondido en aquellos dibujos, se le escapaba.

Se volvió hacia sus compañeros y señaló la escalinata con la mirada.

—El bebé debe de estar en la última planta, bajo el tejado. Eso dijeron los niños.

Thorin, mientras tanto, se había acercado a la chimenea. Descolgó la espada larga con cuidado, sopesándola en la mano callosa. Era una pieza elegante, de buena factura, el filo bien cuidado a pesar del tiempo transcurrido, pero por más que la giró bajo la luz mortecina que entraba del vestíbulo, no percibió en ella ningún resplandor arcano, ningún zumbido de magia dormida. Solo el trabajo honesto de un buen armero. La devolvió a su soporte sobre la repisa y se agachó frente al hogar de mármol negro.

Rebuscó en su morral, sacó el yesquero, y tras un par de intentos consiguió prender la yesca seca que llevaba encima. Las llamas mordieron la leña acumulada con un chisporroteo agradable, y una luz cálida y anaranjada empezó a extenderse por el salón, dibujando sombras danzantes sobre las tallas de las paredes. El frío antinatural que se respiraba en la casa cedió, aunque fuera solo un poco.

Alden no se unió ni a la conversación sobre la chimenea ni a la inspección de la espada. Mientras los otros se ocupaban del fuego, él había echado a andar por el perímetro del salón, y lo estaba haciendo del modo en que un soldado recorre una habitación en la que no piensa quedarse: pegado a la pared, tocando cada vano con la mano abierta antes de asomarse.

Al oeste encontró un hueco que daba a una cocina fría, con la lumbre apagada desde hacía tanto que la ceniza se había vuelto piedra. Al noroeste, otro que prometía un comedor. Al este, una puerta cerrada que no cedió cuando la empujó y que él no forzó. Volvió sobre sus pasos, se detuvo un momento junto al guardarropa anexo —donde media docena de capas negras colgaban en fila y un sombrero de copa reposaba, solitario, en un estante alto—, y regresó junto al fuego.

—Podríamos... llamar —dijo entonces Naivara, más para sí misma que para el grupo, con la mirada perdida en la escalera—. Preguntar por los señores Durst. Hacer como que somos viajeros perdidos que buscan posada.

Apenas terminó la frase, su propio ceño se frunció, y algo en su mirada se apagó, como si la idea le repugnara nada más pronunciarla.

Pip no perdió el tiempo con dilemas. Se subió a la repisa de un salto ágil y descolgó la espada con un gesto casi ceremonioso, girándola para que el camafeo del molino de viento captara la luz del fuego.

—Esto, en Vallaki o donde sea, vale sus buenos veinte oros —murmuró, envolviéndola en un trapo y colgándosela al costado, ligeramente orgulloso de sí mismo. Miró hacia la escalinata roja que serpenteaba hacia el techo—. ¿Qué hay ahí arriba?

Nadie lo sabía todavía. Solo se veía que el tallado decorativo seguía la curva de los peldaños hacia una zona en penumbra, sin revelar nada más.

Thorin no perdió tiempo tampoco. Con un gruñido y un golpe seco del hombro, partió la pata de una silla cercana, arrancó un jirón de una de las capas negras que colgaban en el guardarropa anexo y lo enrolló en el extremo astillado. Un instante junto a la chimenea bastó para que la tela prendiera con un chisporroteo grasiento, dando vida a una antorcha improvisada.

—Yo no armaría escándalo —le dijo a Naivara, sin dejar de vigilar las sombras del salón—. Si hay algo escuchando en esta casa, mejor que no sepa dónde estamos.

Naivara asintió despacio, aunque la duda no la abandonó del todo. Enarcó una ceja al ver a Thorin destrozar el mobiliario mientras le pedía silencio, pero no dijo nada. Se guardó la idea de llamar a los Durst, se volvió hacia la escalinata y, sin pronunciar palabra, empezó a subir.

—Parece que habrá que subir —dijo Pip, señalando los escalones con la barbilla, y cerró la marcha detrás de ella, cargado ya con la espada y observando cada sombra con desconfianza.

Thorin subió el último, antorcha en alto, vigilante.

A mitad de tramo, uno de los peldaños cedió bajo el peso de Naivara con un crujido seco que resonó escaleras arriba y abajo como una campana rota. La elfa se quedó inmóvil un instante, conteniendo el aliento. Nadie respondió al ruido. Solo el silencio de la casa, más denso ahora, pareció devolverles la mirada. Thorin, sorprendentemente ágil para llevar cota de malla, cerró la marcha sin apenas un susurro.

Los que no bailan.

El vestíbulo superior se abrió ante ellos como una estancia sacada de otro tiempo. Las lámparas de aceite montadas en las paredes estaban apagadas, y sobre la repisa de una pequeña chimenea colgaba un retrato enmarcado en madera oscura: la familia Durst al completo. Un hombre y una mujer —sin duda los padres de los niños que esperaban fuera— posaban con sus dos hijos sonrientes, Rose y Thorn, reconocibles al instante. En brazos del padre, un bebé envuelto en mantas era el blanco de la mirada de su madre, cuyo rostro traslucía una sombra que el pincel apenas se atrevía a insinuar, pero que estaba ahí. Dos armaduras completas flanqueaban sendas puertas de madera, una a cada lado del vestíbulo, este y oeste; empuñaban lanzas y sus yelmos con visera tenían forma de cabeza de lobo. Las puertas mismas estaban talladas con figuras que, a la luz escasa, parecían jóvenes bailando. Una corriente de aire frío bajaba por los escalones que continuaban su espiral hacia un balcón más arriba.

Naivara se acercó despacio al retrato, sacudiéndose el sobresalto del crujido en la escalera. Cuanto más lo miraba, más incómoda se sentía. Un pequeño cartelito dorado en la parte inferior del marco identificaba a los adultos: Gustav y Elisabeth Durst. El gesto de la madre no era solo frialdad maternal: era un desprecio deliberado, casi una mueca contenida, dirigida directamente al bebé envuelto en mantas. El padre, en cambio, sostenía al niño con los brazos ligeramente girados hacia su propio cuerpo, como si lo apartara de la mirada de su esposa, protegiéndolo —o escondiéndolo de ella. Y había algo más que perturbaba a la elfa: el

rostro del bebé, pintado con un detalle inusual para una obra de ese tipo, no tenía la blandura inocente de un lactante. Sus ojos parecían demasiado atentos, demasiado presentes. Rose y Thorn, en cambio, sonreían con una inocencia genuina que contrastaba dolorosamente con el resto de la composición.

Naivara no sabía qué significaba, pero la sensación que le dejaba el cuadro era la de una familia rota por algo que ninguno de sus miembros nombraba en voz alta.

Mientras tanto, Pip se plantó frente a las armaduras de pie y, con la misma soltura con la que forzaría una cerradura, empezó a desmontarlas pieza a pieza.

—Nadie va a echarlas de menos —murmuró, y se quedó con las dos lanzas de cabeza de lobo, pesadas, más ornamentales que prácticas, dejando yelmos y corazas vacíos, torcidos, mirando hacia ninguna parte con sus viseras ciegas.

Thorin, antorcha en mano, recorrió el vestíbulo prendiendo una a una las lámparas de aceite de las paredes. La luz cálida se extendió poco a poco, ahuyentando las sombras más profundas, aunque las llamas parpadeaban con una regularidad extraña, como si el aire mismo de la casa las vigilara. Con la sala mejor iluminada, los tallados de las puertas este y oeste se distinguieron con más nitidez.

—Toca examinar esta planta —dijo Pip, focalizado de pronto, recorriendo cada grieta del suelo, cada bisagra, cada sombra que proyectaban las lámparas. Pero por más que se concentró, no encontró nada que no fuera ya evidente.

Naivara se acercó a las tallas de las puertas, pasando los dedos por los relieves de las figuras entrelazadas, tratando de descifrar su composición. A la luz oscilante, todo lo que vio fueron formas juveniles danzando en una coreografía elegante. Nada más.

Thorin, en cambio, se detuvo frente a la puerta oeste —aparentemente la que llevaba a la biblioteca— y estudió la talla con la paciencia terca de quien sabe leer piedra y madera. Algo no le cuadraba en las posturas: los brazos no estaban alzados en danza, estaban levantados en defensa. Se acercó más, entornando los ojos bajo la luz de su antorcha, y entonces lo vio con claridad. No eran jóvenes bailando. Eran jóvenes luchando, retorciéndose, con

los rostros congelados en un gesto de auténtico terror, rodeados de siluetas aladas que el artesano había tallado como enjambres densos y amenazantes.

Murciélagos. Docenas de ellos, tallados con un detalle casi obsesivo, atacando a las figuras humanas en ambas puertas, este y oeste.

—Esto no es una fiesta —murmuró Thorin, retrocediendo un paso—. Es una matanza. Alguien talló aquí gente siendo devorada por murciélagos y lo disfrazó de baile.

Naivara se apartó del hueco de la escalinata, esquivando a Pip —más bulto que él mismo, cargado ya con lanzas y espada— y plantó los pies frente a Thorin. Se agachó un poco para quedar a su altura, señaló hacia las puertas talladas con el ceño fruncido y no anduvo con rodeos.

—Thorin. Habla claro. ¿Qué es lo que has visto ahí? ¿Qué esconde esta casa?

El enano no se hizo de rogar. Con la antorcha aún chisporroteando en una mano, recorrió con la otra el contorno de una de las figuras.

—Mira esto de cerca. No están bailando. Fíjate en las bocas, en los brazos alzados... están luchando. Contra murciélagos. Enjambres enteros, rodeándolos. Y las caras no son caras felices. Es terror puro, tallado bajo todo ese barniz viejo que quisieron pasar por adorno.

Naivara se inclinó, entrecerró los ojos y pasó los dedos por la madera, comparando ambas puertas. Frunció más el ceño al notar que el patrón se repetía en las dos, este y oeste, como si quien las hizo quisiera que nadie pudiera evitar verlo al pasar entre ellas.

—Esto no es casualidad ni gusto artístico —murmuró, más para sí misma que para Thorin—. Es una advertencia. O una confesión. Alguien quería dejar constancia de algo que pasó aquí... o de algo que temían que volviera a pasar.

Thorin gruñó, conforme, y señaló con el mentón hacia el retrato de la familia sobre la chimenea, y luego hacia el techo, en dirección al ático que habían mencionado los niños.

—Sea lo que sea, no creo que esta casa nos lo vaya a poner fácil de descubrir. Prefiero saber a qué nos enfrentamos antes de seguir subiendo.

Pip se había quedado un paso atrás, apoyado contra el marco de una de las armaduras vacías que él mismo había desmontado. Observó a los dos debatir sobre simbolismos y molduras con una ceja levantada, sin tener muy claro qué aportar. *Estos dos parecen saber de lo que hablan*, pensó, ajustándose la espada robada al cinto. Decidió, por ahora, no meter baza y limitarse a seguirlos de cerca, atento por si algo se movía en las sombras del vestíbulo mientras ellos discutían.

Pero la paciencia de Pip tenía un límite, y ese límite llegó pocos instantes después, cuando comprendió que la conversación entre ambos no iba a llevarles a ninguna parte que él pudiera entender del todo.

—Llevamos un buen rato aquí —soltó, con la voz más afilada de lo habitual, cruzando los brazos—. Todo es rarísimo. Nadie dice gran cosa, y de repente parece que todo el mundo sabe algo que yo no. Ya estáis hablando entre vosotros. Escupidlo.

Thorin no se inmutó, pero bajó la antorcha un poco, como para no deslumbrar a nadie mientras hablaba.

—Pip, no sé mucho más de lo que ya te he contado —dijo, señalando con la cabeza hacia las puertas talladas—. Esas figuras de ahí no bailan: luchan contra murciélagos, con caras de puro terror. Eso es todo lo que he sacado. —Hizo una pausa, y por primera vez su tono grave se volvió más lento, más cauto—. Pero hay algo que no me gusta, y es esto: si de verdad hay un bebé en esta casa, ¿por qué no lo oímos? Ni llanto, ni gemido, nada. Una casa con un crío deberías oírla desde la calle. —Miró a Naivara—. Si quieres subir, subimos. Pero no sabemos a qué nos enfrentamos, y esto tiene toda la pinta de ser muy sospechoso. Yo os sigo, pero vamos con los ojos bien abiertos.

El silencio que siguió fue incómodo. La corriente fría que bajaba por la escalinata de mármol rojo desde el balcón pareció, por un instante, casi deliberada, como un aliento contenido en algún punto más arriba de la casa. Las llamas de las lámparas que Thorin había

encendido temblaron levemente, aunque no había ninguna ventana abierta cerca. Nadie lloraba. Nadie gritaba. La casa, simplemente, escuchaba.

—Un bebé nos espera más arriba —dijo Naivara, apretando los labios ante la advertencia de Thorin, pero sin retirar su determinación—. No me perdonaría que le pasara nada. Debemos avanzar aprisa. Después averiguaremos qué esconde este lugar.

Miró a Pip, interrogándolo con la mirada, esperando una última palabra.

Pip la sostuvo, observando a los dos con atención, midiendo cada gesto, cada silencio que se alargaba de más entre ellos. No encontró nada que lo tranquilizara del todo, pero tampoco encontró una razón para plantarse allí, en medio del vestíbulo, discutiendo con dos personas que, para bien o para mal, parecían saber leer aquella casa mejor que él.

—Sigo a lo que haga Naivara —dijo Thorin al fin, resignado, ajustando el agarre de su antorcha.

Naivara no esperó más. Armándose de una determinación que no acababa de sentir del todo, se volvió hacia la escalinata de mármol rojo y comenzó a subir, un peldaño tras otro, hacia el balcón que se perdía en la penumbra sobre sus cabezas. Thorin la siguió de cerca, y Pip, tras un último vistazo receloso al retrato de los Durst y sus miradas pintadas, cerró la marcha, con la mano ya cerca de la empuñadura de una de sus dagas.

Alden, que se había incorporado al grupo con la parsimonia del rezagado, permaneció estático. Rumiaba en silencio los fragmentos de aquella airada disputa, intentando encontrar un sentido a las voces que apenas habían logrado rasgar la densidad del aire.

Se quedó al pie de los escalones, con una mano en la baranda de mármol frío, mirándolos subir. Cuando Naivara se giró desde el primer recodo y le buscó los ojos, él negó despacio con la cabeza. Después señaló, con dos dedos, hacia abajo: hacia el vestíbulo, hacia las puertas de roble por las que habían entrado.

Ella tardó un momento en entenderlo. Luego lo entendió.

Era algo que Pip había dicho en la calle y que nadie había recogido, una de esas frases que se sueltan mientras se piensa en otra cosa. *Ni una puerta trasera. Como si solo quisiera dejarnos entrar por un sitio.* Los demás la habían oído como se oye un dato. Alden llevaba desde entonces oyéndola de otra manera.

Había estado en tres asedios. Sabía perfectamente cómo se llamaba un edificio con una sola puerta cuando había gente dentro que quería salir.

—Sigue tú —dijo Naivara, aunque él no había preguntado nada—. Nosotros bajamos con el niño enseguida.

Alden asintió una vez, y aquello fue todo lo que le concedió. Ella subió.

El resplandor de la antorcha de Thorin se perdió por la curva de la escalinata y el salón volvió a quedarse con la sola luz de las lámparas recién encendidas.

Alden se volvió entonces hacia la puerta cerrada del este. Se pasó el pulgar por el filo de la espada sin llegar a sacarla —un gesto viejo, de los que se hacen cuando no hay nada que decir— y fue a buscar la otra salida.

La corriente fría seguía bajando de lo alto, como si algo, muy arriba, respirara al otro lado de la oscuridad.

III. El cuarto de los niños.

La tercera armadura.

Lo primero que notó Naivara al llegar arriba fue la suciedad.

Abajo, la casa fingía. Los suelos de mármol estaban barridos, los retratos colgaban rectos, la escalinata brillaba bajo el polvo como una lengua bien lavada. Aquí no. El balcón era una galería estrecha de roble, abierta sobre el hueco de la escalera, y el polvo se acumulaba en las esquinas en pequeñas dunas grises, y las telarañas colgaban de las lámparas de aceite en jirones que nadie había molestado en años.

—Aquí ya no barre nadie —murmuró—. Abajo sí. Aquí no.

—Aquí no reciben visitas —dijo Thorin.

Pip no contestó, porque Pip estaba trabajando. Había entrado el último y se había quedado quieto tres pasos dentro, dejando que la vista se le acostumbrara, y ahora recorría la galería con esa atención plana y sin prisa que reservaba para las habitaciones ajenas. Ventana tapiada. Lámparas de pared. Un arcón bajo, vencido por la humedad. Y contra el muro del fondo, apoyada de pie, una armadura de placas negra.

Se detuvo.

Abajo, en el vestíbulo superior, Pip había desmontado dos armaduras enteras sin que le temblara el pulso: yelmos de cabeza de lobo, corazas huecas, lanzas ceremoniales que ahora llevaba a la espalda. Aquellas eran adornos. Esta no era como aquellas.

—Que nadie se acerque a eso —dijo, y lo dijo en voz muy baja.

—¿A qué? —Naivara siguió su mirada.

—A la armadura. —Pip alzó la barbilla hacia el fondo—. Miradle el polvo.

Tardaron un momento en verlo, pero cuando lo vieron ya no se pudo dejar de ver. Todo en aquel balcón estaba cubierto de una capa gris uniforme, depositada año sobre año, sin que nada la perturbara. Todo menos la armadura. En los hombros y en el peto el polvo estaba corrido, aplastado en unos sitios y limpio en otros, con esas marcas irregulares que deja algo que se mueve poco pero se

mueve. Y en el suelo, alrededor de los esarpes, había un semicírculo barrido.

—Y mirad cómo está puesta —añadió Pip—. Una armadura vacía no se sostiene así. Una armadura vacía se apoya, se vence, se cae de lado. Esa está *de pie*.

Nadie contestó.

Thorin cerró los ojos, se llevó una mano al símbolo sagrado que colgaba bajo su barba —un disco de latón gastado, con el sol de Lathander grabado tan fino que a la luz de la antorcha apenas se distinguía— y rezó pidiendo una señal. Cualquiera. Algo que le dijera si aquello estaba muerto o solo estaba esperando.

No le llegó nada. Ni calor, ni frío, ni el más leve tirón en el pecho. Solo un silencio educado y un peso en el esternón que no supo dónde colocar. Abrió los ojos con la desagradable sensación de haber hablado en una habitación vacía.

—Nada —dijo—. No me dice nada.

—Eso no significa que no haya algo—dijo Naivara.

—Sí. Ya sé lo que significa.

Naivara retrocedió hasta la boca de la escalera, con el hueco de la escalinata a su espalda, y separó los dedos de la mano izquierda. Entre las yemas se le fue formando una tensión pálida, tres puntos de luz que no acababan de cuajar, esperando.

—Si eso se mueve —dijo—, no lo peleamos. Lo tiramos por el hueco. Son tres pisos de caída y no hay nada que suba esa distancia otra vez si se desploma desde aquí.

—Me gusta —dijo Thorin.

Pip, que era el que iba a tener que ser el señuelo, se mantuvo callado. Se limitó a empuñar una de las lanzas de cabeza de lobo con las dos manos y a mantener la punta hacia el fondo, a más de dos pasos, que era exactamente la distancia a la que había decidido vivir el resto de su vida.

Y entonces Thorin, que llevaba un rato mirando las lámparas de aceite atornilladas a la pared, hizo lo que hacen los enanos cuando alguien propone un plan que requiere paciencia: buscó algo pesado y lo tiró.

Arrancó de su soporte la más cercana —hierro macizo, un buen peso, aceite denso chapoteando en la cazoleta—, tomó impulso con el hombro y la lanzó contra la armadura.

Pero falló.

La lámpara pasó a un palmo del yelmo, se estrelló contra el panel de roble de la pared y reventó. El aceite salió disparado en abanico: salpicó la madera y el suelo, pero sobre todo bañó el peto negro de arriba abajo. No hubo llama, ni una chispa que prendiera el combustible; solo el sonido del cristal roto y el líquido viscoso goteando por las placas de metal, dejando a la armadura totalmente empapada, brillando bajo la luz mortecina.

El estruendo se apagó. Nadie respiró.

La armadura no se movió.

—Bueno —dijo Pip, sin bajar la lanza—. Menos mal que era un adorno.

Fue entonces cuando el yelmo giró hacia él.

No hubo chirrido. Eso fue lo peor: una pieza de metal de aquel tamaño, con años de óxido en las juntas, debería haber chirriado. La visera vacía se orientó hacia Pip con la suavidad de una cabeza que se vuelve al oír su nombre, y la armadura se despegó de la pared y echó a andar.

Pip fue el más rápido. Ya tenía la lanza en alto antes de que el segundo pie tocara el suelo y la lanzó hacia delante buscando la junta de la rodilla, donde el metal siempre es más débil —y la punta de hierro resbaló sobre la placa curva y se fue arriba, sin morder nada.

Los guanteletes llegaron a la vez. El primero pasó silbando junto a su oreja y le arrancó un mechón de pelo con el aire. El segundo lo alcanzó de lleno en el costado, y no fue como recibir un puñetazo: fue como que le tirasen un yunque encima. Pip salió despedido de costado, chocó contra la baranda y se quedó ahí colgado, doblado sobre la madera, con la boca abierta buscando un aire que no le entraba.

—¡Pip! —Naivara soltó los tres dardos.

Cruzaron la galería como avispas de luz blanca y reventaron contra la coraza negra en tres puntos distintos, arrancando esquirlas

de metal y de aceite que no arrancó a arder. La armadura acusó los impactos con un temblor seco, un paso hacia atrás.

Y siguió andando hacia Pip.

—Está bien —jadeó el halfling, incorporándose con un brazo mientras con el otro se apretaba las costillas—. Está bien. A los tobillos.

Se dejó caer de rodillas y barrió con el asta a la altura de los escarpes, un movimiento limpio, de los que había usado veinte veces para tirar a un guardia borracho en un callejón. El asta golpeó el metal con un ruido a campana y no lo movió ni un dedo. Era como intentar derribar un mojón de piedra.

—Ah —dijo Pip.

Los dos guanteletes bajaron sobre él.

El primero le entró por encima de la guardia y le acertó en la sien y el hombro con un crujido que Naivara oyó desde el otro extremo del balcón. Pip cayó de bruces sin un sonido. El segundo lo alcanzó ya en el suelo, con la indiferencia de un mazo que remacha un clavo.

Después la armadura se quedó parada sobre el cuerpo, y volvió despacio la visera vacía hacia los otros dos, como preguntando cuál iba después.

Thorin se interpuso.

No gritó. Ese fue el detalle que Naivara recordaría más tarde: que Thorin cruzó los diez pasos de la galería en silencio absoluto, con la cabeza baja y el hombro por delante, pisando el charco de aceite y resbalando en él, usando ese resbalón como impulso, y embistió la coraza negra a la altura de la cintura con todo el peso corto y macizo de su cuerpo de enano.

La baranda del balcón era muy vieja y estaba podrida por dentro.

Se desmoronó igual que una caja de madera vieja..

La armadura salió disparada por el hueco entre una nube de astillas, girando sobre sí misma con una lentitud casi cortés, y Naivara la vio caer los tres pisos hasta el vestíbulo de abajo y estrellarse contra el mármol con un estruendo de chatarra que resonó por toda la casa. Un yelmo rodando. Una placa suelta patinando por el suelo.

Silencio.

Y luego, desde abajo, el sonido inconfundible de un metal recomponiéndose.

—No —dijo Thorin, asomándose por la brecha—. No, no, no.

Pero no se quedó a mirar. Se giró y fue directo a Pip, se arrodilló en el charco de aceite, le dio la vuelta con las dos manos y le puso la palma abierta en el pecho. Tenía la cara del halfling gris y la boca llena de sangre y no le encontraba el aliento por ninguna parte.

—Ahora sí —dijo entre dientes—. Ahora sí me escucharás.

Y esta vez Lathander lo escuchó. El calor le bajó por el brazo y le entró a Pip por el esternón, y el halfling dio una boqueada violenta, tosió, escupió y abrió los ojos con la mirada perdida de quien acaba de volver de un sitio del que no se acuerda.

—¿Qué...?

—Quieto.

Naivara, desde el borde de la brecha, ya estaba lanzando la segunda andanada escaleras abajo. Los tres dardos bajaron los tres pisos en línea recta y alcanzaron a la armadura justo cuando terminaba de ponerse en pie sobre el mármol del vestíbulo, y esta vez la sacudieron de verdad: una de las hombreras se desprendió y cayó tintineando.

La armadura levantó la visera hacia el hueco de la escalera. Localizó el balcón. Y empezó a subir.

No subió corriendo. Subió como había cruzado la galería: al mismo paso, sin acelerar, sin buscar cobertura, sin apartarse de la línea recta que la separaba de ellos. Peldaño a peldaño por la escalinata de mármol rojo.

Fue Naivara la que se percató primero.

—No piensa —dijo.

—¿Qué?

—Que no piensa, Thorin. Mírala. Sigue el camino más simple, sin cubrirse. —Se volvió hacia él con los ojos muy abiertos—. Las lámparas. Todas las lámparas.

Thorin ya estaba arrancando la segunda de la pared antes de que ella terminara la frase.

Las tiró las dos escaleras abajo. Las lámparas se hicieron pedazos contra el pasamanos y contra el borde de los peldaños, muy por delante de la armadura, que seguía subiendo tranquilamente. El aceite se derramó a lo ancho de los escalones centrales y encontró, en la mecha todavía encendida de una de las dos, todo lo que necesitaba.

El fuego subió por la escalinata de mármol rojo en una sola bocanada azul.

Y la armadura entró en él sin desviarse ni un dedo.

Naivara se llevó una mano a la boca. No era valor. Era otra cosa, algo mucho peor de ver: aquella cosa no sabía que el fuego quemaba. Atravesó las llamas al mismo paso exacto con el que había cruzado el balcón, y fue entonces cuando el incendio de los escalones actuó como el catalizador fatal para el aceite que ya la cubría. El líquido que Thorin le había impregnado en su primer lanzamiento fallido estalló de golpe, convirtiendo la coraza en una pira. El fuego no solo la rodeaba; ahora nacía de ella, ardiendo en una película azul y voraz que le corría por el pecho como agua incandescente.

Subió cuatro escalones más.

Y a mitad del quinto, sencillamente, dejó de sostenerse.

No hubo grito, ni estertor, ni ninguna de esas cosas que hacen las criaturas al morir, porque aquello nunca había estado vivo. Las piernas cedieron primero. Después el torso se dobló hacia delante y toda la estructura se vino abajo de golpe, plancha sobre plancha, y quedó tendida a media escalinata: un amasijo negro y humeante del que salía un hilo de humo grasiento, con el yelmo rodando otros tres peldaños hasta detenerse boca arriba, mirando al techo con sus dos agujeros vacíos.

El aceite siguió ardiendo en los escalones, fuego bajo, tranquilo, sin nada más que consumir.

Pip, sentado en el suelo con la espalda contra el arcón y las dos manos en el costado, fue el primero en hablar.

—¿Alguien más ha notado —dijo, con la voz rota— que la ha matado la que él falló?

Thorin, de pie junto a la brecha de la baranda, con la antorcha en una mano y la barba llena de ceniza, no contestó.

El eco de unos pasos firmes y cadenciosos, casi militares, subió desde el vestíbulo, rompiendo la tregua del silencio. Alden emergió de la penumbra de la escalera con la mano firme en el pomo de su espada, escaneando el entorno con la frialdad de quien espera una emboscada. Se detuvo en seco al alcanzar el tramo medio, donde los restos de la armadura —ahora un amasijo de metal al rojo vivo, ceniza y un hilo de humo grasiento— yacían esparcidos sobre el mármol, aún destilando un vaho negruzco.

Sus ojos grises recorrieron el estrago antes de posarse sobre el grupo. No preguntó qué había sucedido; la respuesta estaba escrita en el suelo chamuscado y en la respiración entrecortada de los tres.

—Tened cuidado —dijo con voz grave y contenida—. Aquí las sombras no se quedan quietas. No sé qué habéis despertado, pero este amasijo de hierro humeante quizá no sea el único centinela que vigila esta casa.

* * *

El silencio del balcón, tras la violencia del combate, tenía un peso distinto al de antes. Ya no era el silencio de algo que escucha; era el silencio de algo que había ganado, aunque fuera solo esa pequeña batalla.

Naivara se apartó de la baranda astillada y comenzó a recorrer la estancia, palma abierta contra los paneles de roble, buscando juntas, resortes, cualquier cosa que no fuera simplemente decoración.

—Escuchadme —dijo, sin dejar de tantear la madera—. Hemos subido hasta aquí y no hay ninguna escalera que continúe. Ni un tramo más, ni una puerta al fondo. Y sin embargo los niños hablaron de un ático, y de un sótano donde quedó el monstruo con sus padres. Dos lugares, y ninguno de los dos lo hemos visto todavía. Esta casa no termina en este balcón, tiene que haber algo más.

El enano fue a ayudarla. Pasó los dedos gruesos por los bordes de los marcos tallados y golpeó aquí y allá con el nudillo para

escuchar si el sonido cambiaba de hueco a macizo. Pip, todavía dolorido del costado, se apartó de la brecha de la barandilla —satisfecho de que el fuego se consumiera solo, sin ganas de acercarse más a los restos ennegrecidos de la armadura— y se unió a la búsqueda, deslizándose entre los dos con la agilidad de quien ha registrado más de una casa ajena sin permiso, señalando rincones que a Naivara podían pasársele por alto.

Fue ella quien se detuvo primero frente a una de las lámparas de aceite, acercando la cara a la talla de roble hasta casi tocar la madera con la nariz. Al principio le habían parecido escenas amables: árboles, hojas que caían en espiral, pequeñas siluetas de criaturas entre el follaje. Pero cuando la luz de la antorcha de Thorin se desplazó un poco, el relieve cambió de sentido bajo sus ojos.

—Thorin —dijo, con la voz reducida a un hilo—, acerca la luz. Aquí.

El enano obedeció, y el resplandor anaranjado se deslizó sobre la madera revelando lo que la penumbra había disimulado. No eran hojas cayendo: eran cuerpos pequeños, apenas mayores que un puño, colgando de las ramas talladas como fruta podrida. Y entre las raíces, en la tierra esculpida al pie de cada árbol, algo se retorció —gusanos, docenas de ellos, brotando de la madera en una marea silenciosa que el ojo distraído tomaría por simple textura de la corteza.

Naivara retrocedió medio paso, tragando saliva.

—Son niños... —dijo Pip, con una mueca de asco que no pudo disimular—. Los cuerpos son de niños.

Nadie respondió. El hallazgo se quedó flotando entre ellos, tan pesado como el charco de aceite que aún ardía en la escalinata de abajo.

Fue Naivara quien, sobreponiéndose al escalofrío, siguió el rastro de la talla con la mano, buscando dónde terminaba el patrón de árboles y empezaba la pared desnuda. Sus dedos encontraron una línea recta, casi invisible bajo el polvo, que no debería estar ahí: una junta demasiado limpia, demasiado perfecta para ser una simple grieta de la madera vieja.

—Aquí —murmuró—. Hay algo aquí.

Empujó, y el panel de la pared oeste cedió con un suspiro de polvo y telarañas rotas, girando sobre un gozne oculto con más facilidad de la que esperaba, como si alguien —o algo— lo hubiera usado no hacía tanto tiempo. Detrás se abría una escalera estrecha de madera, cubierta de un velo gris de telarañas viejas, que ascendía en la oscuridad hacia lo que solo podía ser el ático.

Thorin silbó por lo bajo, mirando primero la escalera y después a Naivara.

—Ahí lo tienes —dijo—. Tu escalera al ático. Aunque, después de lo que hemos visto en esa madera, no sé si me hace ilusión subir por ella.

Pip se cruzó de brazos, todavía con la lanza en la mano libre, y miró el hueco oscuro con una desconfianza que ya no intentaba disimular.

—Y seguimos sin encontrar el camino al sótano —añadió, en voz baja—. Donde según los niños está el monstruo. Donde están, según ellos, sus padres.

—Cada cosa a su debido momento —dijo Naivara, aunque su propia voz ya no sonaba tan segura como antes—. Walter está ahí arriba, o eso nos dijeron. Vayamos primero al ático. Después buscaremos el sótano, cueste lo que cueste.

Se volvió hacia la escalera secreta, con el polvo suspendido aún en el aire por el golpe del panel, y esperó a que sus compañeros se decidieran a seguirla una vez más hacia lo desconocido.

Lo que había en el baúl.

La escalera era estrecha, de madera, y crujía de un modo que hacía pensar en dientes. Subieron en fila —Thorin delante con la antorcha, Naivara detrás, Pip cerrando— apartando con el antebrazo cortinas de telaraña tan viejas que se deshacían al tocarlas, sin polvo, como ceniza de araña.

Desembocaron en un pasillo desnudo bajo la línea del tejado. Vigas a la vista, suelo de tablas, y a lo largo de la pared una sucesión de puertas: dos que Pip identificó de un vistazo como dormitorios de invitados por la forma de las manillas, una tercera

que daba a un trastero, y al fondo, la última, con una diferencia notable respecto a todas las demás.

Tenía un candado.

Un candado grande, de hierro, tosco, atornillado a una tranca por la parte de fuera. Y bajo él, grabados en la madera a la altura de una rodilla de adulto, una maraña de arañazos poco profundos, cortos, hechos con algo que no era una herramienta.

Ninguno de los tres dijo nada sobre los arañazos.

—Me imagino que esa habitación debe ser —dijo Naivara.

—Esa —confirmó Thorin.

Pip ya estaba arrodillado delante con las ganzúas fuera. Trabajó el candado un buen rato, con esa concentración suya que convertía su cara en la de otra persona, y a la segunda tentativa se echó atrás sobre los talones y sacudió la mano.

—No. Está tomado por el óxido. No hay muelle que mover ahí dentro, es un bloque. Necesito una palanca, o algo pesado.

—Pues busquemos algo pesado —dijo Thorin.

Fue así como entraron en el trastero buscando algo pesado.

* * *

El trastero estaba lleno de muebles cubiertos con sábanas: formas encorvadas y pálidas en la penumbra, arrimadas unas contra otras, que a la luz de la antorcha parecían un pequeño público esperando de pie. Maniqués de sastre con las telas podridas colgando como piel muerta. Un espejo vuelto contra la pared. Una estufa de hierro fría.

Thorin, que no tenía paciencia para levantar sábanas de una en una, cogió un marco de madera vacío y lo lanzó contra el bulto más cercano a la estufa.

El bulto no reaccionó. La sábana resbaló al suelo y dejó a la vista lo que había debajo: un baúl de madera, de tamaño mediano, con refuerzos de hierro.

Sin candado.

—Vaya —dijo Pip—. En esta casa, lo que no tiene candado es lo que hay que mirar.

Se acercaron los dos, Pip y Naivara, mientras Thorin se quedaba de espaldas vigilando la puerta. Pip levantó la tapa con la punta de una daga, por costumbre, y no pasó nada.

Dentro había un bulto envuelto en una sábana andrajosa.

La tela estaba tiesa y acartonada, con manchas oscuras que habían empapado el tejido desde dentro y se habían secado hacía mucho, mucho tiempo. Naivara metió las dos manos y trató de apartar el bulto hacia un lado, buscando si había algo debajo, alguna herramienta, alguna barra.

El bulto pesaba poco y se movió con facilidad, y al moverse algo dentro de él sonó como suenan las cosas pequeñas y secas cuando ruedan.

El aire del trastero se volvió sólido.

No hubo grito alguno. Naivara lo pensaría después varias veces y siempre llegaría a la misma conclusión: no hubo grito, y por eso fue insoportable. La cosa que se levantó del baúl abrió la boca todo lo que puede abrirse una boca, y toda la habitación entendió que estaba chillando, pero no se oyó absolutamente nada. Era una mujer, o, mejor dicho, lo había sido: una silueta gris de mujer flotando encogida sobre sí misma, con el pelo suspendido como si estuviera bajo el agua y el vientre lleno de agujeros —agujeros que se abrían y se cerraban en la niebla de su cuerpo, uno tras otro, uno tras otro, repitiendo sin descanso lo último que le había pasado.

Se lanzó sobre Naivara con las dos manos por delante.

Naivara se echó hacia atrás por puro instinto y cayó sentada, y los dedos del espectro le pasaron a un palmo de la cara: sintió cómo el frío le mordía el aire de los pulmones al atravesarlo, cómo un pedazo de ella se apagaba un instante y volvía.

Y en ese instante, tirada en el suelo del trastero con esa cosa encima, la maga hizo lo único que sabía hacer bien: recordar.

Recordó una lámina de un libro que había copiado a los quince años, en un scriptorium que olía a cera, con las manos manchadas de tinta. Recordó el nombre de aquello y recordó, sobre todo, la nota al pie: *no sangran, no se cansan, no huyen. Solo la luz.*

—¡Thorin! —Su voz salió con una claridad que la sorprendió a ella misma—. ¡Es un espectro! ¡No la toques, no la toques con el hacha! ¡Luz, Thorin! ¡Luz!

Thorin no preguntó qué quería decir con «luz».

Se volvió, plantó los pies, levantó el disco de latón con el sol grabado por encima de su cabeza y dijo una sola palabra en la lengua de las montañas.

La primera vez, la nodriza se apartó y el resplandor le pasó de largo, arrancándole solo un jirón del brazo, que se deshizo en niebla y volvió a formarse.

Naivara, todavía en el suelo, ya estaba respondiendo. Los tres dardos le salieron de los dedos hacia arriba, en diagonal, y le entraron en el pecho gris, y el espectro se dobló sobre sí mismo como una tela a la que le tiran del centro.

—¡Otra vez!

Thorin pronunció las palabras de nuevo.

Y esta vez la luz la alcanzó de lleno.

No hubo ningún estallido. Lo que ocurrió fue algo más lento y mucho más difícil de observar: la mujer gris se quedó quieta en el aire, con el rostro vuelto hacia el resplandor del sol de latón, y toda su figura empezó a diluirse desde los bordes hacia dentro, como escarcha en un cristal cuando alguien pone la mano encima. Las manos. Los brazos. Los agujeros del vientre, que dejaron de abrirse. Lo último que se deshizo fue su boca abierta, y en el último instante ya no parecía estar chillando: parecía estar diciendo algo, muy despacio, a alguien que no estaba en la habitación.

Después no quedó nada. Ni frío, ni niebla, ni marca alguna en el suelo.

Naivara se levantó despacio, se sacudió las manos en la falda porque necesitaba hacer algo con ellas, y volvió al baúl.

—Ayúdame.

Entre los dos desenvolvieron la sábana.

Eran los huesos de una mujer joven. Pip, que no tenía formación de nada pero había pasado años en callejones donde la gente se moría por cualquier motivo, se agachó con la antorcha y fue señalando con la punta de una daga sin llegar a tocar.

—Aquí. Y aquí. Y esta de aquí. —Se detuvo, contó en silencio y volvió a empezar—. Naivara, esto no son dos ni tres. Esto son... —Movi6 la daga sobre las costillas, entre las vértebras, sobre el estern6n—. La apuñalaron. Muchísimas veces. Muchas más de las que hacen falta.

—¿Cuántas hacen falta? —preguntó Thorin desde la puerta.

—Una. —Pip se incorporó—. Si sabes dónde. Pero esto lo hizo alguien que no había parado de clavar cuando ella ya estaba muerta.

Naivara volvió a cubrir los huesos con la sábana, y lo hizo con cuidado, estirando los bordes.

—¿Quién era? —dijo, más para sí que para ellos—. ¿Por qué está en un baúl, en un trastero, en el ático, y no en una tumba?

Se quedó mirando el bulto un rato largo, buscándole un sentido: la ropa, la posición, la sábana, la falta absoluta de cualquier cosa que dijera un nombre. No lo encontró. Había una historia entera en aquel baúl y la casa no pensaba contársela.

—Los niños hablaron de un cuarto de la niñera —dijo Pip en voz baja.

Nadie tomó en cuenta ese comentario porque Naivara, justo al levantarse, vio una línea en la pared este: una junta demasiado recta, demasiado limpia, corriendo del suelo al techo detrás de los muebles amortajados. Otra puerta que no era una puerta. Fue a empujarla, la golpeó, buscó con los dedos un resorte, un tirador, una hendidura, y no encontró absolutamente nada.

Thorin la apartó con el hombro y probó con el hacha.

Lo que no se rinde a golpes.

Thorin se sacudió el polvo de yeso del hombro y miró el hacha como si esta le hubiera fallado personalmente. La marca astillada en la puerta secreta —un tajo blanco en la superficie oscura— era la única prueba de que allí había algo distinto de una simple pared. Detrás de ese tajo, sin embargo, no había más que la misma dureza fría, la misma negativa muda.

—Esto no se rinde a golpes —repitió, más para sí mismo que para los demás—. Y si sigo así, antes rompo el hacha que la puerta.

Ella se acercó despacio y pasó los dedos por la marca reciente. Bajo las yemas notó una textura extraña, casi pétrea, que desafiaba toda lógica de carpintería. Frunció el ceño. Había algo en aquella resistencia que le resultaba familiar, un eco de lo que ya habían visto en la casa: puertas que no eran puertas, paredes que ocultaban intenciones. La mansión entera parecía construida para esconder algo —o a alguien— a cualquiera que lo buscara.

—Puede que no se trate de fuerza ni de destreza —dijo al fin, retirando la mano—. Puede que se trate de otra cosa. De un lugar concreto. —Se volvió hacia Pip y Thorin con una determinación renovada, aunque templada por el cansancio de tantos callejones sin salida—. Recordadlo: los niños hablaron de una habitación en el ático. Y ahí fuera, en el pasillo, hay una puerta con un candado que ninguna ganzúa quiere abrir. Tal vez las dos cosas estén conectadas. Tal vez esta puerta de aquí no se abra hasta que resolvamos aquella.

Pip se cruzó de brazos, todavía con briznas de telaraña prendidas del pelo, y suspiró.

—O tal vez estemos dando vueltas en círculo porque esta casa quiere que nos volvamos locos buscando la salida equivocada —murmuró, aunque no sin cierta resignación práctica—. Pero tienes razón. Ya hemos sangrado bastante aquí dentro por un baúl de huesos viejos. Si el candado del pasillo es la clave, volvamos y démosle con todo lo que tengamos.

Thorin asintió, envainando el hacha con un gesto brusco, casi aliviado de tener un objetivo claro de nuevo.

—Fuerza bruta contra el candado, entonces. Ya que la magia y las ganzúas no han querido cooperar, probemos con algo que sí entiendo.

Salieron del trastero dejando atrás el baúl abierto y los restos ya en paz de la nodriza. El aire estaba todavía cargado de ese frío residual que el espectro había dejado prendido en las sábanas. En el pasillo del ático, el candado seguía exactamente donde lo habían dejado: pesado, tosco, indiferente a los arañazos desesperados

grabados en la madera bajo él. Naivara se detuvo frente a la puerta un instante, y esta vez no fue un examen académico lo que cruzó su rostro, sino algo más parecido a un miedo contenido.

—Sea lo que sea que hay ahí dentro —dijo en voz baja—, ya no tiene sentido seguir dudando. Vamos a entrar.

Thorin se plantó ante el candado, escupió en sus manos por pura costumbre de guerrero, y alzó el hacha una vez más.

Y falló.

Falló de la manera más estúpida posible: el filo entró torcido, resbaló sobre el hierro y mordió el marco de la puerta, y el golpe resonó por todo el ático y bajó por el hueco de la escalera y siguió bajando por la casa entera, planta tras planta, hasta que Naivara pudo imaginarlo llegando al vestíbulo donde habían entrado hacía una eternidad.

Se quedaron los tres quietos, esperando a ver qué contestaba la casa.

Pero la casa no contestó.

—Bien —dijo Naivara, con la voz muy plana—. Apártate.

Se colocó frente al candado, extendió la mano y dijo tres sílabas.

El frío le salió de la palma como un chorro de agua y envolvió el hierro, y el hierro cambió de color: primero blanco, después de un gris azulado y muerto, con una costra de escarcha creciéndole encima a ojos vistas. Naivara mantuvo la mano ahí hasta que le dolieron los dedos.

—Ahora —dijo—. Ahora está quebradizo.

Thorin descargó el hacha, y el candado, congelado hasta el alma, no se abrió.

Estalló.

Saltó en tres pedazos que rebotaron contra las tablas del suelo con un tintineo de cristal, y la tranca cayó, y la puerta del cuarto de los niños se movió una pulgada hacia dentro por su propio peso.

Thorin se quedó mirando el hacha con la respiración agitada. Le temblaban las manos, y no era precisamente del esfuerzo.

—Thorin —dijo Naivara.

—Estoy bien.

No estaba bien. Llevaba varios minutos golpeando madera con una rabia que no le pertenecía, que no encajaba con nada de lo que había traído consigo a aquella casa. Ahora se estaba dando cuenta.

Los que murieron esperando.

Pip entró primero, con la antorcha por delante.

El cuarto era pequeño y estaba helado. Una ventana en la pared del fondo, tapiada con ladrillo. Dos camas infantiles con las mantas hechas. Un baúl de juguetes en el que asomaban molinos de viento de madera pintada, docenas de ellos, con las aspas paradas. Y contra la pared de la izquierda, ocupando casi un tercio de la habitación, una casa de muñecas.

No era una casa de muñecas cualquiera. Era *la* casa. Tres plantas y un ático abuhardillado, el pórtico enrejado, la verja de hierro, cada ventana en su sitio, cada moldura reproducida con una paciencia que daba miedo. Alguien había dedicado años en hacer aquello.

Y en el suelo, entre las dos camas, había dos pequeños esqueletos.

Estaban juntos. Eso fue lo primero que vio Naivara, y lo que ya no pudo dejar de ver: no estaban tirados en sitios distintos. Estaban juntos, el más pequeño acurrucado contra el más grande, y los brazos del grande alrededor del pequeño. La ropa se les había quedado encima, apagada por el polvo pero todavía reconocible: un vestido, unos pantalones cortos. Y entre las costillas del más pequeño, deshecho, con las costuras abiertas y el relleno saliéndose, un muñeco de trapo.

Nadie dijo el nombre. Ninguno de los tres dijo nada en voz alta aún.

—Thorin, luz.

Naivara se arrodilló. Se le había puesto una voz distinta, una voz de trabajo, la que usaba para no tener que sentir nada mientras examinaba.

—Ayúdame a mirar estos huesos. Búscame fracturas. Cortes. Cualquier cosa que no debiera estar ahí.

El enano hincó la rodilla al otro lado, con la antorcha baja, y estuvieron un largo rato sin hablar, moviéndose despacio alrededor de los dos cuerpecitos sin tocarlos, siguiendo con los ojos cada línea de hueso.

—Nada —dijo Thorin al fin, algo que le costó decir—. Ni un golpe. Ni una marca.

—Nada —confirmó ella—. Ningún rasguño.

—Entonces, ¿de qué...?

Naivara no contestó. Se había levantado y estaba en la ventana.

Pasó la mano por el ladrillo que la tapiaba, y volvió a pasarla, y acercó la antorcha. El ladrillo era distinto del de la fachada: más basto, peor cocido, colocado sin plomada, con la argamasa rebosando por las juntas como si el que lo hizo tuviera prisa o no supiera hacerlo. Y estaba puesto desde dentro.

Desde esta habitación.

Se dio la vuelta muy despacio y miró la madera desnuda de la puerta. Por dentro ni siquiera tenía tirador; no hacía falta salir al pasillo para entender el propósito de ese encierro.

—Pip.

Pip no se movió. Mantenía la mirada fija en las marcas secas y oscuras que cubrían la parte baja del marco, desgastadas a la altura de unas manos pequeñas.

—Debió de ser terrible cuando se apagó la última vela —murmuró él, con la voz rota—. Darse cuenta de que nadie al otro lado pensaba volver a abrir.

—Lo sé, Pip.

Volvió a arrodillarse junto a los dos esqueletos, y esta vez desapareció su voz de trabajo y no le quedó ninguna otra.

Ventana tapiada desde dentro. Puerta atrancada desde fuera. Y dos niños sin una sola marca de violencia en el cuerpo, abrazados el uno al otro en el suelo, entre dos camas perfectamente hechas en las que no se habían acostado.

—Los encerraron —dijo—. Y esperaron.

Thorin se puso de pie de golpe, se apartó dos pasos y se quedó de cara a la pared, con la antorcha temblándole en el puño.

—Los encerraron —repitió Naivara—, tapiaron la ventana para que no pudieran salir ni pedir ayuda, echaron la tranca por fuera y se fueron. Y estos dos niños se quedaron aquí dentro esperando a que alguien volviera a abrir. —Tragó saliva—. Y nadie volvió.

* * *

Cuatro plantas más abajo, en ese mismo instante, Alden estaba probando puertas.

Llevaba haciéndolo desde que el resplandor de la antorcha de Thorin se había perdido escaleras arriba, y lo hacía con el método terco y sin imaginación que le habían enseñado: empezar por una esquina y no saltarse ninguna.

La cocina no tenía salida. Lo comprobó dos veces. Había una ventana alta sobre el fregadero, estrecha, y cuando acercó la vela vio que no daba a la calle: daba a un pozo de ventilación tapiado por arriba, un cuadrado de ladrillo de dos brazas de hondo sin cielo al final. Alguien la había dejado ahí para que se viera que había una ventana.

La despensa era peor. Estanterías vacías, un olor dulzón que no supo identificar y no quiso investigar, y en la pared del fondo, donde debería haber estado el respiradero, ladrillo nuevo. Nuevo era mucho decir: ladrillo *distinto*, más basto, peor puesto, con la argamasa rebosando por las juntas.

Alden pasó la mano por él sin saber que en aquel preciso momento, cuatro plantas más arriba, Naivara estaba pasando la mano por un ladrillo igual.

El comedor tenía dos ventanas grandes que daban a la calle. Se le alegró el cuerpo al verlas, y le duró lo que tardó en llegar. Los cristales estaban enteros, la calle se veía perfectamente al otro lado —la grava, la niebla, el perfil de las casas tapiadas de enfrente—, y los marcos no se movieron ni un dedo cuando tiró de ellos. No estaban cerrados con pestillo. No estaban clavados. Sencillamente no se movían, como si el marco y la hoja fueran una sola pieza. Como si siempre lo hubieran sido.

Sacó la daga y la metió por la juntura para hacer palanca.

No había juntura.

Se quedó un rato mirando la calle a través del cristal. Estaba a menos de un paso de la niebla de Barovia y podría haberse pasado la noche entera allí sin llegar a ella.

Quedaba la puerta cerrada del este.

Esa sí cedió, y cedió a la primera, lo que le gustó todavía menos. Empujó con el hombro y se abrió hacia dentro con un quejido largo, y Alden entró en una habitación de suelo de roble pulido donde tres lobos lo estaban mirando.

Se le fue la mano a la espada antes de que la razón le alcanzara a los ojos. Estaban disecados. Tres lobos disecados de tamaño natural, montados sobre peanas, con la boca abierta y los ojos de cristal amarillo, colocados de manera que los tres miraran hacia la puerta por la que se entraba. Sobre la chimenea, una cabeza de ciervo con la cornamenta rota por un lado.

No había ventanas.

Alden se acercó al hogar, se agachó y metió la cabeza en el tiro de la chimenea, y miró hacia arriba. Muy lejos, arriba del todo, había un punto de gris pálido: el cielo de Barovia, el primer trozo de cielo que veía desde que había cruzado el umbral. Metió un brazo. Después metió el hombro. El conducto se estrechaba a los dos codos de altura hasta un hueco por el que no habría pasado ni Pip.

Se quedó allí un momento, en cuclillas dentro de una chimenea apagada, con la cara vuelta hacia un pedazo de cielo del tamaño de una moneda.

Después salió, se sacudió el hollín de las manos y se puso a mirar aquella habitación con otros ojos.

Suelo de roble pulido. Los dueños de esta casa se preocupaban mucho de que el roble de aquel cuarto estuviera bien encerado y brillante. Y los tres lobos, todos vueltos hacia la puerta. Y ningún otro mueble. Ni una silla, ni una mesa, ni un aparador: nada que estorbara, nada donde esconderse, nada que se pudiera arrastrar para trabar una puerta.

Alden salió de allí más rápido de lo que había entrado.

Volvió al vestíbulo, a las puertas dobles de roble macizo por las que habían pasado todos hace escasamente una hora, y tiró de ellas.

Se abrieron sin ninguna resistencia. La noche estaba al otro lado, la verja de hierro entreabierta, la grava, el silencio.

La única salida. Y eso —pensó con una desagradable sensación en la boca del estómago— era lo que llevaba una hora temiendo: El cosquilleo bajo la piel que te deja un conocimiento inquietante sobre la naturaleza de esta casa. Porque una casa tan extraña como esta, que te deja salir cuando quieres salir, no es una casa que te haya atrapado. Es una casa que todavía no ha terminado contigo.

Cerró las puertas otra vez. Se sentó en el último escalón de la escalinata de mármol rojo, de cara a la entrada, con la espada cruzada sobre las rodillas, y esperó a que bajaran.

No tenía nada que contarles. Había registrado una planta entera de aquella casa y no había encontrado una sola manera de salir de ella que no fuera la puerta por la que habían entrado.

Anhelaba con todas sus fuerzas que no surgiera ningún nuevo contratiempo y que concluyeran de inmediato la tarea que los había llevado allí. Tan pronto como aquello terminase, confiaba en que la propia casa les permitiese abandonar el lugar a través de su único punto de salida.

* * *

Detrás de ella, Pip se había acercado al baúl de los juguetes.

Lo hizo sin mala intención, como hacía todo: la mano se le fue sola, levantó la tapa y removió los juegos de su interior buscando si debajo había algo que valiera la pena.

Los molinos pintados en el baúl empezaron a girar.

Todos a la vez. Docenas de aspas de madera pintada girando alrededor del baúl.

—Pip —dijo Thorin—. Aparta las manos de ahí.

Y en mitad del cuarto, entre las dos camas, sobre sus propios huesos, el aire empezó a espesarse.

Se formaron despacio, como se forma el vaho en un cristal, y cuando estuvieron formados del todo eran los mismos que ya habían visto antes: una niña de unos diez años con el pelo recogido en una trenza deshecha y el rostro serio de quien ha decidido crecer antes de tiempo, y un niño más pequeño aferrado a un muñeco de trapo.

Los mismos de la calle. Con la misma ropa, ligeramente fuera de época, que Pip no había sabido situar.

Solo que ahora se les veía a través.

Nadie se movió. Pip, con la tapa del baúl todavía en la mano, tenía la cara de un hombre que acaba de entender doce cosas a la vez y no quiere ninguna de ellas.

—Habéis roto la promesa —dijo Rose.

Su voz llegaba con un retraso mínimo, como si viniera de la habitación de al lado.

—No —dijo Naivara—. No, Rose. Escúchame...

—Dijisteis que bajaríais con Walter.

—Rose. —Naivara se puso de rodillas, muy despacio, con las manos abiertas y a la vista, como hacía una hora en la calle de grava—. Rose, mírame. ¿Sabes lo que hay en el suelo, ahí, detrás de vosotros?

La niña no miró. El niño sí, un instante, y volvió a esconder la cara.

—Sí —dijo Rose.

—¿Sabes lo que sois?

—Sí. —Y luego, con un fastidio infantil que resultó mucho peor que cualquier lamento—: No sois los primeros que lo preguntáis.

Thorin soltó el aire.

—Nosotros somos Rose y Thorn —dijo la niña, y lo dijo despacio, articulando, como quien ya ha tenido que explicar esto otras veces a gente lenta—. Los de la calle también éramos nosotros. Somos siempre nosotros.

—¿Qué os pasó? —preguntó Thorin, y se agachó hasta quedar a su altura, apoyando una rodilla en el suelo con un crujido de cota de malla—. Contádnoslo vosotros. No lo que cuenta esta casa. Lo que os pasó a vosotros.

Rose lo pensó. Fue un gesto muy real: una niña decidiendo si merece la pena.

—Había un monstruo abajo —dijo—. En el sótano. Aullaba por las noches, algunas noches, muy abajo, y papá y mamá nos dijeron que no bajáramos nunca. Y un día nos trajeron aquí y nos dijeron que era para protegernos, que nos quedáramos escondidos y que no hiciéramos ruido. —Se encogió de hombros—. Y cerraron.

—¿Y luego?

—Luego nada. —Lo dijo sin ningún énfasis—. Al principio Thorn lloraba mucho. Después ya no. Golpeamos la puerta un tiempo. Yo le contaba cosas para que no pensara en la tripa. Después tampoco eso.

Pip se dio la vuelta y se quedó mirando la pared.

—Y esperamos —terminó Rose—. Dijeron que volverían.

En el silencio que siguió, Thorin cerró los ojos, agarró el disco de latón que llevaba al cuello y rezó. No pidió nada esta vez; solo preguntó. Y esta vez el sol de Lathander sí le respondió, aunque no con palabras: le llegó al pecho una calidez pequeña y terca, una brasa bajo la camisa, y con ella una certeza tan simple que casi le dio vergüenza haberla necesitado.

Los huesos. Mientras los huesos estén olvidados, no hay descanso. Devuélvelos a los suyos.

Cuando abrió los ojos tenía la mandíbula apretada.

—Rose —dijo Naivara—. Necesitamos preguntaros una cosa más. El bebé. Walter. Vuestro hermano pequeño. ¿Dónde está?

Rose la miró sin expresión alguna.

—No lo sé.

Naivara sintió el frío antes de entender por qué.

—Walter —repitió—. El bebé. El que dijisteis que estaba en la guardería, bajo el tejado. En la calle nos dijisteis...

—Walter siempre ha estado abajo, en la habitación de la niñera, llorando. Pero ya no llora más —dijo Rose.

Y a su lado, Thorn, aferrado a la muñeca, negó con la cabeza muy despacio, muy seguro, sin apartar los ojos del suelo.

Naivara abrió la boca y volvió a cerrarla. Miró a Thorin. Thorin le devolvió una mirada de desconcierto.

—Está bien —dijo ella al fin, con un hilo de voz—. Está bien.

Y dejaron el tema, porque poco más se podía hacer, y porque en aquel momento ninguno de los tres estaba preparado para tirar de ese hilo y ver qué venía detrás.

La casa dentro de la casa.

—Podemos sacarlos de aquí —dijo Naivara.

Fue Thorin quien tomó la iniciativa.

—Rose, escucha con atención, esto es crucial —dijo Thorin, dando un paso al frente con el tono pausado y grave de su voz de barítono—. Debemos trasladar vuestros restos al lugar de descanso de vuestra familia, ya sea en el cementerio del pueblo o en alguna cripta subterránea. Es necesario depositarlos allí donde vuestros nombres estén claramente grabados. —Guardó silencio un momento—. Esas tumbas están desiertas ahora mismo, aguardando vuestra llegada desde hace mucho tiempo.

Rose no contestó, pero el aire del cuarto cambió.

—Si llevamos vuestros huesos allí y os ponemos donde os corresponde, os podréis ir. A un sitio mejor que este. Los dos juntos. —Thorin abrió las manos—. Es lo que vine a hacer a esta casa, aunque no lo supiera en su momento.

—¿Lo prometéis? —La voz de Rose se quebró por primera vez, y de pronto asomó la niña de diez que una vez fue. Después de tanto tiempo—. ¿Lo prometéis de verdad?

—Lo prometemos —dijo Naivara.

Y lo dijo de una manera que hizo que Thorin la mirara. No fue un tono más alto ni más solemne. La habitación entera pareció escucharla. Rose se llevó las dos manos a la boca. Thorin dejó de sollozar por primera vez desde que había aparecido, dejándose ver levemente por detrás de su hermana.

Thorin, que llevaba un buen rato queriendo hacer algo por aquel niño sin saber qué, se decantó por un pequeño truco de magia que aprendió hace mucho y que no había practicado desde hace casi el mismo tiempo.

Intentó hacer aparecer una luz. Una lucecita de nada, un truco de feria que hacía a veces para los críos en las posadas del camino.

Pero lo que salió fue un chisporroteo torcido, un olor a chamusquina y un chasquido apagado, y el enano se quedó con los dedos en el aire y cara de idiota.

Thorn se rio.

Fue una risita pequeña, nerviosa, que se le escapó y que él mismo pareció no saber de dónde había salido; se tapó la boca enseguida con el muñeco de trapo. Pero se había reído.

Thorin miró sus propios dedos y pensó que ese era el mejor conjuro que le había salido en su vida.

—Y ahora la parte difícil —dijo Naivara—. Rose, ¿sabes donde se encuentran esas tumbas?

—En el sótano —respondió Rose—. Allí están las criptas.

—Entonces necesitamos llegar al sótano. Pero no sabemos el camino. ¿Tú lo sabes?

Rose señaló la casa de muñecas.

—Ahí.

Los tres se giraron a la vez.

—¿Ahí *dentro*? —dijo Pip.

—Ahí está la puerta —dijo Rose—. Yo sé dónde está. Pero no sé cómo se abre.

—¿Cómo que no sabes cómo se abre?

—Es que esa puerta no se abre. —La niña lo dijo con una paciencia infinita—. La casa decide cuándo enseñar sus puertas. A veces están, otras veces no. Pero lo que sí se es dónde deberían aparecer.

Pip ya estaba de rodillas delante de la maqueta.

Y ahí, en cuclillas frente a una casa de muñecas en el cuarto donde dos niños se habían muerto de hambre, el ladrón que llevaba toda la noche sin entender nada de lo que decían los demás hizo lo único que sabía hacer mejor que ellos.

Observó.

Observó como se observa una cerradura: sin prisa, empezando por lo que sobra. Recorrió con la mirada el pórtico en miniatura, el salón en miniatura con su chimenea del tamaño de una uña, la

escalinata roja de un dedo de larga, el vestíbulo superior con dos pequeñas armaduras junto a las puertas, el balcón —donde, comprobó con un escalofrío, había una armadura negra de pie contra la pared del fondo—, y por fin el pasillo del ático, con sus puertas diminutas.

Tras varios intentos, lo vio.

En la pared del pasillo en miniatura, justo a la salida del cuarto de los niños, había un candelabro. Un candelabro de pared, del tamaño de media uña, torneado en latón, y estaba *torcido*. Todo lo demás en aquella maqueta estaba perfecto, alineado, obsesivamente exacto. Aquello no.

Pip alargó dos dedos y lo giró.

Y dentro de la casa de muñecas, con un chasquido minúsculo y perfecto, un panel de pared se deslizó a un lado y dejó al descubierto, tallada con un detalle imposible, una escalera de caracol que bajaba.

Todos aguantaron la respiración.

Pip se levantó muy despacio, sin apartar la vista de la maqueta, salió al pasillo del ático y avanzó doce pasos hasta el punto exacto que acababa de tocar con los dedos.

Allí había un candelabro de pared.

Y a su lado, en la pared, un panel abierto. Y detrás del panel, un hueco negro, y el primer peldaño de una escalera de caracol de piedra que bajaba hacia algún sitio muy hondo del que subía un aire frío que olía a tierra removida.

—Ah —dijo Pip, desde el pasillo—. Chicos.

Dentro del cuarto, Rose se puso rígida al ver que alguien se acercaba a esa escalera. A la de verdad.

—Ahí abajo vive el monstruo —dijo, y de nuevo sonó como lo que era: una niña de diez años muerta de miedo—. Tened cuidado. Por favor. Tened mucho cuidado.

—Volveremos —dijo Thorin.

Y fue en ese momento, con la promesa todavía flotando en el aire y Naivara levantándose del suelo con una gran sonrisa, cuando a Pip se le ocurrió comprobar otra cosa.

La esquina rota.

El chasquido de la madera partiéndose fue seco, breve, y aun así llenó todo el cuarto como un disparo. Pip se quedó con la puertecita de madera entre los dedos, absurdamente pequeña, y con ella un jirón entero de pared y una esquina de tejadillo tallado que aún colgaba de una bisagra de latón del tamaño de una uña. Había querido probar algo delicado, un experimento controlado, apenas arrancar un panel para ver si la casa real respondía. En cambio, la miniatura del Cuarto de los Niños había cedido entera, arrancada de la réplica como quien desgarra una costra.

—Ay —dijo Pip, y fue lo único que consiguió decir.

El grito de Rose llegó un instante después, y no fue el chillido agudo de una niña asustada, sino algo más hondo, más viejo, cargado de un dolor que había tenido cien años para fermentar.

—¡NO! —La palabra salió de ella con una fuerza que dobló las llamas de la antorcha de Pip hacia un lado, como si el aire mismo hubiera huido de su boca—. ¡Es lo único que nos queda! ¡Lo único que es nuestro en toda este lugar, y lo rompéis!

Thorn se derrumbó. No hubo transición: un segundo estaba aferrado a la falda de su hermana y al siguiente ya era un ovillo tembloroso en el suelo, abrazado al muñeco de trapo con tanta fuerza que las costuras deshilachadas parecían a punto de ceder también. Lloraba sin lágrimas, un llanto seco y entrecortado que sonaba más a algo que se resquebraja por dentro que a pena de niño.

Naivara, que se había levantado sonriendo, con la promesa aún caliente en los labios, se quedó a medio paso, congelada. Vio la puerta rota en la mano de Pip, vio la esquina arrancada de la casa de muñecas, vio a Rose temblando de una furia que no encontraba dónde descargarse, y sintió que en el suelo bajo aquella pequeña victoria de confianza frágil que acababan de ganar, se abría en una grieta.

—Pip —dijo, en la voz baja y tensa—, para. Ya. Quietos.

—No pretendía... —Pip bajó la mano despacio, dejando el fragmento de madera sobre la tapa del baúl, como si devolverlo

arreglara algo—. Solo quería comprobar si estaban conectadas de verdad. No pensé que...

—Nunca pensáis —cortó Rose, y su voz ya no era la de una niña mandona jugando a ser adulta: era el eco puro y sin filtro de muchos años de abandono—. Igual que ellos. Nos prometieron que volverían y tampoco pensaron en las consecuencias. —Flotaba ahora más alta; el cabello etéreo se le agitaba sin viento y los bordes de su figura temblaban entre el dolor y algo más oscuro que empezaba a asomar—. Dijisteis que no os iríais. Dijisteis que nos ayudaríais. Y lo primero que hacéis es destrozar lo que nos queda.

Thorin dio un paso al frente con la sonrisa de hace un momento borrada por completo de su rostro. La risa de Thorn, ese destello diminuto de normalidad que su hechizo fallido había arrancado, parecía ahora a un mundo de distancia.

—Rose. —Su voz sonó grave, firme, buscando anclar algo que se deshacía—. Ha sido un accidente. Un descuido estúpido, no una traición. —Señaló a Pip sin acusación, solo constatando el hecho—. Nadie aquí quiere quitaros nada. Menos aún nosotros.

—¡Cuando esta casa termine con todo lo demás, solo quedará romperos a vosotros; decidlo entonces! —La voz de Rose se quebró entre la ira y el llanto, y por un instante pareció mucho más pequeña, mucho más asustada de lo que su pose protectora dejaba entrever—. Todos se van. Todos rompen las cosas y luego se van.

El frío del cuarto se agudizó un poco más, denso, casi líquido. Naivara sintió que el vello de los brazos se le erizaba y con la sensación inequívoca de estar sobre una promesa que se tambaleaba; de que, si terminaba por caer, algo peor que la tristeza llenaría ese hueco.

—Nadie se va a ir —dijo, obligándose a que su voz no temblara, dando un paso hacia los niños con las manos abiertas, vacías, visibles—. Rose, mírame. Mírame a mí, no a esa puerta rota. —Esperó a que los ojos etéreos de la niña, brillantes de una furia que no sabía bien dónde posarse, se clavarán en los suyos—. Fue un error. Un error torpe y estúpido, y lo siento muchísimo. Pero seguimos aquí. No nos hemos movido ni un palmo de esta habitación.

Thorn seguía hecho un nudo en el suelo, pero entre hipido e hipido, algo en sus palabras pareció alcanzarlo, porque aflojó un poco el abrazo sobre el muñeco.

Rose no respondió enseguida. Flotaba, temblando y mirando alternativamente la esquina rota de la casa de muñecas y los rostros de los tres intrusos que habían entrado en su tumba de juguetes prometiendo cosas que nadie había podido cumplir en años. El cuarto entero pareció contener la respiración, expectante, como si la propia mansión estuviera decidiendo si aquellas dos almas diminutas iban a estallar en algo mucho más peligroso que el llanto.

—Prometedlo otra vez —dijo por fin Rose, en un susurro que ya no tenía nada de mandón, solo miedo al desnudo—. Prometedlo y que sea verdad esta vez.

El filo en la garganta.

Lo habrían arreglado. Ese fue el detalle que Naivara no consiguió perdonarse después: que lo tenían arreglado, que la promesa estaba otra vez en pie, que solo hacía falta que nadie hiciera nada durante los diez segundos siguientes.

Pip hizo algo.

Se arrodilló otra vez frente a la maqueta con sus herramientas en la mano, dispuesto a demostrar que él arreglaba lo que rompía, y encajó el pedazo de pared en el hueco con toda la destreza de sus finos dedos —y la pieza no entró. Llegó torcida, se salió, volvió a entrar en peor estado. Cuando retiró las manos, la esquina del Cuarto de los Niños de la casa de muñecas estaba visiblemente mal puesta, colgando, con una raja de luz entre el tejado y el muro.

—Bueno —dijo—. Casi.

—Suéltalo —dijo Thorin.

—Si es que solo hay que...

—Que lo sueltes.

Pip levantó la vista, molesto, y cometió el error de defenderse.

—Encima que pretendía ayudar.

Naivara vio la cara de Thorin y supo, con una claridad absoluta, lo que iba a pasar un segundo antes de que pasara, pero no le dio tiempo a actuar.

—Eres imbécil —dijo el enano.

Y luego le pegó.

Fue un puñetazo corto, sin adorno, de abajo arriba, y sonó en aquella habitación cerrada como una piedra contra una tabla. Pip salió despedido de lado, chocó contra el baúl de los juguetes y se llevó la mano a la boca, y cuando la retiró tenía sangre en los dedos y el labio partido en dos.

Thorn se puso a chillar.

No era el llanto de antes, no era el llanto seco de un niño triste. Era otra cosa: un sonido agudo y continuo que no salía de una garganta, que parecía venir de las paredes, y con el sonido el cuarto se enfrió de golpe hasta que a Naivara se le empañó el aliento.

—¡Basta! —Rose se había puesto delante de su hermano con los brazos abiertos, y ya no parecía una niña—. ¡Basta! ¡Aquí no! ¡Delante de él no!

Thorin agarró a Pip por el cuello de la ropa y lo levantó del suelo con una sola mano para sacarlo a rastras al pasillo.

Y Naivara, que llevaba toda la noche viendo cómo aquella casa les iba metiendo cosas dentro sin que se dieran cuenta, se plantó entre los niños y los dos hombres y habló.

Con voz calmada, habló.

—Rose. Mírame a mí. —Se puso de rodillas otra vez, con las manos abiertas—. Lo que estás presenciando no somos nosotros. Esta casa lleva toda la noche forzándonos a exponer nuestro peor yo, y acabamos de dejarla ganar delante de vosotros, y de veras que lo siento. Escúchame: os vamos a arreglar la casa de muñecas. Con magia, cuando salgamos de aquí. Yo misma. Pieza por pieza. Y antes de eso vamos a bajar y vamos a echar a esa cosa del sótano, y después vamos a llevar vuestros huesos abajo y os vais a poder ir los dos juntos. Eso no ha cambiado. Nada de eso ha cambiado.

Rose la miró largo rato.

—Que no vuelvan a pegarse delante de nosotros —dijo al fin.

—No lo harán.

—Prométemelo tú. Tú sola.

—Te lo prometo, yo te lo prometo.

Y el cuarto empezó a subir de temperatura. Thorn dejó de chillar, se agarró a la falda de su hermana, y por un momento pareció que aquello se había acabado.

Naivara se levantó, se giró hacia la puerta y dio dos pasos hacia el pasillo del ático.

Súbitamente, Thorn corrió hacia de ella.

No hubo aviso alguno. Fue como caerse de espaldas en un lago helado: un frío que le entró por la nuca y se le repartió por todo el cuerpo en un simple latido, y con el frío llegó algo que no era suyo y que sin embargo sintió como propio, absolutamente propio, con toda la fuerza de una convicción que ha tenido siempre.

Todo me da miedo. Todo. Hasta mi sombra. Y si me dejan sola me voy a morir otra vez.

Naivara se quedó sin fuerzas en sus piernas. Se dejó caer contra la pared, resbaló hasta el suelo y se hizo un ovillo en el rincón, llorando de una manera que ella no había llorado nunca —a lágrima limpia, sin dignidad, con hipidos—, y una parte diminuta de ella se quedó mirando desde muy lejos y pensando de forma perfectamente horripilante: *esta no soy yo, esta no soy yo, esto es el niño.*

Se agarró como pudo a ese pensamiento.

Le costó muchísimo esfuerzo. Cerró los puños hasta clavarse las uñas, buscó dentro de sí misma la parte que todavía conocía de sí. Empezando por su propio nombre. Y le habló a lo que tenía dentro con la voz más clara y dura que le quedaba.

—Fuera. —Y luego, en alto, con la garganta rota—: ¡Fuera de aquí!

Thorn salió despedido de su cuerpo con un gemido y reapareció flotando junto a su hermana, deshecho en llanto otra vez, con las manos sobre la cara.

Naivara se quedó temblando en el rincón, empapada en sudor frío.

Thorn lo vio desde la puerta. Soltó a Pip inmediatamente —lo soltó como se suelta algo que ya no importa— y cruzó la habitación hacia ella con la mano abierta por delante.

—Naivara. Naivara, ¿qué te ha...?

Y le dio la espalda a Pip.

Tras eso nadie fue capaz de reconstruir bien lo sucedido a consecuencia de lo rápido que ocurrió. Pip se le subió a la espalda, le pasó el brazo izquierdo alrededor del cuello y con el derecho le puso el filo de la daga contra la garganta, sobre la barba, en el punto exacto donde más daño podía hacer si el filo atravesaba la carne.

—Ni un movimiento brusco —dijo, con la boca llena de sangre, muy cerca de su oreja—. Ni uno. O te juro que te quedas aquí haciéndoles compañía a estos niños para toda la eternidad.

Thorin se quedó absolutamente quieto.

No sabía quién lo tenía. Esa fue la parte que no le contó a nadie después: que durante tres o cuatro segundos, con un filo en el cuello y una voz susurrándole al oído en una casa donde todo mentía, Thorin no supo si el que lo estaba amenazando era su compañero o algo que había subido del sótano.

—Pip —dijo Naivara desde el suelo—. Pip, no.

Rose había vuelto a ponerse delante de su hermano y estaba gritando otra vez que pararan, que por favor pararan, y el frío del cuarto volvió a bajar de manera repentina.

Fue Pip quien se apartó.

Retiró la daga, se bajó de la espalda del enano y la envainó sin decir por qué, con la expresión de alguien que considera zanjado un asunto pedagógico. Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Todo bien —les dijo a los niños, con una sonrisa torcida que le dolió por el labio partido—. Cosas de mayores. No pasa nada.

Thorin se llevó la mano al cuello y se miró los dedos. Un hilo de sangre, nada.

Y entonces, en vez de darse la vuelta, en vez de gritar, en vez de cualquiera de las diez cosas que tenía derecho a hacer, el enano respiró hondo, soltó el aire despacio, y se agachó junto a Thorn.

El único valiente.

—Oye —dijo—. Thorn. Mírame un momento.

El niño se asomó por detrás de su hermana con los ojos hinchados.

—Tengo un problema —dijo Thorin— y no lo puedo resolver yo. Mírala. —Señaló con la barbilla hacia Naivara, que seguía en el rincón, encogida, con los dientes castañeteando—. Está helada. Está pasando mucho frío, y yo no sé cómo solucionarlo. Yo solo sé pegar y romper cosas, y esta noche ya he demostrado que se me da muy bien.

Thorn no dijo nada.

—Pero tú sí sabes —dijo Thorin—. Tú llevas mucho tiempo aquí arriba cuidando de que tu hermana no pasara frío. ¿A que sí? —Bajó la voz—. Yo he conocido a mucha gente valiente, muchacho. He ido a la guerra con gente valiente. Y la valentía de verdad no es la que hace ruido. Es la que hace lo que hay que hacer aunque se tenga miedo.

Levantó una mano y la sostuvo entre los dos, sin tocarlo.

—Eres el único de esta habitación que puede ayudarla. ¿Lo harás?

Thorn miró a su hermana. Rose asintió una vez, muy seria.

Y el niño fantasma soltó el muñeco de trapo —lo soltó dejándolo flotando en el aire junto a él— y cruzó el cuarto situándose junto a Naivara. La rodeó con los brazos.

Naivara sintió llegar el frío. Pensó que volvería a pasar por lo mismo que antes.

Pero no pasó.

Fue un frío distinto: seco, quieto, limpio, un frío que no entraba sino que se quedaba alrededor, como una manta puesta al revés. Y dentro de él —debajo, muy al fondo— algo pequeño y obstinado que no era calor pero que funcionaba como el calor, emergió. La maga dejó de castañetear los dientes sin control. Se le soltaron los hombros. Levantó una mano y la dejó apoyada en el aire donde estaría el hombro del niño, sin tocarlo, y se quedaron así los dos un rato largo, en el rincón de ese cuarto de juguetes.

—Gracias, Thorn —dijo.

—De nada —dijo Thorn.

Rose los miraba desde el centro de la habitación con las manos entrelazadas y una expresión que Naivara no había visto en ella ni una sola vez en toda la noche: orgullo. Orgullo de hermana mayor, puro y sin mezcla.

—Es la primera vez que le pide ayuda alguien —dijo en voz baja—.

Thorin se puso de pie, se ajustó el cinto y recogió su antorcha del suelo.

—Volveremos —dijo—. Os lo prometemos.

Y bajaron.

La escalera que no debería existir.

La puerta secreta seguía abierta en la pared del pasillo del ático, un rectángulo de sombra recortado donde antes solo había papel pintado y polvo. Naivara se detuvo un instante frente al hueco negro, pero antes de que nadie diera un paso, Naivara recordó:

—Deberíamos avisar a Alden. No sabemos lo que nos vamos a encontrar ahí abajo.

Pip asintió y se separó del grupo. Corrió hacia la barandilla de madera del balcón que asomaba al gran salón.

—¡Alden! —gritó el halfling, asomándose al vacío de la escalinata de mármol rojo con un silbido agudo—. ¡Deja de vigilar las alfombras y sube aquí! ¡Hemos encontrado el camino al sótano!

Abajo, en la penumbra de la planta baja, se oyó el eco rítmico de unas botas pesadas. Alden apareció poco después por el recodo de la escalera, subiendo los peldaños con su habitual parsimonia hasta alcanzar a Pip.

Pip y Alden se detuvieron ante el panel abierto, junto con a Thorin y Naivara.

Alden, señaló el hueco con el mentón.

—Dudo que la casa nos dé las gracias por usar esa escalera.

—Pues no le daremos tiempo a pensárselo —respondió Naivara, buscando la mirada de sus compañeros—. Bajaremos todos, como un equipo. No nos separemos más ahí abajo.

Sintiendo todavía en la piel el frío raro y protector con que Thorn la había envuelto minutos antes, la maga encabezó el descenso. Puso el pie en el primer escalón de piedra y el frío de las profundidades subió a recibirla. Thorin la siguió de cerca con la antorcha en alto, mientras Pip y Alden cerraban la marcha, adentrándose los cuatro en la espiral que bajaba hacia el corazón de la mazmorra.

La escalera de caracol descendía apretada entre dos muros que sudaban humedad, tan estrecha que los hombros de Thorin rozaban ambos lados a la vez. No había balaustrada, solo un cordón grueso de cáñamo podrido clavado a la pared a modo de pasamanos, y cada escalón parecía tallado por manos distintas, en ángulos ligeramente distintos, como si la casa misma hubiera improvisado aquel descenso solo para ellos, solo para esa noche. El aire cambiaba a cada vuelta: primero el frío seco del ático, después una humedad pesada que olía a tierra removida, y más abajo, algo peor —un tufo dulzón y viejo que a Naivara le recordó, sin querer, al fondo de un pozo donde algo lleva mucho tiempo pudriéndose en silencio.

Contó las vueltas de la espiral para no pensar en otra cosa. Cinco. Ocho. Once. La luz de la antorcha de Thorin, dos escalones por encima de ella, proyectaba sombras que subían y bajaban por las paredes curvas como algo vivo, y en algún momento —no habría sabido decir en cuál— dejó de oír, tras ella, el llanto lejanísimo de Thorn filtrándose desde el cuarto de los niños. Solo quedaba el eco de sus propios pasos, y el de Thorin, el de Alden y Pip un poco más atrás, cerrando la fila con esa levedad felina que ni un labio partido le había quitado.

Naivara llegó a un punto donde la escalera se abría de golpe a un rellano diminuto, apenas un metro de piedra desnuda antes de que los escalones volvieran a torcerse hacia abajo, y allí se detuvo. Miró hacia arriba —la boca de la escalera ya no era más que un punto de gris pálido, muy lejano, muy pequeño— y luego hacia abajo, donde la oscuridad no tenía fondo visible. Por un instante, algo en ella, algún resto tembloroso de lo que Thorn le había dejado

dentro, quiso que aquella espera se alargara para siempre, que nadie tuviera que seguir bajando. Pero fue solo un instante.

—¿Estáis ahí? —preguntó, sin volverse del todo, con la voz ya recuperada, aunque más baja de lo que pretendía.

—Aquí estoy —dijo Thorin, resoplando un poco por el esfuerzo de mantener encogidos los hombros contra la piedra—. No pienso dejarte bajar sola a esto, sea lo que sea.

Alden resopló y Pip no dijo nada, pero su presencia se anunció con el roce suave de su capa contra la pared y un chasquido de lengua que sonó a burla dirigida a sí mismo, como si se estuviera preguntando en qué lío se había metido esta vez. El labio partido le daba un aire distinto, más adulto, menos payaso.

Siguieron bajando. La escalera parecía no tener intención de terminar nunca, quince metros que en la mente de Naivara se estiraron hasta parecer el doble, hasta que el frío de la piedra bajo sus dedos se volvió distinto: más denso, más antiguo, como si estuvieran atravesando capas de tiempo y no solo de tierra. En un tramo, la luz reveló marcas en la pared, arañazos poco profundos agrupados de tres en tres, y nadie dijo nada al respecto, pero los tres aminoraron el paso durante varios escalones sin necesidad de acordarlo.

Por fin, el hueco de la escalera se abrió a un espacio más ancho, y el sonido cambió: los pasos, que hasta entonces habían resonado apretados entre dos muros, se soltaron de golpe en un eco distinto, más grande, más hueco, como el de una cripta o una bodega. El aire allí abajo era frío de una manera distinta, sin la humedad viva de los pisos superiores; un frío seco, mineral, que olía a cera vieja y a algo metálico, apenas perceptible, que a Naivara le apretó la garganta sin que supiera explicar por qué.

Thorin llegó a su lado, alzando la antorcha para iluminar lo que se abría ante ellos, Alden y Pip se detuvieron un escalón por encima de los dos. Pip mantenía su mano ya cerca de la empuñadura de su daga, todavía manchada del roce reciente con la garganta de Thorin, aunque ninguno de los dos lo mencionó.

—Bueno —murmuró el enano, con la voz convertida en un susurro grave que apenas se atrevía a alterar aquel silencio de piedra—. Hemos llegado.

Delante de ellos, la oscuridad del sótano de la Casa Durst —o de lo que fuera aquello que la mansión guardaba quince metros bajo el cuarto de los niños— se extendía más allá del alcance de la lámpara, quieta, paciente, como si llevara cien años esperando exactamente a estas cuatro personas.

Naivara respiró hondo, buscando con la mirada a Pip por encima del hombro.

—Quedaos cerca —dijo, y aunque su voz ya no temblaba como antes, algo en el modo en que apretó los dedos alrededor de su bastón dejaba claro que la promesa hecha a Rose y Thorn pesaba ahora sobre los cuatro como una losa—. Encontremos a ese monstruo. Averiguemos también qué pasó con Walter. Y volvamos arriba antes de que se nos acabe el tiempo de cumplir lo que hemos jurado.

Dio un paso hacia la oscuridad del sótano, y los otros tres la siguieron, mientras la escalera de caracol quedaba atrás, ya invisible entre las sombras, como si la propia casa hubiera cerrado la puerta a sus espaldas sin hacer ruido alguno.

IV. Las criptas familiares.

Cinco nombres en la piedra.

Era una encrucijada.

La escalera moría en una cámara ancha y fría de la que partían tres túneles: uno al sur, otro al este y otro al oeste. Y en aquella cámara, por primera vez desde que habían puesto un pie en la Casa Durst, un cántico dejó de ser una sospecha y se convirtió en una certeza.

Estaba ahí. Debajo de las botas, dentro de la piedra, en el aire: un murmullo rítmico y gutural, muchas voces a la vez repitiendo algo en una lengua que ninguno de los tres reconocía, sin subir ni bajar, sin pausa para respirar. Llevaba sonando toda la noche. Pero ahora ya no se podía fingir que era el viento.

—¿De dónde viene? —preguntó Naivara.

Pip levantó una mano pidiendo silencio y estuvo un rato largo girando muy despacio sobre sí mismo, con los ojos cerrados y la cabeza ladeada.

—Oeste —dijo al fin—. No me preguntéis qué es. Pero está al oeste.

Se sentaron un rato en aquella encrucijada, porque los cuatro lo necesitaban. Pip se aplicó ungüento en el labio con el pulgar y una mueca. Thorin, sin decir palabra, le tendió un trapo limpio. Pip lo aceptó, también sin decir palabra, y aquello fue toda la conversación que tuvieron sobre lo ocurrido arriba.

—El sur —dijo Naivara al cabo—. Antes que nada, hacia el sur.

—¿Por qué el sur? —preguntó Alden.

—Porque les he prometido una tumba a dos niños y no sé cuánto tiempo me queda para cumplirlo.

Se dirigieron hacia el túnel del sur.

* * *

El túnel meridional desembocaba en una cámara baja de techo abovedado, y el frío que había allí era distinto del de los pasadizos:

no era humedad, era quietud. La quietud vieja y mineral de la tierra que lleva mucho tiempo sin que nadie la abra.

En las paredes, encajadas en la piedra, había criptas. Eran sepulcros sencillos, integrados en la arquitectura, con los nombres grabados en el granito.

Thorin recorrió las losas con la antorcha en alto, y a medida que la luz iba resbalando sobre ellas las fue leyendo en voz alta, despacio, con esa cortesía que los enanos guardan para los muertos ajenos.

—*Gustav Durst. Elisabeth Durst.*

Se detuvo.

Había una más, sin nombre, lisa y sin una sola letra grabada, y no estaba en su hueco: estaba apoyada contra el muro, a un lado, y el nicho que le correspondía se abría negro y vacío junto a ella. Alguien la había retirado hacía mucho y no se había molestado en volver a ponerla.

Nadie tocó esa lápida.

La luz se movió.

—*Walter Durst.*

Naivara, que había avanzado con el corazón apretado por una mezcla de determinación y una esperanza casi dolorosa, se detuvo en seco ante la tumba. Era la que la había movido a cruzar el umbral, la que la había hecho entrar en esta casa de pesadilla. Necesitaba confirmar que al menos algo de inocencia había sido rescatado de aquel infierno, o al menos, recibir la verdad que le permitiera cerrar el duelo.

Pero no encontró ninguna lápida cerrando el hueco.

La losa que debería haber sellado el nicho de Walter estaba apoyada, inerte, contra la pared lateral de la cripta, como si alguien la hubiera apartado con desidia. Naivara se acercó tomando la antorcha de Thorin, obligándose a iluminar el interior con la mano temblorosa. La tumba estaba vacía. No había rastros de bebé alguno, ni de un pequeño ataúd, ni de los huesos de un lactante. Solo polvo y oscuridad.

La elfa retrocedió un paso, y el desconcierto le golpeó el pecho con más fuerza que cualquier arma. La incertidumbre, fría y punzante, se le instaló en la boca del estómago.

—Está vacía —susurró, y su voz sonó extrañamente pequeña en aquel lugar—. No está aquí.

Miró a sus compañeros, buscando una respuesta que nadie tenía. Si la historia de los niños —de los ecos de los niños— era cierta, si el bebé estaba en peligro, ¿dónde estaba? La ausencia del cuerpo de Walter no traía alivio, sino una angustia nueva, una grieta en su propósito. Había entrado en esta casa buscando respuestas, buscando la suerte del pequeño Durst, y todo lo que había encontrado era un nicho vacío y un silencio que parecía burlarse de ella.

—Quizá nunca llegaron a enterrarlo —gruñó Thorin, sin dejar de mirar las otras tumbas, buscando cualquier indicio de manipulación, cualquier señal de que alguien, o algo, hubiera profanado aquel lugar—. O quizá, como todo en esta maldita casa, las cosas no son lo que dicen ser.

Pero Naivara no escuchaba. Seguía mirando el hueco vacío, atormentada por la duda. ¿Había muerto el bebé en otro lugar? ¿Se lo habían llevado? La certeza de su misión se había desvanecido, sustituida por un vacío que pesaba tanto como la losa de piedra apoyada contra la pared. Se sentía desubicada, como si el suelo bajo sus pies hubiera perdido la solidez, dejando solo la inquietud de lo que no puede comprenderse.

—Debemos seguir —dijo finalmente Alden, rompiendo la tensión con su tono pragmático, aunque sus ojos grises recorrían la cripta con la misma desconfianza que los demás—. Este lugar solo tiene sombras. Ninguna respuesta.

Naivara asintió, aunque el desconcierto seguía ahí, grabado en su expresión. Se volvió hacia el resto de la cripta, buscando cualquier otra salida, cualquier pista que le dijera dónde estaba la criatura que, en el fondo, había sido la razón de todo.

Thorin recuperó su antorcha y continuó. Y un poco más allá, más bajas, más pequeñas —del tamaño justo—, había dos losas más.

Rosavalda Durst. Thornboldt Durst.

Naivara se acercó a ellas y apoyó las dos manos en la piedra.

—Están vacías —dijo—. Lo sé sin abrirlas. Están vacías y llevan años así, y sus huesos están cuatro plantas más arriba en el suelo de un cuarto cerrado con candado. —Se giró hacia los demás con los ojos brillantes—. Por eso no pueden irse. No es la casa lo que los retiene. Es esto. Nadie los bajó.

Thorin ya estaba dando media vuelta hacia el túnel.

—Pues los bajaremos nosotros.

* * *

Subieron los quince metros otra vez, y volvieron a bajarlos.

Convencer a Rose costó menos de lo que temían y más de lo que ninguno quería recordar después. La niña se puso delante de sus propios huesos con los brazos abiertos, como se pone uno delante de un hermano pequeño, y solo cedió cuando Thorin se arrodilló y le explicó por tercera vez, con la paciencia de un hombre que ya no tenía prisa, que había dos losas ahí abajo con sus nombres completos grabados en la piedra, y que llevaban así mucho tiempo esperando.

—¿Los dos juntos? —preguntó Rose.

—Uno al lado del otro.

Thorin envolvió los restos él mismo, con un trozo de tela arrancado de una de las camas, y lo hizo con un cuidado casi litúrgico, colocando cada pieza pequeña en su sitio antes de cerrar el fardo. Nadie le ofreció ayuda. Él no se la habría permitido.

Y bajaron por última vez, los cuatro, con los dos fantasmas flotando entre ellos.

Sepultura

El descenso fue distinto esta vez. No precisamente por el camino que habían tomado, sino por lo que los acompañaba. Rose y Thorn flotaban entre ellos, dos manchas de luz pálida y triste que se

colaban entre las sombras sin proyectar ninguna, y cada vez que el grupo doblaba un recodo del túnel, los fantasmas se acercaban un poco más los unos a los otros, como si temieran que la propia oscuridad pudiera separarlos.

Naivara caminaba con el bastón bien sujeto, los sentidos alerta a cada sombra que se movía de más, a cada corriente de aire que no debía estar ahí. Sabía que aquello era lo correcto —lo sentía en el peso ya casi ligero de la promesa cumplida— y sin embargo algo en la boca del estómago se negaba a relajarse del todo. Quizá fuera el cántico, todavía audible, todavía imposible de situar. Quizá fuera solo la casa misma, que no había dejado de observarlos ni un solo instante desde que cruzaron su puerta principal.

Thorin abría la marcha, con el pequeño fardo de huesos sostenido contra el pecho como quien porta una reliquia. Cuando llegaron y torcieron hacia el pasadizo sur, el enano habló con esa voz grave suya que tan bien sabía convertir en consuelo.

—Thorn —dijo, sin mirar atrás, sabiendo que el niño lo estaba escuchando—, pocos son los que serían capaces de bajar a un sitio como este sin sentir un poco de miedo. Tú lo has hecho y encima cuidando de tu hermana. Eso es valentía, muchacho, la valentía de verdad. —Una pausa, y luego, aún más suave—: Y tú, Rose. Con solo diez años y cuidando de tu hermano pequeño. Eso no lo hace cualquiera. Estoy orgulloso de ti, de cómo lo has protegido durante todo este tiempo.

La luz de Rose pareció, por un instante, brillar un poco más firme. No dijo nada —quizá no encontraba las palabras, o quizá simplemente decidió guardárselas para sí—, pero se mantuvo más cerca de Thorin durante el resto del camino, como una hija que camina junto a su padre.

Pip, unos pasos detrás, guardaba silencio. Todavía se palpaba las costillas de cuando en cuando, un gesto ya casi inconsciente, pero sus ojos no se apartaban de los dos niños fantasma. Había algo en su expresión que hablaba de alguien que empezaba a entender cuánto podía pesar de verdad una promesa.

Llegaron a la cámara de las criptas y el frío allí los recibió como una losa más, distinta al frío del resto del túnel: viejo, denso,

cargado de la quietud de la tierra. Las losas seguían igual que las habían dejado —*Walter Durst, Gustav Durst, Elisabeth Durst*, la lisa y sin nombre apoyada contra el muro— y, un poco más allá, las dos pequeñas: *Rosavalda Durst, Thornboldt Durst*, ambas abiertas, ambas vacías, esperando.

Thorin se arrodilló junto a la cripta de Rose primero, y depositó el pequeño fardo de huesos en el fondo del ataúd de piedra con una delicadeza impropia de unas manos tan rudas y curtidas por la guerra. Levantó la vista hacia el fantasma de la niña.

—¿Estás lista?

Rose flotó hasta el borde de la cripta y se quedó mirando sus propios restos, los mismos huesos pequeños que había cargado como una losa invisible desde el día en que murió. Por primera vez desde que la habían conocido, algo en su rostro etéreo se aflojó, como si soltara un peso que llevaba sujetando con las dos manos.

—No os vayáis todavía —susurró, aunque ya no sonaba a súplica desesperada, sino a última petición razonable—. Quedaos... hasta que Thorn también esté en paz.

—Aquí estamos —dijo Naivara, con la voz firme pero al volumen en que se canta una nana—. No nos moveremos.

Thorin se desplazó hasta la cripta contigua, la de Thornboldt, y con el mismo cuidado depositó los huesos más pequeños del niño en el lugar adecuado. Thorn se acercó flotando, aún abrazado a su muñeco de trapo espectral, y miró sus propios restos con esa mezcla de miedo infantil y algo parecido al alivio que solo entienden quienes han cargado demasiado tiempo con un dolor que no eligieron.

—¿Y si... y si ya no soy nada? —murmuró con una voz quebrada, más pequeña que nunca—. ¿Y si desaparezco y no queda nada de mí, ni siquiera un recuerdo?

Pip dio un paso adelante, ignorando el tirón de dolor en las costillas, y se agachó hasta quedar a la altura del fantasma del niño.

—Quedará esto —dijo, señalando la losa con su nombre grabado en la piedra—. Y quedará que cuatro desconocidos bajaron hasta aquí abajo solo para asegurarse de que descansaras. Eso no lo olvida nadie, Thorn. Ni siquiera la casa.

El niño fantasma lo miró largo rato, y después, muy despacio, se dejó caer —flotar, descender, lo que fuera que hicieran los espíritus para volver a sus huesos— hasta fundirse con los restos que aguardaban en el ataúd de piedra.

Por un instante, la cámara entera pareció contener el aliento. La luz pálida de los dos fantasmas se extendió, tenue, sobre las losas abiertas, temblando como la llama de una vela a punto de apagarse... y entonces, sin ruido, sin dramatismo, se apagó del todo. No quedó frío añadido, ni sombra, ni presencia. Solo dos pequeños esqueletos, en paz al fin dentro de sus propias criptas, con sus nombres grabados en la piedra sobre ellos.

Naivara soltó el aire que llevaba conteniendo un tiempo sin darse cuenta, y sintió que algo se aflojaba también en su propio pecho, algo que llevaba tensado desde el instante mismo en que cruzó el umbral de la Casa Durst.

Y no le pasó solo ella.

Les llegó a los cuatro a la vez, y ninguno supo ponerle nombre: una especie de calor bajo el esternón, ligero y limpio, como el que deja un trago de algo bueno en una noche de mucho frío. Thorin lo reconoció y agachó la cabeza. Pip parpadeó, se llevó una mano al pecho y se quedó mirándose los dedos con cara de no entender nada. Naivara cerró los ojos.

Alden lo sintió también.

Estaba de pie tres pasos por detrás de los demás, donde había estado todo el rato, sin decir una palabra ni acercarse a las criptas, y el calor le llegó igual que a ellos, exactamente igual, con la misma generosidad indiscriminada.

No lo quiso.

Se dio cuenta con una nitidez que le revolvió el estómago: aquello no era suyo. No había estado en el cuarto. No había visto los huesos en el suelo entre las dos camas, ni la ventana tapiada por dentro, ni las marcas de la puerta. No había prometido nada. No había pasado miedo, ni frío, ni había recibido un puñetazo, ni le habían puesto una daga en el cuello. Se había pasado esa hora comprobando picaportes en una planta vacía, y ahora venía alguien

—algo— y le repartía la misma parte que a los demás, como si hubiera estado allí.

Miró a Thorin, arrodillado, encajando las losas. Miró a Naivara, con los ojos cerrados. Miró a Pip, que se estaba tocando el pecho.

Y apartó la vista. Fue la primera vez en toda la noche que Alden apartó la vista de algo.

—Descansen —murmuró Naivara, casi para sí, mientras Thorin encajaba con cuidado las losas de piedra en su sitio, sellando las criptas por última vez.

El silencio que siguió fue distinto a todos los que habían conocido esa noche: no era un silencio vacío, ni expectante, sino simplemente un silencio quieto. Sin embargo, más allá de esa quietud, el cántico fantasmal seguía flotando por los túneles de la mazmorra, indiferente a la paz que acababan de conseguir, como si aquello que lo producía no tuviera nada que ver con Rose y Thorn, y aguardara todavía, en algún rincón hacia el oeste, a que el grupo terminara de decidir qué hacer con él.

—Bien —dijo Thorin, incorporándose y sacudiéndose el polvo de las rodillas, con la voz ronca de quien acaba de hacer algo que pesaba más de lo que aparentaba—. Una promesa cumplida. —Miró hacia el pasadizo que llevaba de vuelta al acceso principal, y de allí hacia el oeste, de donde el cántico seguía llegando, terco y regular—. Ahora queda la otra cuestión: ese canto, y lo que sea que lo entona.

V. El canto bajo la tierra.

El cruce de los túneles.

Thorin fue el primero en romper el silencio reverente que había dejado tras de sí la partida de Rose y Thorn. Se sacudió la tierra de las rodillas con dos palmadas secas y miró a sus compañeros con una determinación que no llevaba antes de entrar en aquella casa.

—Chicos —dijo, y su voz de barítono enano resonó distinta entre las criptas, más firme—, hemos hecho algo bueno aquí. Ahora vamos a averiguar de dónde viene ese maldito cántico.

Pip asintió sin dudar. Algo en el pequeño ladrón había cambiado desde el enfrentamiento anterior: ya no era solo agilidad y sonrisa fácil, sino una gravedad nueva, atenta y casi reverente, que se le notaba en el modo de sostener la daga.

—De acuerdo. Es momento de explorar —dijo simplemente, y ya tenía los dedos inquietos sobre el pomo del arma.

Naivara cerró los ojos un instante, como quien reordena sus propios miedos antes de nombrarlos en voz alta.

—Es hora de ir a por ese... lo que sea —murmuró—. Ya no puedo seguir fingiendo que no existe. Visto lo visto, ya creo en él. Y ese monstruo esconde más secretos, y todo apunta a que no son buenos. —Miró a los demás, uno por uno, antes de terminar—: La cuestión es si esta casa nos dejará salir ilesos.

Nadie respondió a eso. Alden, fiel a su costumbre de dejar que hablaran los demás, se limitó a comprobar el filo de su espada con el pulgar y asentir una vez, listo para seguir al grupo adonde decidieran ir.

Dejaron atrás las criptas familiares —ahora en un silencio absoluto, sin un susurro infantil flotando ya en el aire— y regresaron al cruce de túneles bajo la casa. Allí, en el punto donde terminaba la escalera de caracol, el cántico espectral que los había perseguido desde que pusieron un pie en la mazmorra se volvía innegable: un murmullo rítmico, gutural, casi una letanía en una lengua que ninguno reconocía, filtrándose por la propia tierra bajo sus botas.

El túnel se bifurcaba ante ellos. Hacia el oeste, el sonido se percibía con más fuerza, como si allí la fuente estuviera más próxima. Hacia el este, el pasadizo se adentraba en lo que parecían dependencias más amplias, talladas con mayor cuidado. Al sur quedaba el camino ya conocido, ahora silencioso, hacia las criptas.

—¿Hacia dónde? —preguntó Naivara en voz baja, casi para sí misma, mientras el eco del cántico rebotaba contra la piedra—. ¿Seguimos ese sonido?

Nadie discutió demasiado. Thorin, antorcha en alto, asintió y se puso en marcha detrás de quien decidiera el rumbo; Pip, más interesado en lo que había bajo sus pies que en el debate, ya avanzaba con los sentidos alerta, palpando el suelo con la punta de la bota antes de cada paso. El grupo torció hacia el oeste, siguiendo el canto que se volvía cada vez más nítido, más *cercano*, como si algo al otro lado de la piedra respirara al ritmo de aquellas voces.

El foso oculto.

El túnel se estrechó y el aire se enfrió más de lo que debería. A medio camino, cuando el cántico ya resonaba con una claridad inquietante, Pip se detuvo de golpe con la mano en alto, deteniendo a los demás. Bajo la tenue luz de la antorcha de Thorin, algo no cuadraba: una franja del suelo, de poco más de un metro y medio, tenía un color y una textura distintos —tierra suelta esparcida sobre lo que parecían tablones viejos, demasiado uniforme para ser natural.

Pip se agachó, apartó un poco de tierra con la punta de la daga y confirmó lo que sospechaba: una cubierta podrida disimulando un hueco. No llegó a probar el peso sobre ella, pero el sonido hueco que devolvió al golpearla con suavidad, y el frío que subía desde abajo, no dejaban lugar a dudas: aquello era una trampa, y probablemente no estaba vacía.

—Es una trampa —murmuró, sin apartar la vista del suelo—. Tablones podridos, cubiertos de tierra para disimular. Pero no le veo bien los bordes... la luz no ayuda, y la tierra suelta se mezcla con la

buena. Diría que ocupa casi todo el ancho del túnel, así que no hay mucho margen para pegarnos a la pared y rodearla.

Se mordió el labio, dudando.

—Podríamos intentar cruzar de un salto, o ir tanteando el suelo con algo largo antes de pisar. Pero no os puedo garantizar dónde acaba la parte podrida.

Thorin aguantó con la antorcha en alto, iluminando la escena; Naivara vigilaba el corredor hacia el oeste, atenta a cualquier movimiento entre el cántico, que seguía sonando, ahora con más fuerza que nunca.

—Probemos el camino del este —dijo Naivara finalmente—. Es mejor no arriesgar. ¿Qué decís?

—El camino del este está bien —convino Thorin.

Pip se incorporó de un salto, envainó la daga con un gesto rápido y negó con la cabeza, mirando el foso disimulado bajo los tablones.

—Este camino se acaba aquí, me temo —dijo, dando un golpecito con el pie cerca del borde traicionero, sin llegar a pisarlo—. Este... siempre me gustó ir al este. Es como ir cuesta abajo.

Y sin más, dio media vuelta y empezó a desandar el túnel. Naivara lo siguió, aliviada de no tener que arriesgarse a cruzar el foso a ciegas, y Thorin cerró la marcha con la antorcha en alto. El cántico, que allí al oeste sonaba con más fuerza, se atenuó ligeramente a sus espaldas mientras retrocedían hacia la bifurcación.

Cuatro jergones y un lobo.

Al llegar de nuevo al cruce, el grupo torció hacia el este. El túnel se ensanchó un poco y desembocó en una sala polvorienta: una mesa de madera desvencijada con cuatro sillas ocupaba el extremo oriental, y al oeste se abrían cuatro nichos excavados en la piedra, cada uno con un jergón de paja mohosa y podrida. El aire era rancio, cargado de humedad y del olor a moho de la paja vieja, pero no había rastro de nada sospechoso bajo los pies. Parecía haber sido, mucho tiempo atrás, una especie de barracón para, quizá, los

miembros más humildes de algún culto culto extinto, dada esa letanía espectral.

—Voy a registrarlo todo —anunció Pip, ya moviéndose entre los jergones—. Busco pistas... y cualquier cosa que todavía tenga valor.

Naivara se plantó en el centro de la sala, igual que había hecho al entrar por primera vez en la casa. Cerró los ojos, se concentró en dejar atrás los sentidos más directos y respiró profundamente, dejando salir el aire despacio.

Thorin, por su parte, recorrió el perímetro con calma, atento a hilos, losas sueltas o mecanismos como el que ocultaba el foso del el otro pasillo.

—Revisaré la sala con cuidado —dijo—. Ya hemos visto que en el otro pasillo había trampas.

Pip apartó jergones podridos, palpó la mesa buscando compartimentos, revisó cada rincón de los nichos. Tal como sospechaban, los cuatro camastros de paja no escondían ni una moneda; quienes vivieran allí serían los iniciados, los de menor rango, y no habían dejado nada de valor tras de sí. Pero bajo uno de los jergones, tallado a cuchillo en la madera del suelo, Pip encontró un símbolo tosco: una cabeza de lobo, casi idéntica a la que decoraba las viseras de las armaduras del segundo piso y cuyas lanzas llevaba consigo.

—Aquí hay algo —dijo, volteándose hacia los demás—. No sé aún lo que es... pero es algo.

Thorin, antorcha en alto, recorrió el perímetro entero sin encontrar nada: ni trampa, ni presión oculta, ni resorte. La sala era lo que parecía, un cuartel abandonado, de paso seguro.

Naivara, mientras tanto, dejó que el silencio interior le devolviera algo inquietante: una sensación de ser *observada*, no por unos ojos físicos, sino por la propia casa —una atención difusa que se posaba sobre el grupo y luego se retiraba, indiferente. Y bajo ese presentimiento, algo más nítido: el cántico fantasmal sonaba, sin lugar a dudas, más fuerte desde el camino que tenían por delante.

—Hay que avanzar —dijo, recobrando el aliento—. Delante hay un pozo y los aposentos de los cultistas mayores. Lo siento con claridad.

Pip se arrodilló junto al grabado y sacó una de las lanzas y la acercó, girándola, buscando algún hueco o ranura donde encajara. Nada. La madera estaba intacta alrededor del símbolo, sin rebaje ni bisagra oculta. Era solo un grabado, tallado por una mano nerviosa o devota, no era ninguna cerradura.

El enano se agachó junto a él y estudió las líneas buscándoles un sentido. Repasó mentalmente lo que Rose y Thorn contaron de aquello de un monstruo en el sótano y de los aullidos terribles que se oían por las noches.

—Puede que tenga que ver con lo que contaban los críos... o quizá sea una simple talla, sin más —admitió, guardándose la idea para más tarde, sin lograr atar los hilos—. Todo gira en torno a los lobos, eso sí lo tengo claro.

Sin objeciones, el grupo cruzó el umbral hacia el este.

Lo que arrastraron hasta el brocal.

La sala que se abrió ante ellos era amplia y húmeda. En el centro, un pozo de piedra con un brocal bajo descendía varios metros hasta una cisterna de agua estancada. Un cubo de madera colgaba inmóvil de una cuerda enrollada en una polea fijada a las vigas sobre sus cabezas. Alrededor del pozo se abrían cinco puertas laterales: antiguos aposentos de cultistas de mayor rango, con catres de paja podrida y baúles de madera cerrados con candados oxidados. El cántico fantasmal resonaba aquí con más claridad que en ningún otro punto de la mazmorra, aunque seguía sin poder identificarse su origen exacto.

Thorin cerró los ojos y dejó que el oído lo guiara alrededor del brocal, buscando el origen del cántico.

No tardó en darse cuenta de algo inquietante: el cántico gutural y monótono no venía de ninguna de las puertas laterales. Subía, débil pero inconfundible, desde el propio pozo, como si las voces resonaran contra la piedra húmeda y ascendieran junto con el olor a agua estancada.

—Viene de abajo —murmuró, con la mano ya en el hacha—. De muy abajo.

Naivara se inclinó sobre el brocal con sumo cuidado, sujetándose con ambas manos, y entornó los ojos para atravesar la oscuridad del pozo. La luz de la antorcha apenas rozó la superficie del agua antes de perderse; el reflejo tembloroso y las sombras del cubo colgante jugaban con su vista, pero no logró distinguir nada concreto en la cisterna, ni forma, ni movimiento, ni fondo. Solo un aliento de aire frío y húmedo le subió por la cara.

Mientras tanto, Pip se había metido en el primero de los cuartos laterales y se plantó ante el baúl del rincón, sacó sus herramientas de ladrón con gesto experto y se puso a trabajar el candado oxidado, moviendo las ganzúas con precisión practicada. El mecanismo crujió, algo cedió ligeramente dentro... y volvió a trabarse. El candado no cedió, pero tampoco se rompió; Pip resopló, frustrado, sintiendo que había estado a un pelo de conseguirlo.

—Alden, dame luz —dijo Pip, sin darse por vencido—. Voy a intentarlo otra vez.

Esta vez escuchó cada clic del mecanismo con los ojos cerrados. Alden se preguntó para qué quería luz.

El guerrero se agachó junto a él, sosteniendo la antorcha en alto. No dijo nada, pero su presencia —imponente, silenciosa— pareció infundir una calma extraña a los nervios del halfling. Pip respiró hondo, atento al tacto del metal viejo... pero el hierro no dio tregua. La ganzúa resbaló en el punto crítico por segunda vez, y el candado siguió firme, terco, como si el óxido de años se hubiera fundido con el pestillo.

Mientras tanto, Alden había dejado la antorcha apoyada contra la pared y se había puesto de pie y recorría con la mirada las cinco puertas laterales, calculando. Tomó posición junto a la entrada principal, espada en mano, vigilando el corredor por el que habían llegado. No había hablado, pero su postura decía claramente: «Ocupaos de los baúles. Yo cuido de lo que venga».

Naivara lo observó un instante, asintió para sí misma, y buscó la complicidad de Thorin con la mirada.

—Voy a probar la cuerda del cubo —dijo—. Tantearemos el fondo antes de acercarnos más.

—Voy contigo —respondió Thorin—. Si el sonido viene de ahí, quiero oírlo de cerca.

Juntos hicieron descender el cubo por la cuerda y la polea, dejando que el peso tirara hasta tocar el agua y más allá, tanteando el fondo. La cadena de la polea crujió contra las vigas mientras Thorin, con el oído pegado a la boca del pozo, escuchaba con atención. El agua resultó fría, quieta y ordinaria: una simple cisterna de varios metros de profundidad, sin fondo alcanzable, sin corrientes ni ecos extraños. Y había algo más revelador: el cántico, que en el pasillo exterior parecía llamarlos hacia esta sala, aquí dentro se oía más apagado, casi ausente, como si el pozo no tuviera nada que ver con su origen.

Thorin frunció el ceño, dándose cuenta de que se había equivocado: el sonido no subía desde la cisterna. Venía de otro lugar de la mazmorra.

Y fue entonces, al enderezarse y apartarse del brocal, cuando reparó en la mancha.

Estaba en la piedra del suelo, justo al pie del pozo, y era grande. Demasiado grande. Al principio la había tomado por óxido escurrido de la polea, pero el óxido no se extiende así, en un charco irregular de casi dos brazas que sube por el pie del brocal y se mete en las juntas.

—Naivara. Ven a ver esto.

Se agacharon los dos con la antorcha baja, y estuvieron un rato raspando con la punta de una daga y frotando entre los dedos.

—Sangre —dijo ella—. Vieja. De años de antigüedad; ha entrado en la piedra y ya no sale. —Se apartó un poco para abarcar la extensión con la vista—. Y esto no es de una persona, Thorin. Una persona no da para tanto. Aquí murieron muchos. Quizá a la vez.

Thorin, todavía en cucullas, había empezado a mover la antorcha hacia atrás, siguiendo el borde de la mancha hacia el centro de la sala.

—Hay más.

Bajo el polvo del suelo, tan tenues que solo se veían con la luz muy rasante, había marcas. Dos surcos paralelos, poco profundos,

interrumpidos, del ancho justo que dejarían un par de talones. Salían del centro de la cámara y llegaban hasta el brocal.

Hasta el brocal, y ahí se acababan.

Los cuatro se quedaron mirando el pozo con otra cara.

—Los arrastraron —dijo Thorin—. Los mataron ahí en medio y los arrastraron hasta aquí, y los tiraron dentro. —Se asomó al agujero negro y volvió a apartarse enseguida—. Y nosotros hemos un rato metiendo un cubo ahí abajo.

Pip, mientras tanto, sintió una vergüenza que rara vez había conocido en sus años como ladrón en la gran ciudad.

—Jamás había tenido un gatillazo de este tipo —masculló, indignado, guardando las herramientas.

Alden, que había estado observando la escena desde su puesto de vigilancia, se acercó sin prisa. No dijo nada. Simplemente tomó el baúl, lo apoyó contra la pared con un gesto que parecía casi rutinario, y descargó un golpe seco justo sobre el candado oxidado. El metal crujió, saltó en pedazos, y la tapa se abrió con un chasquido de bisagras quejumbrosas.

—Ahí lo tienes —dijo, sacudiéndose el óxido de la mano.

Dentro, entre trapos podridos y objetos personales sin ningún valor, encontraron algo que les revolvió el estómago: una bolsa cosida con piel humana curtida, y dentro de ella, monedas de oro y plata. Pip la recogió con dos dedos, visiblemente incómodo por el material de la bolsa, murmurando algo sobre lavarse las manos en cuanto salieran de aquel agujero. Aun así, guardó el botín con la eficiencia de siempre.

Naivara, entretanto, recorrió despacio el perímetro de la sala, pasando los dedos por las juntas de piedra, tanteando el suelo bajo el pozo, buscando cualquier grieta o pasadizo que explicara de dónde manaba el cántico. No encontró nada: los muros allí eran sólidos, mudos, sin fisuras ni puertas ocultas.

Thorin, terco como solo un enano puede serlo, volvió a asomarse al brocal, aguantó la respiración, cerró los ojos... y nada. El cántico seguía ahí, constante, espectral, pero esta vez le pareció que venía de todas direcciones a la vez y de ninguna en particular, como si la propia tierra lo exhalara por igual en cada rincón de la mazmorra.

—Esto no tiene sentido —murmuró, apartándose del pozo y rascándose la barba—. O el pozo se ríe de mí, o el sonido viene de mucho más lejos de lo que pensaba.

Naivara se volvió hacia la única entrada por la que habían llegado, estudiándola con atención.

—Necesito saber qué salidas tiene esta sala —dijo, más para sí que para los demás—. ¿Hay alguna aparte de por la que hemos entrado?

Se acercó a cada tramo de muro, prestando especial atención a los sonidos que pudieran filtrarse desde algún lugar oculto, sin llegar a abandonar la sala. Recorrió piedra tras piedra, siguiendo el contorno completo del recinto, y al terminar tuvo la certeza incómoda de que no había ninguna: aquella cámara del pozo, con sus cinco puertas laterales, no tenía otra salida que el corredor por el que habían venido.

Pip, mientras tanto, le dio a Alden una palmada en la espalda.

—Vaya, se te da mejor que a mí, grandullón —dijo, con una sonrisa torcida.

Alden no respondió. Simplemente se encogió de hombros, como si abrir candados a golpes fuera lo más natural del mundo.

Fue Thorin quien tomó el relevo, y lo hizo a su manera. Se plantó ante los tres baúles siguientes con el hacha en las dos manos y empezó a destrozarlos sin intención de parar: no los abría, los deshacía. Naivara le gritó que tuviera cuidado con lo que hubiera dentro y el enano no la oyó, o fingió no oírla, ocupado en esa furia sorda que la casa le había ido metiendo en el cuerpo desde el candado del ático.

Del primero salieron rodando, entre las astillas, tres ágatas musgosas envueltas en un paño negro, cuidadosamente dobladas como si alguien hubiera querido conservarlas intactas para siempre. Del segundo, un parche de cuero negro con una cornalina roja cosida en el centro, del tamaño de una uña, que brilló extrañamente a la luz de la antorcha. Los dos salieron enteros de milagro, y Thorin se los guardó sin mirarlos.

El tercero no tuvo esa suerte. Bajo el filo del hacha crujió algo que no era madera, y cuando apartaron los restos encontraron lo

que había sido un cepillo de marfil amarillento con cerdas de plata deslucida —un objeto de una vanidad que no encajaba con la miseria del resto de la mazmorra—, ahora convertido en esquirlas de hueso viejo y en un puñado de cerdas dobladas, desperdigadas por el suelo de tierra. Nadie dijo nada. Thorin se quedó mirándolo un instante, con el hacha todavía en alto, como si acabara de darse cuenta de que llevaba un rato sin decidir él lo que hacían sus manos.

Quedaba un quinto baúl, el del último cuarto, con el candado más viejo de todos. Pip lo intentó tres veces. A la tercera guardó las ganzúas sin decir palabra.

Thorin, mientras tanto, ya más calmado respirando profundamente, se quedó estudiando la sala entera —el pozo, los cuartos laterales ya revueltos, el suelo de tierra apisonada— buscando algo que no cuadrara, algo que llamara la atención más allá de lo evidente. No encontró ninguna grieta nueva, ningún símbolo oculto, nada que el resto no hubiera visto ya.

Había que avanzar.

Una última mirada al pozo.

Nadie discutió. Thorin se colgó el hacha del cinto con un gesto seco, definitivo, y giró sobre sus talones apartándose del brocal de piedra. Dejó atrás el hedor a cieno estancado y el eco sordo del agua negra que aún parecía jadear en el fondo, como si temiera que detenerse a pensarlo un segundo más le hiciera cambiar de opinión. Pip se despegó del muro húmedo donde había permanecido apoyado, se ajustó la bolsa de piel humana al cinto con una mueca de asco tardío —como si acabara de recordar de qué estaba hecha— y trotó un par de pasos para ponerse a la altura del enano.

—Voy contigo. Total, aquí ya no me quiere nadie —dijo, dedicando una última mirada resentida al candado que se quedaba atrás, cerrado e imperturbable en la penumbra, guardando para quién sabe quién lo que fuera que ocultase.

Naivara fue la última en moverse. Se quedó un instante inmóvil junto al borde de piedra. El cubo vacío oscilaba levemente sobre el

abismo y todavía flotaba en el aire el olor acre a tela chamuscada de la antorcha que habían arrojado a las profundidades para alumbrar un fondo que jamás llegaron a ver. Las marcas de arrastre seguían ahí, grabadas como una acusación silenciosa bajo el polvo, naciendo en la oscuridad y muriendo en el filo del pozo. No dijo nada. Se limitó a alzar su propia luz, comprobar que el bastón reposaba firme en su mano, y dar la espalda al abismo.

—Que quede claro —murmuró, más para sí misma que para los demás— que esto no lo olvido. Volveremos, si hace falta.

Fue el silencio que siguió a sus palabras lo que dejó al descubierto el sonido.

El cántico —esa nota espectral, uniforme, que llevaba toda la noche tejiéndose por las entrañas de la mazmorra como un hilo que nunca se rompe— ya no era un murmullo difuso rebotando en la piedra. Llegaba con una claridad punzante, arrastrándose desde la penumbra del muro oeste de la sala, donde la roca se quebraba en un pasadizo estrecho y angosto. De allí brotaba: más denso, más viejo, vibrando en el aire estancado como una llamada directa.

Guiado por el eco, Thorin no dudó. Se puso a la cabeza y avanzó con paso firme hacia la abertura, alzando la antorcha para rasgar las sombras que velaban la entrada. Sus paredes, más cerradas y húmedas que las del resto de la estancia, parecían tragar la luz. Al llegar al umbral, el enano clavó la vista en la negrura y, por primera vez en toda la noche, contuvo el aliento antes de dar el siguiente paso.

—Es aquí —dijo, con la voz baja—. Tiene que ser aquí.

Pip tragó saliva junto a él, asomándose a la oscuridad que se tragaba la luz apenas a unos pasos de distancia.

—Genial. Justo lo que necesitaba para dormir tranquilo esta noche, si es que dormimos esta noche.

Naivara se adelantó, colocándose entre los dos con el rostro pálido pero la mirada encendida en determinación.

—Ya hemos llegado hasta aquí. No vamos a detenernos ahora ante el único camino que nos queda por recorrer.

Alden, que guardaba la retaguardia atento a las sombras de la sala del pozo, desenvainó apenas unos centímetros de su espada

para comprobar el filo, dio un paso al frente y asintió hacia la negrura del pasadizo, dispuesto a encabezar la marcha si la piedra exigía sangre.

El cántico, como si supiera que por fin encaraban su verdadero origen, pareció alzarse una nota más, vibrando en la roca y envolviendo el pasadizo oeste como una garganta abierta dispuesta a devorarlos.

Metro y medio.

Thorin entró el primero porque era el que llevaba la luz, y porque a esas alturas de la noche había dejado de discutir quién iba delante.

Avanzó cuatro pasos.

Al quinto, el suelo dejó de existir.

No hubo crujido, ni aviso, ni ese momento de duda en que uno nota que la tabla cede: la tierra apisonada simplemente se abrió bajo sus botas y el enano desapareció de la vista con un ruido de madera podrida y un golpe seco tres metros más abajo.

—¡Thorin!

Pip había frenado en el mismo borde, con medio pie en el aire y el brazo extendido hacia atrás para parar a Naivara. Los tres se asomaron a la vez.

El foso tenía tres metros de fondo y el fondo estaba erizado de estacas de madera afiladas, clavadas de punta, ennegrecidas por el tiempo. Thorin estaba tumbado entre ellas, de costado, con la antorcha caída a medio metro de su mano y ardiendo todavía.

—Thorin —dijo Naivara—. Thorin, contéstame.

Un gruñido. Después una tos húmeda. Y después, con enorme esfuerzo, la voz del enano subió por el agujero:

—Sobreviviré.

—¿Te has clavado alguna de esas estacas?

—Dos. —Otra tos—. Ninguna gravemente. He caído de lado.

Pip ya se estaba descolgando.

Bajó por la pared del foso como baja una araña, buscando los apoyos por puro tacto, y aterrizó en el hueco exacto entre tres

estacas sin rozar ninguna. Se arrodilló junto a Thorin, le apartó la cota de malla del costado con dos dedos y silbó por lo bajo.

—Vas a tener un moretón del tamaño de Barovia. Pero estás entero. —Recogió la antorcha—. ¿Puedes levantarte?

—Puedo si me ayudas.

—Vale. Eso es que no puedes.

Arriba, Naivara ya estaba pasando una cuerda alrededor de una viga de madera del techo del túnel, tirando de ella con todo su peso para probarla antes de dejarla caer. Pip la ató bajo los brazos de Thorin, y entre Naivara y Alden lo izaron los tres metros a pulso, despacio, deteniéndose cada vez que el enano soltaba un juramento. Pip trepó detrás por la misma cuerda.

Thorin se quedó sentado contra la pared, gris, respirando por la boca.

—Bien —dijo Naivara, mirando el agujero—. Ahora hay que cruzarlo.

Lo intentaron a lo bruto primero, que es como se intentan siempre estas cosas. Pip volvió a bajar, cruzó el fondo esquivando las estacas y trató de escalar la pared del lado oeste con la cuerda entre los dientes para fijarla al otro lado, y la tierra suelta y las tablas podridas del borde se le deshicieron entre las manos y lo devolvieron al fondo, ileso y furioso.

—No hay dónde agarrarse. Esto no es pared, es una costra.

Lo intentó otra vez. Volvió a caerse.

Y fue Naivara —que llevaba un rato callada, mirando el foso con la cabeza ladeada— quien preguntó lo evidente.

—¿Cuánto medirá?

—¿El qué?

—El foso. De este borde a ese. ¿Cuánto?

Pip, desde el fondo, levantó la vista y midió con los ojos.

—...Metro y medio.

—Metro y medio —repitió ella—. Llevamos un rato intentando bajar y subir un agujero de metro y medio.

Se hizo un silencio muy breve.

Y entonces Alden se quitó la capa, se la echó a Naivara al brazo sin decir nada, retrocedió ocho pasos por el túnel, y tomó carrerilla.

Pasó por encima de Pip como pasa un caballo por encima de un seto. El salto no tuvo nada de elegante —fue puro peso lanzado hacia delante— pero aterrizó de pleno en el otro extremo, se tambaleó un instante, encontró el equilibrio y se dio la vuelta.

Nadie dijo nada durante todo ese tiempo.

—Ah —dijo Pip desde el fondo del foso—. Claro. Saltar.

—Lanzadla, —ordenó Alden en clara alusión al otro extremo de la cuerda atada al poste. Naivara obedeció.

Alden anudó su extremo de la cuerda a un travesaño de la entibación del túnel. Cuando fijó firmemente la cuerda, tiró de ella hasta tensarla y se mantuvo de esa forma, fuertemente, haciendo de poste.

Pip volvió a subir por el extremo sur y, agarrando la cuerda recién colocada, la usó como un pasamanos para cruzar al otro extremo.

Thorin la cruzó el último, agarrado a ella con las dos manos y con Naivara a su lado sujetándolo por el cinturón, arrastrando los pies por el reborde de tierra que quedaba a los lados. Cuando puso el segundo pie en el lado norte soltó todo el aire de golpe y se apoyó en la pared.

—Que conste —dijo, con la voz aún agitada— que ese agujero llevaba milenios esperando a alguien, y me ha tenido que tocar a mí.

—Te ha tocado porque ibas delante —dijo Pip.

—Eso es lo que digo.

Alden recogió su capa del brazo de Naivara y se la puso sin comentar nada. Ella le dedicó una mirada un poco más dilatada en el tiempo que lo habitual.

—Gracias —dijo.

Alden se encogió de hombros y echó a andar hacia el norte, hacia donde el cántico sonaba más fuerte que nunca.

VI. El comedor de huesos.

El eco que traiciona.

El túnel desembocó en una sala larga de techo bajo y suelo de tierra apisonada, y lo primero que notaron fue lo que crujía bajo las botas.

Huesos. Huesos humanoides por todas partes, mohosos, grises, esparcidos como se esparce la basura en una cocina descuidada. En el centro, una mesa de madera tosca flanqueada por dos bancos largos. Y en la pared del sur, una alcoba en penumbra que la luz de la antorcha no alcanzaba a llenar.

Pip se agachó junto a la mesa y estuvo un buen rato mirando los huesos sin tocarlos, girando uno con la punta de la daga.

—Thorin. Ven.

—¿Qué pasa?

—Dime qué ves aquí.

El enano se agachó a su lado y miró donde le decía el halfling, y tardó un momento en entenderlo, y cuando lo entendió cerró la boca con fuerza.

Marcas de cuchillo. Y sobre las marcas de cuchillo, otras: pequeñas, curvas, en semicírculo, hundidas en el hueso viejo.

Dentelladas.

—Esto no lo ha hecho un animal —dijo Pip en voz muy baja—. Un animal muerde de otra manera. Un animal no corta primero con un cuchillo y muerde después.

Thorin se levantó despacio y se acercó a la mesa. Pasó la mano por debajo del borde, palpando la madera por el lado que no se ve, y se detuvo.

—Pip. Aquí abajo hay tallas.

—¿Qué clase de tallas?

—De las que no se ponen en una mesa de comer. —Retiró la mano—. Esto no era un comedor. Esto era un altar, y comían encima de lo que sacrificaban.

Mientras ellos dos hablaban, Pip había vuelto a apartarse hacia la alcoba del sur, atraído por unas marcas de arrastre poco visibles que iban del centro de la sala hacia la sombra —algo que entraba y

salía de aquel hueco con frecuencia—, y Naivara se había ido en la dirección contraria, hacia la boca del túnel oeste de la habitación, siguiendo el cántico.

Los dos hallazgos ocurrieron casi a la vez.

Pip se detuvo a dos pasos escasos de la alcoba, sin entrar en ella, y esperó a que se le acostumbrara la vista. Y algo dentro de aquella penumbra se retiró.

No huyó: se retiró. Un movimiento corto, deliberado, de algo que no quiere ser visto todavía. A Pip le dio tiempo a distinguir un borde curvo y húmedo —una garra, o una mandíbula, o algo que hacía las dos cosas— antes de que la sombra volviera a cerrarse sobre sí misma.

Retrocedió sin darle la espalda, pisando exactamente donde había pisado al venir.

Y en el otro extremo de la sala, Naivara se detuvo junto a la boca del túnel, con la mano todavía tibia por el conjuro que llevaba prendido en la punta de los dedos, y bajó la voz hasta convertirla en un hilo apenas audible.

—Esperad... hay algo más ahí abajo. Algo distinto a la letanía...

Pero la piedra no perdonó los secretos. Su susurro rebotó entre las paredes de tierra compactada y roca viva, multiplicado, devuelto desde ángulos que ella no había calculado, y en el instante mismo en que la frase se apagaba en su garganta, el tono gutural que se enredaba con el cántico cambió. Dejó de ser rumor de fondo, ese ronroneo indiferente que llevaba toda la noche mezclándose con las plegarias muertas del culto, y se volvió nítido. Cercano. Un raspar de algo pesado, muchas cosas pesadas, arrastrándose sobre piedra con la deliberación de quien acaba de oír una voz y ahora sabe hacia dónde dirigirse.

A Naivara se le erizó el vello de los brazos. No esperó a comprobar nada; retrocedió a toda prisa hacia el salón comedor, el corazón le golpeaba las costillas como un animal atrapado.

Pip llegó corriendo desde el otro extremo de la sala en el mismo momento, deslizándose junto a la mesa hasta plantarse junto a Thorin sin haber hecho, en todo el trayecto, el más mínimo ruido de más.

—Está vivo —dijo, sin aliento pero con la voz firme—. Lo que hay en esa alacena está vivo, y no le gusta que lo miren.

Alden, que había permanecido cerca de la boca del túnel vigilando ambos flancos como quien no confía del todo en ningún silencio, desenvainó el acero al ver llegar a Pip corriendo y se plantó entre el grupo y la oscuridad con el escudo y la espada listos, y barrió las tinieblas con la mirada en busca del primer movimiento.

Un instante después llegó Naivara, pálida, con la respiración entrecortada.

—Y ahora hay algo en ese túnel que sabe que estamos aquí —susurró.

El grupo quedó reunido de nuevo en el salón comedor, huesos mordidos bajo los pies, un altar disfrazado de mesa a un costado, cercados entre dos amenazas: la criatura oculta en la alcoba oscura al sur, y algo —tal vez varias cosas— que se agitaba y se acercaba desde el túnel del oeste.

No hubo mucho que discutir. Naivara levantó la mano izquierda con los dedos aún crispados por el hechizo que llevaba contenido desde hacía un rato, dispuesta a soltarlo sobre lo que fuera que asomara primero. Pip, sin una palabra, arrancó una de las lanzas ceremoniales de cabeza de lobo del rincón donde las habían dejado y la empujó contra el pecho de Alden con un gesto seco.

—Tú primero, grandullón.

Thorin plantó los pies, hacha en mano, hombro con hombro junto a sus compañeros, en esa formación que ya habían repetido tantas veces que ya no necesitaban ni mirarse para saber dónde debía estar cada uno.

El túnel vomita a los muertos.

Llegó entonces, más fuerte que antes: un raspar de garras y huesos contra tierra compacta, un gruñido húmedo que no tenía nada de humano por más que naciera de gargantas que alguna vez lo fueron. Al fondo del túnel la oscuridad se rasgó y cuatro siluetas escuálidas —cadáveres de antiguos moradores de este lugar, con la piel gris y tensa y los ojos vacíos y hambrientos— se arrastraron

hacia la luz de la antorcha de Thorin. No esperaron escondidas en la intersección, como Naivara había temido. Venían directas.

En el instante en que la primera de esas cosas asomó el rostro putrefacto por la boca del túnel, Naivara soltó el hechizo que llevaba preparado. Tres dardos de energía centelleante cruzaron el salón y estallaron contra el necrófago, arrancándole jirones de carne muerta del hombro y el costado. La criatura se sacudió con un chillido gutural, gravemente herida, pero no cayó: siguió avanzando, ahora con más rabia, arrastrando a las otras tres tras de sí.

Alden fue el primero en moverse. Se lanzó contra el necrófago ya malherido y le hundió la espada en el costado con un golpe que lo dejó al borde de la muerte. Antes de que la criatura pudiera reaccionar, Pip se deslizó por su flanco, protegido por la propia embestida de Alden, y le abrió la garganta de una estocada certera. El necrófago cayó hecho un guiñapo entre los huesos del suelo.

Pero de la boca del túnel brotaron más. Dos necrófagos frescos alcanzaron la refriega: uno hundió las garras putrefactas en el costado de Alden, que apretó los dientes y resistió el frío entumecimiento que trataba de treparle por los músculos. El otro lanzó un zarpazo hacia Pip que pasó silbando sin rozarlo.

Naivara, con voz firme, extendió la mano y de nuevo tres dardos de luz violeta salieron disparados en abanico, repartiendo heridas superficiales pero visibles entre los tres necrófagos que quedaban. Thorin, invocando esa reserva de voluntad que solo aparece cuando ya no queda otra opción, vio al más débil de los tres y descargó el hacha en un arco amplio; el filo mordió hondo, pero la criatura, con esa resiliencia antinatural de los no-muertos, siguió en pie, tambaleante.

Cuando la primera embestida se rompió contra ellos, un necrófago yacía destrozado. Los otros tres —heridos, gruñendo, cubiertos de tierra de tumba— seguían avanzando. Alden sangraba por el costado, pero se mantenía firme en la línea.

Lo que vino después fue igual de encarnizado. Pip, aprovechando el fallo previo de uno de los necrófagos, lo remató con una estocada brutal que casi lo mató en el acto; la criatura, ya moribunda, se revolvió con un último zarpazo desesperado que

alcanzó al halfling de lleno. Pip sintió ese frío intenso internándose en los músculos, lo aguantó por un pelo y cayó a un aliento de la muerte, justo cuando Thorin, con el símbolo sagrado apretado contra el pecho y una plegaria a Lathander en los labios, lo devolvió a la vida con una luz cálida que le cerró las heridas.

Naivara, gritando a Thorin que usara su poder para alejar a las bestias, retrocedió buscando el amparo de sus compañeros —y en ese instante de retirada, el necrófago rezagado se lanzó sobre ella. Las garras encontraron carne. Naivara aguantó el frío de milagro, pero quedó tambaleándose, pálida, al borde de la muerte. Aun así completó el conjuro que llevaba preparado: tres dardos de fuerza pura silbaron por el aire, uno remató al necrófago que agonizaba y los otros dos perforaron al que acababa de hierla, dejándolo maltrecho.

Alden cerró la refriega con un golpe brutal que levantó al necrófago más débil del suelo y lo estampó contra la mesa del comedor, que se partió en dos bajo el impacto. La criatura quedó reducida a un trozo de carne putrifacto y tembloroso, aferrada a la vida por un hilo, incapaz de levantarse.

Naivara, arrastrándose de espaldas contra la pared con el rostro contraído de dolor, intentó un último conjuro helado, pero el hechizo se disolvió inofensivo contra la piedra. Thorin redirigió su hachazo hacia el necrófago que aún estaba intacto, y esta vez el arma resbaló sin encontrar más que aire. Pip se replegó junto al grupo, vigilante, sin ofrecer un blanco fácil. Los necrófagos respondieron con furia pero sin fortuna: ni un solo zarpazo llegó a rasgar armadura ni piel.

El desenlace llegó rápido. Naivara lanzó un rayo de escarcha contra el necrófago derribado, pero el hechizo pasó rozándolo sin más. Pip, en cambio, se materializó por detrás del otro necrófago —el único aún ileso— con la agilidad silenciosa de quien ha nacido para esto, y hundió el estoque en un ángulo que ninguna criatura podría prever ni bloquear: un tajo profundo desde el hombro hasta el costado que dejó al monstruo tambaleándose, incapaz ya de sostenerse. Thorin, sin esperar a que se repusiera, descargó el hacha sobre el necrófago caído con todo el peso de su cuerpo de

enano; el golpe cayó limpio sobre la nuca de la criatura, que se desplomó inerte, definitivamente destruida.

Quedaba solo uno: el que Pip había destrozado, apenas en pie, sangrando, con los ojos vidriosos fijos en el grupo, buscando desesperadamente a quién arrastrar consigo a la tumba antes de caer. Pip no le dio esa oportunidad. Ejecutó una finta veloz que desarmó cualquier intento de contraataque y hundió el estoque en el pecho putrefacto con un golpe limpio y certero. El monstruo se sacudió una última vez, arañó el aire sin fuerza y se desplomó sobre los huesos mohosos del suelo, disolviéndose en la quietud grasienta de la muerte definitiva.

El eco húmedo del salón comedor se tragó el último gruñido. Thorin, hacha en mano lista para un lanzamiento de emergencia que ya no hacía falta, la bajó con un gruñido de alivio. Naivara, pálida, con la daga temblando en su mano herida, respiró hondo y la enfundó de nuevo. Alden relajó los hombros y bajó la guardia, espada aún goteando sangre, mientras el silencio —solo roto por el distante cántico fantasmal— volvía a instalarse en la sala.

Los cuatro necrófagos que los habían emboscado yacían destruidos entre los huesos mordidos y los restos de la mesa partida. Pero el canto ritual seguía sonando, más fuerte hacia el oeste, recordándoles que la mazmorra —y lo que fuera que lo entonaba— aún los esperaba.

Un respiro entre huesos

—Propongo recuperar el aliento —dijo Thorin, dejándose caer contra uno de los bancos volcados, con la mano aún presionada contra las costillas—. Un pequeño descanso. Mientras, echamos un vistazo a lo que queda de estos... —hizo un gesto vago hacia los cadáveres desechos de los necrófagos— antes de que algo más decida unirse a la fiesta.

—Por mí, sí —concordó Pip, ya buscando en su morral el pequeño kit de sanador—. Necesito que mis manos dejen de temblar antes de volver a sostener el estoque.

—Ídem —murmuró Naivara, apoyándose contra la pared más alejada de la alacena en sombras—. Ansío un pequeño descanso. Y en cuanto termine, quiero tejerme una armadura. No pienso volver a sentir unas garras así de cerca sin algo más que tela entre ellas y yo.

Se retiraron un poco de los huesos desperdigados, hacia el rincón más alejado de la alacena sur, y se sentaron en los bancos que aún se mantenían en pie. Durante el largo rato que duró el descanso, cada uno atendió sus heridas a su manera. Thorin murmuró una breve plegaria a Lathander mientras vendaba sus propias costillas magulladas, y el dolor remitió lo bastante para devolverle algo de vigor. Pip se aplicó un ungüento de su kit con la destreza de quien lleva mucho tiempo haciendo eso mismo, cerrando los cortes más feos hasta sentirse casi entero de nuevo. Alden se apoyó contra la pared, respiró hondo y estiró el hombro dolorido por las garras del necrófago, recuperando parte de la fuerza perdida.

Naivara, con el costado todavía ardiéndole bajo la tela rasgada, aprovechó la calma para concentrarse. Trazó los gestos arcanos del ritual y una tenue película de fuerza mágica —casi invisible, como aire distorsionado— envolvió su cuerpo. Se sintió más protegida que con cualquier coraza física que hubiera llevado nunca.

Un par de veces, mientras comían algo de sus provisiones y recobraban el aliento, se oyó un leve raspar de garras o pezuñas contra la piedra, proveniente de la oscuridad de la alacena en la pared sur. Nadie se acercó lo suficiente para provocar nada. Pero el sonido bastó para que los cuatro mantuvieran, sin decirlo, un ojo puesto en esa sombra.

Al cabo, con las heridas más cerradas y el ánimo algo repuesto, se pusieron en pie. Ante ellos seguía la alacena oscura al sur —de donde venía ese raspar terco— y, más allá, la salida este de vuelta al foso de picas, y el camino al oeste hacia la intersección de túneles donde el cántico se oía, inconfundible, más fuerte.

—No podemos dejar eso ahí, a nuestra espalda, sin saber qué es —dijo Pip por fin, mirando de reojo la hornacina en sombras—.

Prefiero saber a qué nos enfrentamos antes de que decida elegir el momento por nosotros.

Con toda la cautela de la que un halfling pícaro es capaz, se acercó a la alacena manteniendo una distancia que juzgó prudencial, y echó mano de una de las lanzas de las armaduras de lobo para tantear el fondo de la hornacina sin arriesgar el cuerpo. Thorin se situó justo detrás y a un lado, antorcha improvisada en alto, cubriéndole la espalda. Naivara se quedó más atrás, daga lista, murmurando entre dientes las palabras de un hechizo de protección que mantenía preparado en la punta de la lengua, dispuesta a replegarse tras sus compañeros al primer indicio de peligro.

Durante un instante, nada. La hornacina seguía pareciendo un hueco vacío de sombra y polvo. Pip no distinguió nada extraño en la penumbra pese a toda su cautela...

Y entonces todo sucedió demasiado rápido.

Lo que aguardaba en la penumbra.

Algo golpeó la punta de la lanza y la apartó de un latigazo húmedo y correoso. No era la lanza lo que aquella cosa buscaba. Un tentáculo grueso, cubierto de púas, salió disparado desde la oscuridad, ignorando el arma improvisada, y se enroscó directamente sobre el brazo y el costado de Pip antes de que el halfling pudiera siquiera gritar. El golpe fue brutal; Pip cayó hacia atrás con un jadeo ahogado, la piel abierta por el roce áspero del tentáculo, y se desplomó casi sin aliento contra el suelo de tierra y huesos, malherido de gravedad.

En la boca de la alacena, la sombra se removió y por fin se dejó ver del todo: una masa nudosa de carne correosa, mitad crustáceo mitad pesadilla, con un pico córneo capaz de partir hueso. La cosa había probado sangre y no parecía dispuesta a detenerse; se deslizó un poco más hacia la luz del salón comedor, con los tentáculos ondulando, y buscó ya el siguiente blanco.

—¡Pip! —el grito de Naivara resonó por encima del gruñido húmedo de la criatura.

No hubo tiempo para pensar. Alden se lanzó hacia delante, interponiéndose entre la criatura y el cuerpo caído del halfling, y descargó la espada con una fuerza que sacudió el propio umbral de la alacena; el filo mordió la carne correosa y arrancó un chillido gutural a la criatura. Thorin, un paso detrás, golpeó con su antorcha improvisada buscando cortar uno de aquellos tentáculos, pero el arma resbaló sin hallar más que aire viciado.

Naivara, viendo a Pip en el suelo y la sombra ya asomando entera a la luz, no se detuvo a pensarlo dos veces. Se colocó delante, un conjuro de protección listo en la punta de los dedos, y atacó con su daga en un intento desesperado por hacer retroceder a la bestia. El golpe se perdió contra el caparazón correoso de la criatura, pero al menos la mantuvo ocupada.

La bestia respondió con la furia de algo que no conoce la duda. Lanzó mordisco y tentáculo a la vez: el pico córneo chasqueó contra Alden sin hallar más que el acero de su coraza, pero uno de los apéndices, más rápido que la vista, se enroscó alrededor del cuerpo de Naivara antes de que ella pudiera esquivarlo. Las púas se hundieron en su carne y la maga sintió que el aire se le escapaba de los pulmones de golpe; el dolor le arrancó un grito ahogado mientras el tentáculo la sujetaba con una fuerza brutal, imposible de romper de un solo tirón.

—¡No puedo moverme! —logró decir, entre dientes, con la voz quebrada por el dolor, mientras luchaba por no soltar la daga que aún llevaba en la mano.

Pip, tendido entre los huesos con apenas un hilo de vida, alzó la cabeza lo justo para ver a Naivara atrapada y a la criatura cerniéndose sobre ella, y a Alden y Thorin plantados a ambos lados de la criatura, buscando el ángulo para el golpe que la hiciera soltarla de una vez.

El conjuro que no surtió efecto.

Thorin ocupó su tiempo en ayudar a Alden.

Fue una decisión de clérigo, tomada en medio segundo y con la cabeza fría: el guerrero era el que aguantaba la línea, el guerrero

llevaba dos mordiscos encima, y si el guerrero caía caían todos. Así que puso la mano en el peto de Alden y le metió dentro el calor de Lathander mientras el pico córneo bajaba otra vez.

Fue lo correcto. Y eso llegó a pensar durante mucho tiempo.

Pero otro tentáculo tenía agarrada a Naivara.

La golpeó a la altura de las costillas, del lado que ya tenía abierto, y esta vez las púas no la rozaron: se hundieron. Naivara no llegó a gritar. Se le fue el aire de una vez, entero, y la daga se le cayó de la mano, y todo su cuerpo se aflojó dentro del anillo de carne correosa que la sostenía en alto.

Quedó colgando.

—¡Suéltala! —Alden se lanzó contra la masa con todo el cuerpo, sin técnica, sin guardia, buscando el punto donde el tentáculo nacía del tronco.

Pip, desde el suelo, hizo lo único que podía hacer: se arrancó una de las lanzas de cabeza de lobo de la espalda, la sostuvo con las dos manos temblorosas y la lanzó de abajo arriba contra el pico. El asta entró en la boca de la cosa y se quedó dentro. La criatura se sacudió, chirrió, y no soltó a Naivara.

Y Thorin se lanzó a quemar a la criatura.

No se detuvo a buscar nada: sabía de sobra que en aquel salón comedor no había habido una gota de aceite ni una lámpara útil en todo ese tiempo antes de que ellos llegaran. Todo lo que tenía era la antorcha que apretaba en la mano izquierda, y en su cabeza el fuego había funcionado con la armadura y el fuego funcionaba siempre.

Avanzó en una embestida ciega y estampó la llama directamente contra la masa oscura, buscando una combustión violenta que devorara la carne impía en un estallido purificador. Pero la realidad fue un golpe seco y mezquino. Sin combustible ni brea que avivara la lumbre, la antorcha apenas chisporroteó contra la piel húmeda y correosa de la cosa. No hubo llamarada, ni alarido, ni cenizas; solo un siseo sofocado, el olor acre a grasa chamuscada y una mancha de hollín negro y humeante que ensució el cuerpo del monstruo sin causarle más que una leve quemadura superficial.

El fuego, por primera vez, se quedaba ridículamente corto.

Cuando se dio la vuelta completamente vencido, el tentáculo bajaba otra vez.

Naivara estaba inconsciente. Estaba inconsciente, sujeta en el aire y sin defensa ninguna, y la cosa la golpeó de igual manera, del modo perezoso y exacto con que se remata lo que ya no se mueve.

Y entonces se oyó un sonido.

Ese fue el detalle. Se oyó desde el otro extremo de la sala, un sonido corto y hueco que no se parecía a nada de lo que había sonado esa noche, y después el tentáculo se abrió y dejó caer lo que llevaba dentro, y el cuerpo de Naivara golpeó el suelo de tierra y huesos y rodó media vuelta y se quedó quieto.

—No —dijo Thorin.

Cruzó el salón sin ver nada más. Pasó por debajo del brazo de Alden, pasó a un palmo del pico córneo sin que le importara lo más mínimo, y se dejó caer de rodillas junto a ella y la volvió boca arriba con las dos manos.

—No, no, no. Mírame. Naivara. Mírame.

Le puso las palmas sobre el pecho, cerró los ojos y rezó.

Y esta vez rezó de verdad. Con todo. Vació dentro de aquel cuerpo el último resto de lo que le quedaba, la reserva que había estado guardando toda la noche para una emergencia, y sintió cómo el calor le bajaba por los brazos y le salía por las manos igual que las otras veces, igual que cuando había traído de vuelta a Pip en el balcón.

El calor entró en ella.

Y no pasó nada.

Ni una boqueada. Ni un temblor de párpados. Ni ese tirón hacia arriba, ese enganchón que Thorin conocía de sobra, ese momento en que algo que se estaba yendo se agarra y vuelve. No hubo nada a lo que agarrarse. El calor entró, dio una vuelta por dentro de aquella caja vacía y se disipó sin encontrar a nadie en casa.

Thorin abrió los ojos.

Había curado a hombres con la caja torácica abierta. Había traído de vuelta a gente a la que ya le habían cerrado los ojos. Sabía perfectamente lo que se sentía y sabía, con la certeza técnica y

absoluta de un profesional que acaba de comprobar su instrumento, lo que acababa de sentir.

—Está muerta —dijo, en voz alta, sin dirigirse a nadie—. Ya estaba muerta antes de tocar el suelo.

Y entonces, porque no le quedaba una sola idea más, hizo la última cosa que se le ocurrió: se puso sobre de ella, cubriéndola con su propio cuerpo, de espaldas a la criatura. Fue un acto instintivo.

El tentáculo lo alcanzó en la espalda.

Lo levantó del suelo, lo apretó y le partió algo por dentro, pero Thorin no llegó a gritar. Se le nubló todo de golpe, con un zumbido enorme, y lo último que vio antes de que se le apagara la vista fue la cara de Naivara, muy cerca de la suya, con los ojos abiertos.

* * *

Lo que pasó después lo contaron mal las dos veces que intentaron contarlo, porque duró muy poco.

Alden vio caer a Thorin y algo dentro de él terminó de romperse y de ordenarse a la vez.

Dejó de intentar salvar a nadie. Plantó los pies en la tierra, agarró la espada con las dos manos y entró en aquella cosa por el flanco abierto que le había dejado la lanza de Pip. El primer tajo le abrió el costado de arriba abajo. No esperó a ver el efecto: sacó la hoja y volvió a clavarla, más adentro, girando la muñeca al final, con un rugido que no tenía palabras dentro.

Y Pip —que se había levantado del suelo sin que nadie supiera cómo, con tres costillas rotas y la vista doble— rodeó a la criatura por detrás mientras esta se doblaba sobre Alden, desenvainó la espada larga con el camafeo del molino de viento y se la clavó entre dos placas del lomo, hasta la guarnición, con todo su peso encima.

La cosa se estremeció, retrajo los tentáculos hacia el cuerpo como una mano que se cierra, y se derrumbó dentro de su propia alacena.

Nadie la remató. No hizo falta.

Alden se quedó de pie en medio de la sala, con la espada colgando y la respiración deshecha, mirando los dos cuerpos en el suelo.

* * *

Pip llegó primero a socorrer a Thorin.

Se arrodilló, le puso dos dedos en el cuello, esperó y lo encontró: un latido pequeño y muy separado del siguiente, pero ahí estaba. Le apartó la cota de malla, le buscó las heridas con las manos y empezó a trabajar sin pedir ayuda, presionando donde había que presionar, con esa habilidad callejera y sin nombre que había aprendido en sitios donde no se podía llamar a un médico.

—Aguanta, cabezota. Aguanta.

Alden se arrodilló al otro lado y le sujetó los hombros al enano para que no se moviera, y estuvieron así un rato largo, los dos en silencio, hasta que la respiración de Thorin dejó de ser un jadeo irregular y se convirtió en algo lento y sostenido.

—Está estable —dijo Pip—. No va a despertar, pero está estable.

Alden asintió.

Después se levantó, cruzó la sala y se acercó al cuerpo de Naivara, que había quedado medio enredado en el tentáculo inerte de la criatura muerta. Lo apartó con las dos manos, despacio, con un cuidado absurdo, como si la cosa todavía pudiera hacerle daño. Le colocó los brazos a los lados. Le cerró los ojos con el pulgar.

Y no dijo nada durante mucho, mucho rato.

Cuando por fin habló, Pip estaba a diez pasos y aun así lo oyó perfectamente, porque lo dijo con la voz muy clara y sin dirigirse a nadie de los que quedaban vivos en aquella sala.

—Venganza.

* * *

El fuego de la antorcha improvisada se había consumido casi hasta el último resto de tela, y su luz menguaba a un rescoldo naranja. Alden no respondió más que con ese gesto lento de cabeza que en

él servía tanto para un sí como para toda una vida de cosas que no pensaba decir en voz alta. Se incorporó arrastrando el cansancio de un cuerpo mucho más viejo que el suyo, cruzó los pocos pasos que lo separaban de Naivara y se sentó a su lado con la espalda contra la fría piedra, como quien monta guardia junto a algo que aún importa proteger aunque ya no tenga sentido proteger nada.

Se dobló sobre sí mismo. Apoyó los codos en las rodillas y hundió el rostro entre las manos, ocultándose de Pip, de la sala, de los huesos, de todo. El halfling no necesitaba verle la cara para saber lo que estaba pasando: el temblor de los hombros del guerrero lo decía todo, ese hipo contenido que un hombre grande intenta ahogar y nunca lo consigue del todo. Pip no se acercó. Hay duelos que se respetan mejor desde la distancia, y aquel era de los que no admiten testigos.

Así que se puso manos a la obra, en silencio, dejando que Alden tuviera ese momento que tanto necesitaba.

Recorrió el suelo del salón con el cuidado de quien ha aprendido a no dejarse nada de valor a la espalda. Buscó las dos lanzas de lobo y no pudo recuperar ninguna: las dos seguían hundidas en aquella cosa muerta al fondo de la alacena, y él ya sabía —aunque todavía no lo hubiera intentado— que no iban a salir enteras. Revisó entonces las hebillas de su armadura de cuero, tensó una correa floja, contó sus dagas, contó sus monedas por pura costumbre nerviosa más que por necesidad. Cualquier cosa para mantener las manos ocupadas y la mente lejos de la imagen de Naivara colgando del tentáculo.

Cuando terminó, se sentó de espaldas a la pared, cerca de la entrada del salón, con las manos vacías sobre las rodillas y los ojos fijos en la oscuridad del corredor hacia el foso de picas. La primera guardia era suya, y la sostuvo con la misma disciplina silenciosa con la que un rato antes había clavado un asta de madera en la boca de un monstruo que le venía grande.

El tiempo se estiró. El cántico seguía ahí, invariable, un hilo de voces que ni subía ni bajaba, indiferente al velatorio que se había montado a apenas unas salas de distancia.

Al cabo de un rato, Pip se levantó y volvió junto al enano.

—Voy a intentar despertarlo.

Aldel lo miró de reojo.

Lo intentó con todo lo que había aprendido en veinte tabernas: le dio palmadas en la cara, primero suaves y luego no tanto; le sacudió los hombros; le puso bajo la nariz un trapo empapado en algo que llevaba en el petate y que olía a demonios; le habló al oído, primero con cariño y después llamándole cosas que ningún enano perdona.

Thorin no se movió. Ni una sola vez. Seguía respirando, lento y hondo, con la cara relajada de alguien que duerme muy lejos de allí.

—No hay manera —dijo Pip, sentándose sobre los talones—. Está en otro sitio.

Alden se acercó entonces.

Se agachó junto a Thorin, le puso una mano abierta en el esternón, le acercó la cara a un palmo de la suya, y le gritó.

Fue un grito de verdad, un rugido de patio de armas, ronco y enorme, que hizo saltar el polvo del suelo y que rebotó por toda la sala y se metió por el túnel del norte y volvió tres veces. Pip se tapó los oídos.

Los párpados de Thorin temblaron.

Se le escapó un gemido débil de la garganta, un sonido pequeño, y los dos se inclinaron sobre él conteniendo el aliento.

Pero no despertó.

Alden se quedó mucho rato así, agachado, con la mano todavía en el pecho del enano y la cabeza baja.

—Se ha quedado a esto —dijo Pip en voz baja, juntando dos dedos—. A esto.

Alden no contestó. Se levantó, cruzó la sala, se sentó en el suelo de tierra junto al cuerpo de Naivara y no volvió a abrir la boca.

VII. Lo que queda después.

Tres estacas del foso.

Pip fue el primero en moverse. No dijo nada sobre el cuerpo de Naivara —eso podía esperar unos minutos más—, pero cogió la antorcha que aún ardía débilmente contra la pared y se encaminó hacia la boca oscura que llevaba de vuelta al foso de picas. Antes de desaparecer por el corredor, se giró hacia Thorin, inmóvil en el suelo, y hacia Alden, que se dejaba caer junto al cuerpo de Naivara envuelto en penumbra.

—Aguarda aquí —susurró—. Voy a aprovechar mientras montamos guardia.

Bajó con el mismo cuidado felino con que se movía siempre, rozando la piedra húmeda con los dedos, hasta llegar al borde del foso que tan caro le había costado conocer a uno de ellos. Las estacas seguían allí, clavadas en la tierra removida del fondo, manchadas todavía de sangre seca. Pip se descolgó sin hacer ruido, y con manos firmes arrancó tres de las estacas más rectas, las envolvió en un jirón de tela que llevaba en el petate para no cortarse con las esquirlas, y volvió a subir. Nadie lo oyó baja, nadie lo oyó subir. La casa, por una vez, pareció contener el aliento.

De vuelta en el salón, se sentó cerca de la entrada sur, con las tres lanzas improvisadas apoyadas contra la rodilla y el cuchillo desnudo sobre la palma. Desde allí vigilaba a un tiempo la alacena de donde había salido la cosa de los tentáculos y el corredor hacia el sur. El cántico seguía llegando desde el oeste, bajo, regular, indiferente a todo lo que la noche les había arrancado.

Alden no se movió de donde se había sentado. Hundió la cabeza entre las rodillas y dejó que el cuerpo se le encogiera sobre sí mismo, como si pudiera hacerse más pequeño que el dolor. Pip lo oyó gimotear una sola vez, un sonido ahogado y breve que el guerrero intentó tragarse de inmediato. No dijo nada al respecto. Algunas cosas no se nombran; se respetan.

Pasó una hora. Pasó otra. La antorcha se consumía despacio en su soporte improvisado y el cántico seguía sonando, invariable,

como el pulso de la propia casa. Nada se movía en la oscuridad: ni un paso, ni un siseo, ni el roce de una garra contra la piedra. Por una vez, la Casa de la Muerte parecía haberse quedado sin aliento propio, agotada quizá por lo que acababa de arrebatarse.

Y en algún punto de la segunda hora, sin que nadie lo tocara, sin que nadie le gritara, sin que nadie hiciera absolutamente nada por él, Thorin volvió.

Fue una bocanada áspera, entrecortada, como la de alguien que sale de muy hondo. Pip se puso de pie de golpe.

—¡Naivara!

El grito brotó ronco, quebrado, desde donde el enano llevaba horas tendido. Sus párpados temblaron, se abrieron. Estaba pálido como la cera, temblando de pies a cabeza, con apenas un hilo de vida corriéndole por las venas —pero vivo—, y sus ojos, todavía nublados, buscaron entre las sombras del salón el rostro que había sido lo último que vio antes de caer.

La mano fría.

No esperó a que nadie le explicara nada. Apretó los dientes contra el dolor de las costillas y, sin fuerzas siquiera para ponerse en pie, se arrastró sobre manos y rodillas por el suelo cubierto de huesos viejos, murmurando algo entre dientes que sonaba a plegaria y a súplica al mismo tiempo. Encontró en algún rincón de su fe la fuerza para tirar de sí mismo un poco más: el calor sagrado le recorrió el pecho, cerrando parte del daño que aquellas púas le habían infligido, y con ese último impulso llegó junto al cuerpo que Alden había velado en silencio durante horas.

La vio entonces. Inmóvil. Pálida. Sin aliento.

Thorin se detuvo en seco, a medio gesto, con la mano extendida hacia ella como si aún pudiera detener algo que ya había ocurrido hacía tiempo. El sollozo que llevaba conteniendo desde que abrió los ojos se rompió en un sonido bajo y gutural, el llanto de quien encuentra la confirmación de lo que ya temía. Le tomó la mano fría entre las suyas, ásperas y temblorosas, y murmuró una plegaria en la lengua de los enanos, palabras antiguas de despedida que

ninguno de los otros dos entendió del todo, pero cuyo peso no necesitaba traducción.

—Lo invoqué —susurró, con la frente apoyada contra el dorso de la mano de la elfa—. Te puse las manos encima y recé, y no pasó nada. No pasó nada, Naivara. Ni un temblor. —Tragó saliva—. He visto volver a hombres en peor estado que tú. Pero contigo no ocurrió nada.

Se quedó un rato así, con la frente sobre aquella mano.

—Los he oído —dijo después, sin levantar la cabeza—. Mientras estaba fuera. A Rose y a Thorn. Estaban los dos, en la oscuridad, y me decían que aguantara. —Soltó una risa que no parecía una risa—. Dos niños muertos hace mucho tiempo a los que enterramos no hace tanto, diciéndome que aguantara. Y a ella la tenía solo a un palmo, de espacio y de tiempo, y no la oí. Ni una palabra.

Alden, que al oír la voz ronca de Thorin se había incorporado de un salto, mostró un destello de alivio que le cruzó el rostro —fugaz, apenas un parpadeo— antes de que la máscara habitual volviera a cerrarse sobre sus rasgos. No dijo nada sobre Naivara. No dijo nada sobre Thorin. Se colgó el escudo al hombro, cruzó el salón sin una palabra y se dirigió hacia el pasillo del oeste, de donde llegaba, más nítido que nunca, el cántico gutural de lo que fuera que aguardaba más allá. Se detuvo justo antes de cruzar el umbral, dio media vuelta, y se quedó allí, en silencio, esperando a que sus compañeros terminaran lo que tuvieran que terminar.

Una capa por sudario.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Alden desde el umbral, sin volverse del todo—. ¿La llevamos a una de las criptas sin nombre?

Pip se acercó, limpiándose las palmas ensangrentadas contra el pantalón, y miró un momento el cuerpo envuelto en sombra antes de responder.

—Desconozco cuáles son los rituales de su pueblo, o los de su orden mágica —dijo, sin apartar la vista de ella—. Pero si fuera yo, preferiría que quemaran mi cuerpo antes que dejarlo aquí, a merced de las alimañas.

Thorin, todavía de rodillas junto a la elfa, se pasó el dorso de la mano por los ojos y respiró hondo antes de incorporarse del todo, apoyándose en la pared de tierra. Cuando habló, su voz sonaba rota, pero firme, con esa autoridad tranquila que el dolor no había logrado arrancarle del todo.

—Ahora no podemos hacer mucho por ella aquí abajo —dijo—. Vamos a acabar con el mal de esta maldita casa, y nos aseguraremos de que ninguno más de nosotros muera en el camino. Cuando terminemos, le daremos el descanso que se merece... fuera de estas paredes.

Nadie discutió la decisión. Fue, sin que ninguno lo dijera en voz alta, un pacto: seguir adelante, sobrevivir, y sacarla de la Casa de la Muerte cuando todo aquello terminara.

Alden volvió junto a ella una última vez. Con manos torpes pero cuidadosas, desabrochó del cuerpo de Naivara la capa que aún llevaba puesta, la misma que ondeaba cuando invocaba sus hechizos, y la envolvió con ella, cubriéndole el rostro. La depositó en un rincón del salón, lejos de los huesos desperdigados por el suelo, apoyada contra la pared de piedra, con la cabeza vencida sobre el hombro. Era un gesto pequeño frente a la magnitud de lo perdido, pero era lo único que la casa les permitía ofrecerle por ahora.

Pip recogió sus tres estacas y comprobó el filo de su espada; Thorin se ajustó el parche de cuero y las pocas ágatas que aún llevaba guardadas, respirando hondo para sobreponerse al mareo de la debilidad. Al fondo, Alden seguía esperando en el umbral, con la mirada clavada en la oscuridad del pasillo.

El grupo —reducido a tres, magullado, pero todavía en pie— se reunió junto a la salida hacia el oeste. El aire frío de la mazmorra parecía, si cabía, más pesado que antes.

VIII. El santuario de Strahd.

El camino de los muertos.

Progresaron con esa precaución sombría que nace únicamente de haber entregado ya gran parte del alma a la oscuridad de aquellas horas. Thorin iba en cabeza, antorcha en alto, iluminando cada palmo de suelo antes de posar el pie, atento a cualquier cable tenso o losa suelta bajo la tierra apisonada. No encontró nada: el pasillo estaba limpio, al menos por donde pisaban.

Pip se pertrechó lo mejor que pudo, desenvainó la espada larga con el camafeo de molino de viento grabado en la empuñadura y trazó un par de floridas fintas en el aire, más para espantarse los propios nervios que por necesidad real.

—Allá vamos —murmuró con una sonrisa torcida, adelantándose junto a Thorin.

Alden cerró la formación en silencio. Posó la mano firmemente sobre la empuñadura y dejó su mirada todavía perdida en algún lugar detrás de sus propios ojos.

El cántico fantasmal, ese susurro rítmico y gutural que los perseguía desde que bajaron a la mazmorra, resonaba ahora con una claridad inquietante, llegando a la vez desde dos direcciones: unas escaleras que descendían hacia el oeste, y una entrada al norte que parecía conducir a algún tipo de santuario.

—Prestad atención —dijo Pip, deteniéndose un momento, con la cabeza ligeramente inclinada hacia el sonido—. Viene más fuerte del norte. Yo diría que vayamos por ahí.

—Me da igual hacia dónde vayamos—respondió Alden, sin volverse—, mientras me lleve hacia lo que emite ese sonido infernal.

Thorin asintió, sombrío, y echó a andar sin más palabras. Con cuidado, con la antorcha vigilando cada sombra, torcieron hacia el norte.

A medio camino, el enano tropezó con unos escombros sueltos ocultos bajo la tierra removida. Tropezó con un gruñido sordo, provocando que la antorcha chisporroteara con furia y la luz vacilara un segundo; las sombras se proyectaron entonces contra los muros

en un espasmo repentino que, por un latido, no pareció de este mundo. Pip dio un respingo y posó rápidamente la mano en la empuñadura; Alden se adelantó un paso con el escudo listo. No había nada. Solo un susto y un corazón acelerado, y Thorin masculló una disculpa avergonzada antes de recomponer el paso.

El hombre de la capa.

El túnel se abrió a una cámara siniestra. De las paredes colgaban esqueletos mohosos sujetos por grilletes oxidados, inmóviles, cubiertos de polvo de siglos de edad —restos antiguos, decoración macabra más que amenaza inmediata—. En el muro sur se abría una amplia alcoba que contenía una estatua de madera pintada: un hombre demacrado y pálido, envuelto en una voluminosa capa negra, con la mano izquierda posada sobre la cabeza de un lobo tallado a su lado. En la mano derecha sostenía, en alto, un orbe de cristal gris que humeaba sutilmente, como si algo ardiera en su interior sin llama alguna.

El cántico ritual resonaba aquí con una claridad que erizaba la piel, llegando con fuerza desde una salida al oeste; la única otra salida era por donde habían llegado.

Pip se detuvo en el umbral, mirando la estatua con el ceño fruncido.

—¿Alguien más reconoce a este tipo de la capa...? —murmuró, sin apartar los ojos del orbe humeante.

Thorin entrecerró los ojos bajo la luz temblorosa de la antorcha y estudió el rostro tallado: esas facciones alargadas, esa palidez de cera, esa capa que parecía tragarse la luz. Algo hizo clic en su memoria de enano viajado.

—Por la barba de mis ancestros... —murmuró—. Ese rostro. Llevo días oyéndolo describir sin que nadie llegue a nombrarlo: en los caminos, en las ventas del este, cada vez que alguien mencionaba este valle y luego cambiaba de tema. *Strahd*. Es él. El señor de estas tierras, el amo del castillo de la montaña. No sé qué hace su cara tallada aquí abajo, entre huesos y cadenas, pero es él, sin duda.

Pip asintió despacio, llegando a la misma conclusión por su cuenta.

—Lo mismo pensaba yo —dijo en voz baja—. Una vez oí a un carretero decir ese nombre entre dientes, como si pronunciarlo en voz alta fuera a traerle mala suerte, y no quiso repetirlo. No es un santo, desde luego... y, a buen seguro, no representa una figura a la que una hueste de fanáticos encadenaría osamentas por puro afecto.

Se le erizó la piel al reparar en el detalle: aquello no era una capilla cualquiera. Era un altar.

Alden entornó los ojos y ladeó la cabeza, pero el rostro no le dijo nada concreto. Para él era solo un noble pálido de aspecto inquietante, tal vez un señor local, tal vez una figura legendaria de estas tierras que él simplemente no conocía. No consiguió ponerle nombre, aunque el instinto de soldado le decía que, fuera lo que fuera aquella estatua, no traía nada bueno.

Mientras hablaban, el cántico seguía llegando con fuerza desde la otra salida, constante, indiferente a su presencia.

La puerta bajo la arcilla.

—Voy a mirar bien esta sala —anunció Pip, y se puso a ello sin esperar respuesta.

Se movió pegado a las paredes, apartando telarañas, golpeando suavemente la piedra con los nudillos, sin dejarse un solo rincón sin repasar. Thorin, mientras tanto, recorrió el perímetro sin acercarse a la alcoba sur donde la estatua de Strahd descansaba. Observó los esqueletos colgados con el ojo clínico de un clérigo acostumbrado a la muerte: restos viejos, sin rastro de energía necrótica, sin trampa alguna. Alden se plantó frente a la estatua y la estudió con detenimiento, sin tocarla, con plena desconfianza.

—Hay manchas aquí —dijo al cabo, señalando la base de la alcoba—, y quemaduras viejas. Y esto... —Se acercó un poco más a los símbolos tallados bajo los pies del lobo y del hombre pálido—. Esto no es decoración. Aquí se sacrificó algo. Muchas veces.

Dentro del orbe de cristal, en la mano de la estatua, se agitaba un humo tenue, con una lentitud que no era la del humo. Alden retrocedió un paso, inquieto, sin necesidad de que nadie le dijera que era mejor no tocarlo.

—¿Alguna otra salida? —preguntó, sin dejar de mirar el orbe de reojo—. ¿Alguna de ellas lleva a algún sitio que nos permita salir de aquí si es necesario?

Fue entonces cuando la paciencia de Pip dio fruto. En mitad de la pared este, bajo una gruesa costra de arcilla seca que a simple vista parecía parte del muro, sus dedos notaron una diferencia de textura. Rascó un poco y descubrió el contorno inequívoco de una puerta.

—Aquí —dijo, sin levantar la voz, pero con un brillo de triunfo en los ojos—. Hay algo detrás de esto.

—Pues abrámosla —propuso él mismo, y esta vez nadie se lo discutió.

Alden desenvainó y se colocó junto a Pip, plantando los pies con la espada lista; Thorin se situó al otro flanco, con el arma en alto, y la antorcha proyectó sombras nerviosas sobre los esqueletos encadenados. Pip raspó la última costra de arcilla, que se desconchó en placas grises y cayó al suelo con un ruido sordo. Bajo ella apareció una puerta de madera corriente, hinchada y podrida por la humedad. Empujó con cautela, y cedió sin apenas resistencia, crujiendo sobre goznes casi deshechos.

No salió nada. Solo oscuridad, y el eco de una escalera de piedra que subía unos tres metros hasta un pequeño rellano.

Pip cruzó el umbral, subió los peldaños con la daga por delante y palpó en la penumbra hasta dar con una trampilla de madera vieja en lo alto. Empujó con la palma. No cedió: estaba atascada, trabada, o cerrada por el otro lado. No había rastro de nadie ni de nada más allí arriba.

Bajó de nuevo, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Hay una salida ahí arriba —informó—, pero está sellada. Tendríamos que forzarla si queremos usarla. Lo digo por si el sitio se nos complica ahí dentro —señaló con la cabeza hacia el oeste— y necesitamos otra puerta trasera.

—¿Hacia dónde? —masculló Alden, con la mandíbula apretada, sin apartar la vista del arco oeste—. Ese sonido... llevo toda la noche queriendo partírla la cara a quien sea que lo produce.

—Vayamos hacia los cánticos y acabemos con esto de una vez —dijo Thorin, apoyándose apenas en su antorcha, la cara pálida por la sangre perdida—. En cuanto logremos finiquitar esta tarea, por fin podremos hallar un respiro que sea auténtico.

Pip levantó una mano abierta, pidiendo calma con un gesto casi teatral.

—Un momento, un momento. No vamos a entrar ahí con las prisas de quien no ha mirado antes por dónde pisa.

El orbe que respira.

Se volvió hacia la alcoba, donde el orbe de cristal seguía humeando en la mano de piedra de la estatua, y se acercó despacio, con las manos bien lejos de tocarla. Estudió el cristal desde todos los ángulos, acercó el rostro, entornó los ojos... pero por más que lo intentó no consiguió decidir si aquel movimiento interno era magia de verdad o simplemente un truco de la casa para atraer miradas curiosas. El orbe no le dijo nada más: ni un zumbido, ni un cosquilleo en los dedos que no había llegado a mover. Guardaba bien su secreto.

—¿Qué hay, Pip? Brilla, ¿verdad? —dijo Alden, sin apartar la vista, con los brazos cruzados y el ceño fruncido—. No me fío de la magia. Y menos aún te pierdo de vista a ti, tan cerca de cualquier cosa que llame la atención por su brillo. Ni se te pase por la cabeza tocarlo...

Pip ni se inmutó, demasiado concentrado en el cristal como estaba para responder a la pulla, aunque sí retiró la mano un poco más, casi por instinto, ante el tono del guerrero.

Mientras tanto, Thorin se apoyó contra la pared más alejada de la estatua y rebuscó en su petate por si quedara algún vial de curación entre lo poco que habían encontrado. Pero no había nada: ni una poción, ni un ungüento, solo plata, ágatas viejas y una estaca afilada. Tampoco había tiempo para un descanso en toda regla —el

cántico seguía sonando al oeste, insistente, y ninguno quería quedarse quieto demasiado rato tan cerca de aquella estatua—. Así que hizo lo que sabía hacer: cerró los ojos, murmuró una plegaria breve, y dejó que el calor sanador le recorriera las costillas maltrechas una vez más. La herida del costado se cerró un poco. Respiró hondo, y por primera vez desde que había despertado, se sintió capaz de sostenerse sin tambalearse.

—Bien —dijo, incorporándose del todo—. Estoy listo.

El orbe seguía intacto en la mano de la estatua; nadie lo había tocado, ni a la estatua tampoco. El cántico continuaba llegando desde el oeste, monótono, inquietante, sin una sola variación desde que lo habían oído por primera vez.

Los tres se miraron un instante —el clérigo pálido pero en pie, el guerrero con la mandíbula apretada de rabia contenida, el halfling con la espada aún desenvainada tras sus fintas nerviosas— y, sin necesidad de más palabras, se encaminaron hacia el arco occidental, hacia el corazón del canto que llevaba toda la noche llamándolos.

Los trece nichos.

El arco occidental no daba a un pasillo. Daba a una escalera.

Eran pocos peldaños —una docena, tal vez menos—, tallados en la roca viva y hundidos en el centro por el paso de pies que llevaban siglos sin pasar, y bajaban lo justo para que el aire cambiara de sabor. Arriba, en el santuario, el frío era el seco del polvo y de la piedra vieja. En cambio, el aire de las profundidades mutó en una humedad mineral, cargada con ese hálito estancado de las aguas que han olvidado el movimiento.

Thorin bajó primero, con la antorcha por delante. A mitad de la escalera se detuvo, y no fue por precaución.

El cántico, que llevaba toda la noche llegándoles amortiguado —filtrado por muros, por vueltas de túnel, por metros de tierra apisonada—, dejó de golpe de ser un rumor.

Era comprensible.

«Él es el Antiguo. Él es la Tierra.»

Nada más. Esas dos frases, una detrás de otra, sin variación y sin respirar, en un registro grave que no subía ni bajaba y que no parecía salir de ninguna garganta en concreto, sino del propio hueco de la sala. Los tres se quedaron quietos en los escalones, escuchándolo por primera vez con todas las palabras puestas, y a ninguno le sentó mejor entenderlo que no haberlo entendido.

—Bueno —dijo Pip al cabo—. Ya sabemos la letra.

La sala que había al pie de la escalera era cuadrada, de techo bajo, y estaba comida de agujeros.

No eran grietas ni desperfectos: eran nichos. Huecos labrados a propósito en los cuatro muros, a la altura del pecho, del tamaño de una hogaza cada uno, con el borde rematado a cincel por alguien que se había tomado su tiempo en hacerlo bien. Thorin los contó sin querer, como se cuentan las cosas que dan miedo, y volvió a contarlos para estar seguro.

Trece.

Y ninguno estaba vacío.

Avanzó pegado a las paredes, sin rozar nada, iluminando de reojo lo que descansaba dentro. Una mano momificada, cortada por la muñeca, con los dedos cerrados sobre nada. Un cuchillo de hoja de hueso, amarillo y pulido de uso. Una esfera pálida del tamaño de un puño, encajada en un cuenco de plomo, con algo dentro que había sido un ojo y era demasiado grande para haber sido el ojo de un hombre. Un manojo de dientes ensartados en un alambre. Y en los que quedaban, formas que ninguno de los tres miró el rato suficiente como para tener que ponerles nombre.

Pip sí miró uno. Fue mala suerte: el primero que le quedó a la altura de la cara al bajar el último peldaño. Dentro había una cabeza reseca, del tamaño de un melón pequeño, con la piel pegada al cráneo como cuero curado y el pelo todavía rizado por encima de las orejas.

Orejas puntiagudas. Pequeñas.

Pip apartó la vista y no dijo nada, que era lo último que solía hacer.

Thorin recorrió el perímetro entero intentando averiguar de dónde venía exactamente el canto. Ladeaba la cabeza, se detenía,

avanzaba tres pasos y volvía a detenerse, buscando el punto en el que el sonido se hiciera más fuerte que en el anterior. No lo encontró. La piedra le devolvía el cántico desde los cuatro muros a la vez, sin preferencia. Pasó de largo ante una abertura angosta en la pared —un pequeño pasaje secundario cerrado por una puerta herrumbrosa tras la que apenas se adivinaban un par de celdas vacías y sin salida— sin dedicarle más que una mirada distraída; de allí solo salía un aire viciado y muerto. Su propio corazón —que llevaba desde el salón comedor sin ponerse del todo de acuerdo con él— le metía ruido en el oído justo cuando más falta le hacía el silencio. Lo único que sacó en claro fue lo que ya era evidente sin moverse del sitio: que el canto se espesaba hacia el sur, donde el suelo de la sala dejaba de ser suelo y empezaba a bajar.

Pip, mientras tanto, desenvainó la espada larga y se plantó en el centro de la sala con la espalda dada a la escalera, girando despacio sobre los talones. Afinó el oído, la nariz, la piel; hizo lo que había aprendido a hacer de crío en la ciudad, en la época de los grandes crímenes, cuando saber si un callejón estaba vacío o no era la diferencia entre cenar y no cenar. Barrió con los ojos la estancia, los nichos mudos y aquel rincón de las celdas, buscando cualquier sombra que no encajara.

No le sirvió de nada. La sala no le dijo absolutamente nada. Solo le quedó una certeza tonta e indefendible, de las que no se pueden explicar a nadie sin quedar como un cobarde: que aquel sitio le gustaba menos que ninguno de los que habían visto esa noche, y eso ya era decir mucho.

—Aquí no hay nada —admitió, molesto consigo mismo—. Y me fastidia, porque no me lo creo.

Lo que se movía tras los barrotes.

Alden no se había parado a contar los trece nichos que horadaban las paredes como bocas vacías, ni prestó atención al estrecho túnel lateral que moría en una vieja puerta de barrotes —unas celdas ciegas y ruinosas que a simple vista no llevaban a ninguna parte—. Recién bajados por la empinada escalera de piedra que los había

dejado en aquella sala sepulcral, su instinto fue directo hacia otro lado.

Había ido derecho al muro sur, donde el suelo se rompía en una rampa de piedra húmeda que descendía hacia la oscuridad, y la bajó sin esperar a nadie. A los pocos pasos la bota se le llenó de agua. Siguió bajando. El agua le llegó al tobillo, luego a media pantorrilla, turbia y quieta, con una nata de algo pálido flotando en la superficie que se abría a su paso y se volvía a cerrar detrás de él.

La rampa terminaba en una reja.

Barrotes de hierro gruesos como muñecas, encajados de arriba abajo, cubiertos de una costra de óxido y salitre que se desprendía en escamas al pasar la mano. Alden se agachó junto a ellos hasta tener la cara a un palmo del agua, y esperó a que los ojos se le hicieran a lo que había detrás.

Al principio no vio nada: negrura, y el reflejo tembloroso de la antorcha lejana de Thorin sobre la lámina quieta. Después, muy al fondo, vio un resplandor.

Era rojizo, débil, y latía. No era fuego abierto: era el rescoldo de algo, o una llama vista a través de mucha distancia y mucha humedad. Y contra ese resplandor se movían siluetas. No habría podido decir cuántas eran, ni de qué tamaño. Sí supo decir —y eso fue lo que le puso la mano en la empuñadura— que se movían todas a la vez, con el mismo compás.

Y que el compás era el del cántico.

Aguantó la respiración y siguió mirando. En la pared lateral, medio comida por la sombra, había una rueda. Le pareció de madera, grande, con radios gruesos, y le pareció que de ella salían cadenas hacia arriba y hacia los lados.

Se levantó chorreando y subió la rampa hasta el borde del agua.

—Está ahí —dijo—. Al otro lado de esto está lo que llevamos toda la noche oyendo. —Se limpió las manos en los faldones—. Y hay una rueda en la pared, grande, con cadenas. Apostaría el brazo a que es lo que sube esta reja.

—¿Y dónde está la rueda? —preguntó Thorin, que ya había entendido la respuesta.

—Al otro lado.

Aunque tenía serias dudas, Alden lo intentó de todas formas.

Metió los dedos entre los barrotes, plantó las botas en el limo del fondo y tiró hacia arriba con las piernas y con la espalda y con todo el cuerpo, hasta que la cota de malla le crujó en los hombros y se le nubló la vista un segundo. La reja soltó una lluvia de escamas de herrumbre y un quejido largo de hierro contra piedra, y no subió. Ni un dedo. Nada.

Alden se retiró jadeante, con las manos en carne viva.

Thorin, que había visto venir aquello, paseó la mirada por la estancia, dudando entre la rampa inundada y el angosto túnel de las celdas que habían dejado a un lado al descender las escaleras.

—Tiene que existir algún otro paso —dijo en voz baja—. Está claro que es ahí donde queremos ir.

—Ayúdame —insistió Alden, que ya estaba de vuelta metido en el agua—. Tú, Pip: en cuanto se abra un palmo, te cuelas. A tu izquierda tienes el mecanismo para levantarla desde dentro.

—A mi izquierda —repitió Pip—. Cómo no. Siempre me ocurre lo mismo: Cualquier sitio donde haya que meterse está siempre a la izquierda.

Pip renegó con más insistencia de la que empleó en tomar aire durante aquel breve instante y, pese a sus quejas, se introdujo en el agua turbia para aguardar junto a los barrotes, con la planta del pie ya dispuesta hacia la abertura que esperaba que cediera.

Pero no se abrió.

Alden encajó los dedos y tiró; Thorin se pegó a su espalda, clavó los talones en la piedra húmeda y sumó al esfuerzo todo el peso de enano, cota y terquedad que lo mantenía en pie. El hierro chirrió, gimió, escupió más óxido pero aguantó. Era como intentar levantar una montaña desde una simple esquina. Cuando desistieron, Alden tenía las palmas en carne viva y sangrando por el roce del metal corroído, y Thorin se quedó doblado sobre las rodillas buscando aire, notando cómo el esfuerzo le tiraba de todas las heridas que llevaba mal cerradas.

Pip se irguió, se sacudió el agua de las manos y no se guardó el comentario.

—¿Veis? Lo que pensaba. Esta cosa no se mueve a base de músculo.

Y Thorin, que se había pasado el último minuto con la cara a dos dedos de la piedra, pudo por fin decir algo útil.

—Lo que es seguro es que no está clavada al muro. —Pasó la mano por el canto de la pared, a un lado de los barrotes, y sus dedos encontraron un surco vertical, limpio, tallado a propósito—. Corre por unas guías. Sube y baja, como el rastrillo de una fortaleza. —Buscó el surco del otro lado y encontró lo mismo—. Esa rueda que dice Alden debe ser su mecanismo de apertura.

Una rueda de madera medio comida por la sombra, en una pared a la que no había manera de llegar.

—Pues habrá que buscar el rodeo —dijo Alden, chapoteando mientras salía del agua y clavaba los ojos en el pasaje de las celdas que antes habían desdeñado—. Esa sala de ahí detrás está inundada igual que esto. Si no podemos pasar por la reja, habrá que ver si ese túnel es tan ciego como parece.

A media sílaba.

Y entonces el cántico se paró.

No menguó, ni se alejó, ni bajó de volumen. Se cortó súbitamente, en mitad de una palabra, como si a una docena de gargantas les hubieran tapado la boca a la vez y en el mismo instante. La sílaba se quedó a medias en el aire. Y lo que vino después no fue el silencio: fue distinto, más grueso, más atento, el silencio de algo que también ha dejado de hacer ruido para poder escuchar.

—¡Atentos! —siseó Pip, pegando la espalda al muro entre dos nichos—. Los cantos... han cesado.

Alden salió del agua y se quedó parado en la rampa, inmóvil, con la cabeza vuelta hacia la sala para oír mejor. No había pasos. No había roce de tela, ni voces, ni chapoteo, ni el arrastrar de nada que viniera por ningún pasillo. Lo único que quedaba en el mundo era el goteo del agua bajando por la rampa hacia la reja, de forma muy regular, y un crujido bajo y lento en algún punto de la piedra, de esos

que una casa vieja hace siempre y que solo se oyen cuando ya no hay nada más que oír.

—Nada —dijo—. No viene nadie.

—Eso es peor —dijo Pip.

Thorin no le contestó. Seguía con los dedos metidos en el surco vertical de la reja, recorriéndolo de arriba abajo como si de tanto insistir la piedra fuera a cambiar de opinión.

—Está claro que esto tiene un mecanismo —murmuró—. Y sabemos que está al otro lado. Que es lo mismo que decir que tiene que haber otra puerta que nos lleve ahí dentro.

Fue al volverse cuando Alden lo vio.

Un parpadeo, en el rabillo del ojo, en el lado de la sala donde los nichos quedaban más lejos de la antorcha: una luz cálida donde no había ninguna luz cálida, siluetas de pie, quietas, vueltas hacia algo, y —esto no se lo dijo a nadie— un sonido que se parecía mucho a una risa, muy lejos, como se oye una fiesta desde la calle de al lado. Volvió la cabeza de golpe.

Trece nichos. Sus trece cosas dentro. Polvo, sombra y piedra, exactamente igual que un segundo antes.

—¿Habéis visto eso?

—¿Visto qué? —dijo Thorin.

Alden empezó a describirlo y se dio cuenta, a mitad de la frase, de cómo iba a sonar.

—Nada. Me ha parecido... —Se pasó la mano por la cara, y la mano le olía a óxido y a agua sucia—. Ahí dentro me ha parecido ver luces antes. Y gente. Un momento nada más.

Ninguno de los otros dos había visto nada. Podían ser los nervios, o la antorcha, o el cansancio de una noche que llevaba durando demasiado; o podía ser que aquella casa siguiera haciendo lo que había hecho desde el vestíbulo, que era enseñarle a cada uno exactamente lo que más le aterraba. Alden no habría sabido decir cuál de las tres cosas era, y eso era lo que menos le gustaba de todo.

Fue en ese preciso instante cuando Pip decidió detenerse.

Ya no quedaba rastro de la ironía o el sarcasmo que habían puntuado sus protestas durante el resto de la travesía; tampoco

buscaba ya la salida con la mirada. Guardó su acero —un gesto que no se permitía desde hacía largo tiempo— y les sostuvo la vista, hablando con esa sobriedad desnuda de quien ha pasado gran parte de la noche rumiando un cálculo mental y, por fin, ha dado con el resultado.

—Regresemos.

Esperó a que uno de los dos dijera algo. Pero no dijeron nada.

—Los críos ya han hallado la paz. Están descansando, y eso lo hicimos nosotros, y nadie nos lo va a quitar. —La maga se ha ido. —Pronunció aquellas palabras con un esfuerzo casi físico, dejando que el peso de la noticia cayera en el silencio de la sala—. Naivara ha perecido, y yace ahí al fondo, arropada por su propio sudario, aguardando a que alguna mano la rescate de este pozo de sombras. No hay ninguna razón, ni una sola, para que nosotros encontremos aquí nuestro final. Vinimos a buscar a un niño para salvarlo de un monstruo. Hemos salvado a dos. Se acabó.

El gotear incesante del agua llenó el hueco de silencio que dejó tras sus palabras.

—Hay una trampa ahí arriba —añadió, casi como un susurro—. Está atascada. Entre los tres podremos abrirla.

Thorin no le respondió con palabras.

Se apartó, recogió del suelo una piedra suelta del tamaño de un puño y echó a andar con la antorcha hacia el pasadizo que se abría más allá de los nichos, hacia la hilera de celdas oscuras. Antes de cruzar el umbral se agachó, calzó la piedra bajo el canto de la puerta y la empujó con el talón hasta notarla firme, para que nada pudiera cerrarla a su espalda. Después se enderezó, comprobó el suelo delante de sus botas y entró.

Pip se quedó mirando el hueco por donde había desaparecido la luz. Luego miró a Alden, que no había dicho ni sí ni no en toda la conversación.

—Dime al menos que lo has pensado.

El lobo cosido en la ropa.

Alden se quedó un instante en el umbral, con la piedra que Thorin había calzado bajo la puerta rozándole la bota. Miró a Pip —una mirada rápida, casi una disculpa— y se encogió de hombros, como quien admite que ya ha discutido lo suficiente por esa noche. Luego entró, agachando la cabeza bajo el marco bajo de piedra.

El halfling se quedó fuera un segundo más, solo, con el silencio recién instalado pesándole en los oídos casi tanto como el cántico había pesado antes. *«Malditos putos locos —pensó, apretando los dientes—. Lograréis que nos maten a todos.»* Pero no lo dijo en voz alta. Envainó del todo la espada, volvió a desenvainarla a medias por pura costumbre nerviosa, y cruzó tras ellos, dejando que sus botas de niño de callejón pisaran sin ruido el suelo húmedo de la prisión.

La sala se abría más larga de lo que parecía desde fuera: una hilera de alcobas talladas en la roca viva, cada una cerrada con una reja simple y con grilletes que aún colgaban de las paredes del fondo, retorcidos y cubiertos de óxido como venas reseca. El aire olía a piedra mojada y a algo más viejo, más rancio, que ninguno de los tres quiso nombrar. El goteo del agua turbia del túnel sumegrido llegaba hasta aquí, amortiguado, marcando el tiempo como un pulso ajeno.

Thorin se había adelantado hasta el fondo del pasaje y permanecía inmóvil, plantado ante la última celda. Mantenía la antorcha improvisada en alto, contemplando al esqueleto encadenado sin acercarse más de lo necesario mientras aguardaba a que los demás lo alcanzaran. Los grilletes le sujetaban las muñecas por encima de la cabeza, de modo que el cuerpo —lo que quedaba de él— colgaba ligeramente inclinado hacia un lado, como si hubiera muerto a media protesta. Los jirones de la túnica negra, apolillados y quebradizos, se le pegaban a las costillas como piel seca.

—No lo toco —dijo Thorin, más para sí que para los demás, cuando notó que Alden se colocaba a su lado—. Pero me gustaría ver qué lleva encima.

Se agachó junto a los pliegues de tela caída en el suelo, bajo los pies descarnados del cadáver, y con la punta de su daga —sin usar los dedos— fue apartando capas de tejido podrido. Encontró poco: hebillas de hierro oxidadas que en su día habían cerrado un cinturón, ahora deshechas en escamas rojizas; una bolsita de cuero tan carcomida que se abrió sola al roce, esparciendo un puñado de polvo gris que podría haber sido cualquier cosa, monedas o huesos molidos, imposible saberlo ya. Ni un arma, ni un pergamino, ni nada que hablara de quién había sido aquel hombre en vida, más allá de la certeza de que había muerto encadenado, en la oscuridad, esperando algo que nunca llegó a ver.

Fue Alden quien, al inclinarse a mirar mejor con el hombro casi pegado al de Thorin, señaló algo en la tela del pecho, justo bajo la clavícula descarnada. Un bordado, casi borrado por la podredumbre y los años, pero todavía reconocible si se sabía qué buscar: la silueta de una cabeza de lobo, hilo sobre hilo negro, cosida con el mismo cuidado obsesivo con que un devoto cose el símbolo de su fe.

—Ahí lo tienes —murmuró Alden, sin apartar los ojos del bordado—. El mismo lobo de la estatua. Del hombre de la capa. Y el mismo lobo tallado bajo el jergón.

Thorin apretó la mandíbula sin decir nada, como si la certeza le confirmara algo que ya sospechaba desde que había visto a Strahd tallado en piedra con la mano sobre la cabeza de la bestia. Ya no era solo un altar. Era una fe entera, cosida en la ropa de sus muertos.

Y fue esa idea —el uniforme, no la fe— la que le hizo alargar la mano.

—Espera —dijo—. Si es un hábito, y son todos iguales, y son trece...

No terminó la frase. Pinzó el dobladillo entre el pulgar y el índice, con cuidado, calculando si la prenda aguantaría puesta por encima de una cota de mallá. Al tirar apenas un dedo, un trozo del tamaño de una mano se le deshizo entre las yemas como ceniza vieja y cayó al suelo sin hacer ruido. La tela estaba apolillada, rígida por

costras de sangre seca y polvo de tumba, y las costuras se abrían solas al tacto, sin necesidad de fuerza ninguna.

Thorin dejó caer el polvo negro que le manchaba los dedos y chasqueó la lengua, contrariado.

—Ni para trapos —murmuró Alden—. Olvídalo. Si queremos un disfraz, tendrá que ser de alguien que haya muerto esta década.

No habría durado dos pasos sobre unos hombros, y desde luego no habría aguantado que nadie la mirase de cerca a la luz de una antorcha. Y aunque hubiera aguantado, era la única que quedaba: las demás celdas estaban vacías de huesos y de ropa, y los huesos que un día colgaron de aquellos grilletes los habían encontrado ellos mismos horas antes, mordidos y esparcidos por el suelo del comedor de arriba. Una túnica para tres. Thorin sacudió la cabeza y dejó la idea donde había nacido.

Al enderezarse, la antorcha le subió por delante y la luz alcanzó las manos del cadáver, allí arriba, sujetas por encima de la cabeza. Y algo devolvió el reflejo.

Thorin entrecerró los ojos. En el dedo corazón de la mano derecha, encajado en el hueso desnudo, había un anillo de oro. Empañado por los siglos, sin piedra y sin ningún grabado que se distinguiera desde abajo, pero oro sin ninguna duda.

No lo tocó. Fiel a lo que había dicho al entrar, se limitó a señalarlo con un movimiento seco de la barbilla.

Pip llegó antes de que acabara el gesto.

—Aparta la luz. No, no la apartes: ponla ahí. Ahí.

Thorin retrocedió un paso y sostuvo la antorcha en alto, alumbrándole el hueco de la celda, y Pip se inclinó sobre el esqueleto con una concentración que no le habían visto en toda la noche. No agarró el anillo. Primero recorrió con las yemas la túnica raída, los eslabones de los grilletes, el hueso mismo del dedo, buscando el frío de una aguja, la tensión de un hilo, el canto de un resorte, cualquier cosa que estuviera donde no debía estar. Rodeó el brazo y lo miró desde el otro lado. Volvió a empezar desde el principio.

Nada. Polvo, óxido y la quietud de un hombre que llevaba demasiados años sin moverse.

—Está limpio —dijo, y sacó el anillo del hueso con un chasquido seco y un giro de muñeca.

Lo sopesó en la palma, lo giró contra la luz, le pasó el pulgar por dentro.

—Factura sencilla. Buen oro, eso sí. —Se lo guardó en la bolsa del cinturón—. Veinticinco monedas, si encontramos a alguien lo bastante desesperado para comprarle joyas a un halfling que sale de esta casa. Bueno... por algo se empieza.

—Se lo has quitado a un muerto —dijo Alden, sin demasiada convicción.

—Se lo he quitado a un cultista —dijo Pip—. Y él, si te fijas, ya no lo necesita tanto como yo.

Pip volvió a quedarse un paso atrás, con la espalda pegada a los barrotes de una celda vacía, vigilando el pasillo por donde habían venido y el que se abría más allá de las alcobas, donde la oscuridad parecía tragarse la luz de la antorcha antes de tiempo. No apartaba la vista de las sombras, y cuando habló, lo hizo en voz baja, sin ironía esta vez:

—Guardaos los juicios morales para cuando estemos fuera de aquí. Ahora mismo prefiero averiguar qué pasa al fondo de este pasillo antes de que algo decida que ya hemos visto bastante.

El goteo del agua siguió marcando el silencio. Ninguno de los tres se movió aún, pero los tres miraron hacia la oscuridad que se extendía más allá de las celdas vacías, donde la prisión parecía continuar —y donde, en algún lugar no muy lejano, el cántico que se había cortado en seco podía estar esperando, tan paciente como el propio esqueleto encadenado, a que alguien se decidiera a seguir avanzando.

IX. Uno debe morir.

Él es el Antiguo, él es la Tierra.

Fue Alden quien la encontró.

Llevaba ya un buen rato recorriendo las celdas de la prisión palmo a palmo, palpando el suelo, el techo y las paredes con las dos manos abiertas, mientras Pip le sostenía la luz y protestaba en voz baja sobre lo que opinaba de todo aquello. A la segunda vuelta, en el muro del sur, encontró una piedra que se hundía cuando se apretaba con el pulgar.

El bloque pivotó sobre sí mismo con un rechinar de arena.

—Ahí lo tienes —dijo Pip, sin ninguna alegría.

Thorin se adelantó, hizo retroceder al grupo un par de pasos con el brazo y encendió un jirón de tela con la antorcha, y lo lanzó rodando al interior por pura precaución. La tela cayó sobre agua y siguió ardiendo un momento, flotando, y a esa luz temblorosa vieron dónde se habían metido.

Era una sala cuadrada y hundida, de doce pasos por doce, y estaba inundada. Agua turbia hasta la rodilla, quieta, oscura, con una película viscosa flotando en la superficie. Columnas de piedra subían del agua hasta un techo que no se veía. A lo largo de las paredes corrían unos rebordes secos, elevados un palmo sobre el nivel del agua, como andenes.

En el muro que daba a la rampa de acceso descansaba la enorme reja de hierro que les había cerrado el paso desde el otro lado, con sus gruesos barrotes hundidos en la charca; empotrada en la pared contigua, medio comida por la herrumbre y el salitre, se alzaba la pesada rueda dentada de madera y metal, con las cadenas tensas dispuestas para izarla.

Y en el centro, sobre una tarima octogonal a la que se subía por un escalón, había un altar.

Era de piedra, macizo, y estaba negro. No se trataba del color de una piedra muy oscura: era el negro consecuencia de lo que se le había derramado encima durante mucho tiempo, capa sobre capa. En los cuatro costados había relieves tallados, y la luz que flotaba

en el agua alcanzó a iluminar uno: figuras escuálidas, de brazos largos, inclinadas sobre algo que estaba tumbado.

Del techo, encima del altar, colgaban cadenas oxidadas.

Thorin metió una piedra grande bajo la puerta secreta para que no pudiera cerrarse a su espalda. Lo hizo sin decir nada y nadie se lo discutió.

—Yo esto no lo veo —soltó Pip, retrocediendo medio paso y clavando los ojos en la penumbra—. Pero no lo veo en sentido literal: sugiero encarecidamente que demos media vuelta y finjamos que jamás hemos pisado este agujero.

Alden ni siquiera apartó la vista del corredor al pasarle por el lado.

—Anotada tu objeción en el libro de quejas, Pip. Te prometo que la revisaremos en cuanto no tengamos una espada en la mano. Sigue andando.

Ya estaban entrando en el agua.

Pip avanzó como avanzaba siempre, un paso y una pausa, un paso y una pausa, tanteando el fondo con la punta de la bota antes de cargar el peso. Y a mitad de camino se detuvo del todo y levantó una mano.

—Callaos.

—¿Qué?

—Que os calléis.

Se quedaron los tres quietos y en silencio en el agua, y Pip giró la cabeza hacia la pared del oeste, donde había una brecha grande llena de escombros y desechos amontonados: tablas rotas, raíces, huesos, cosas que llevaban ahí desde antes de que ninguno de ellos naciera.

—Ese montón está respirando —dijo.

Thorin y Alden miraron. Pero no vieron nada.

—Os digo que se mueve. Muy despacio, pero se mueve. Y hace un ruido... —Pip buscó la palabra y no la encontró—. Húmedo. Como cuando se despega algo.

—Pues no lo toques —dijo Thorin.

—No pensaba tocarlo. Llevo toda la noche procurando no tocar nada y mirad cómo nos ha ido.

Thorin arqueó una ceja al observarlo, evocando la interminable lista de objetos que Pip no había logrado dejar intactos a lo largo de la velada.

Alden, mientras tanto, se había ido hacia la pared del este.

Ahí se encontraba la rueda de madera del tamaño de un escudo, con radios gruesos, montada sobre un eje del que salían cadenas hacia arriba y hacia los lados, perdiéndose en la oscuridad del techo. Alden pasó la mano por ella, encontró el punto de agarre y empujó.

Pero costaba hacer que se moviera.

Volvió a empujar, esta vez con el hombro, y la rueda cedió con un chirrido espantoso. Empezó a girar. Por encima de sus cabezas se oyó un traqueteo de cadenas y, al lado, la pesada puerta de hierro comenzó a subir muy despacio.

El rastrillo. La misma reja de barrotes gruesos contra la que se habían destrozado las manos desde el otro lado, encajada en los mismos dos surcos verticales que Thorin había recorrido con los dedos, subía ahora palmo a palmo con un quejido agónico de metal. El hierro escupió una última lluvia de óxido antes de detenerse a media altura, dejando libre un paso oscuro pero suficiente para cruzar al otro lado sin tener que agacharse demasiado.

—Bien —dijo Alden, resoplando, con las palmas aún doloridas—. Ahí detrás está el relicario. Ahora tenemos dos salidas disponibles.

Pip, que se había subido a uno de los rebordes secos para tener el agua lejos de las botas, no contestó.

Alden, por su parte, se movió por puro impulso mecánico. Sin una razón que pudiera articular, atraído simplemente por ser aquel el punto más elevado y libre de escombros en toda la estancia —un refugio visual tras horas de incertidumbre—, ascendió el peldaño de la plataforma octogonal. Se plantó en el centro exacto, ganando estatura frente a la charca, y permaneció allí inmóvil, flanqueando el altar negro con la mirada perdida en la penumbra.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Thorin desde el agua.

Nadie llegó a contestarle.

* * *

El cántico volvió.

No llegó desde ninguna parte: estaba, de golpe, en la sala, tan alto que Pip se llevó las manos a los oídos.

«Él es el Antiguo. Él es la Tierra.»

Y sobre los rebordes secos que rodeaban la cámara —sobre todos ellos, incluido aquel en el que Pip acababa de subirse— había trece figuras.

Estaban encapuchadas y vestidas de negro, y no tenían cara. No se trataba de que la tuvieran oculta: bajo la capucha no había nada, solo un hueco. Cada una sostenía en alto una antorcha que ardía con una llama negra que no daba luz sino que se la quitaba al aire de alrededor. Y todas miraban —de algún modo y sin ojos, miraban— hacia el centro de la sala.

Hacia el hombre que estaba de pie sobre la tarima.

Pip se bajó del reborde de un salto y cayó al agua de culo, y ninguna de las figuras se giró hacia él.

El cántico cambió.

«¡Uno debe morir! ¡Uno debe morir! ¡Uno debe morir!»

—¿A qué se refieren? —gritó Thorin por encima del estruendo, buscando con la mirada alguna trampa en los muros, fingiendo no entender—. ¿Uno de ellos? ¿Uno de los que están ahí fuera?

Pip, arrodillado en el agua turbia, sacudía la cabeza con una insistencia desesperada, como si negarse a comprender fuera la única forma de salvarse. Las trece voces retumbaban contra su cráneo, pero su mente se aferraba a cualquier absurdo antes que a la verdad evidente.

—¡Será una metáfora! —chilló Pip, con la voz rota por el pánico—. ¡Una adivinanza o un acertijo de esos de templo antiguo! ¡Tiene que ser una prueba simbólica!

Thorin apretó los dientes, negándose a mirar la piedra ensangrentada del centro de la sala.

—¡Claro! ¡Es un juramento! —bramó, aferrándose con ingenua terquedad a la mentira—. ¡Solo quieren que prometamos algo, una renuncia o un tributo!

Hacían todo el ruido posible para no escuchar lo que tenían delante de las narices. Se negaban a admitir que las palabras no

encerraban ningún misterio que resolver, que no eran una advertencia ni un enigma, sino una orden simple y literal. Que había un altar macizo bajo los pies de Alden, cadenas colgando del techo y un pozo de sangre vieja que llevaba un siglo esperando exactamente lo mismo.

Alden permaneció inmóvil sobre la tarima mientras aquellas trece figuras sin rostro le aullaban su letanía, y en ese instante, rodeado de sombras, tomó la única decisión coherente que la locura de aquel lugar permitía.

Bajó de la tarima.

Fue un movimiento normal, casi torpe: dio un paso atrás, bajó el escalón y volvió a meterse en el agua con los demás, y en el instante exacto en que su segunda bota tocó el fondo el cántico se cortó como si hubieran cerrado una puerta.

El silencio solo duró un instante.

Y luego las trece bocas que no existían dijeron otra cosa, todas a la vez, y esta vez sus voces sonaron satisfechas.

«¡Lorghoth la Putrefactora, despierta!»

El agua se rizó bajo Alden como si la propia sala inhalara. Las trece figuras se deshacían ya en jirones de humo negro que sus propias antorchas parecían tragarse, satisfechas de algo que ninguno de los tres terminaba de entender. Pero la voz que dejaban atrás no se apagó. Cambió.

—«Lorghoth la putrefactora» —repitió Thorin en un susurro ronco, como si el simple hecho de pronunciarlo pudiera hacerlo menos real.

Al otro lado de la sala, la brecha de la pared oeste dejó de ser un montón de basura y ruinas. Pip lo vio primero desde el reborde donde se había encaramado: un temblor recorrió el amasijo de escombros y jirones podridos, y luego un desprendimiento, como si algo debajo llevara mucho tiempo conteniendo el aliento y por fin lo soltara. Huesos rotos rodaron entre salpicaduras de légamo. Una masa oscura, viscosa, se irguió despacio de entre los desperdicios —sin rostro, sin forma que el ojo pudiera fijar, solo pliegues de vegetación podrida y limo que goteaba en hilos espesos— y empezó

a girar, lentamente, hacia el punto de la sala donde el agua aún se movía.

Hacia Alden.

—¡Corre! —la voz de Pip no tenía ya nada de la floritura de esgrimista de hacía un momento; era un grito seco, práctico, del ladrón que sabe leer cuándo una apuesta se ha terminado—. ¡La reja, Alden, la reja!

Alden no necesitó que se lo repitieran. Ya había empezado a retroceder cuando el cántico cambió, y ahora el instinto tomó el mando de las piernas antes de que la cabeza terminara de procesar lo que tenía delante: chapoteó hacia atrás, apartando la mirada del altar y del bulto que se alzaba al fondo, directo hacia el rectángulo de oscuridad que él mismo había abierto con la rueda de madera minutos antes. El agua turbia le frenaba cada zancada, tirándole de las botas como si quisiera retenerlo allí, ofrecido, sobre la tarima que acababa de abandonar.

Thorin, más cerca de la puerta secreta que había atrancado con escombros, no apartaba los ojos de la masa que se desperezaba en la brecha oeste.

—¡No os quedéis a mirarlo! —bramó, y la piedra le devolvió su propia advertencia multiplicada, tres veces—. ¡Moveos!

Pip saltó del reborde de vuelta al agua, calculando en un instante que la distancia hasta la reja norte era más corta que la paciencia de aquella cosa. Cruzó el tramo turbio en dirección a Alden con la espada aún en la mano aunque ya no tenía ninguna fe en que fuera a servir de nada contra algo que se levantaba de un montón de huesos y desperdicios como si el propio suelo de la casa lo vomitara.

El montículo —Lorghoth, si aquel nombre cantado significaba algo— no se apresuró. Se movía con la parsimonia espesa de quien no necesita correr porque el tiempo, en aquella cámara, le pertenece. Un miembro amorfo se desprendió de su masa central, chorreando, y tanteó el agua turbia como una raíz que buscara asidero, sin apuntar todavía a ninguno de ellos en concreto, pero sin dejar de girarse, palmo a palmo, hacia el sonido de sus pasos.

Alden llegó el primero al hueco de la reja levantada, con el corazón golpeándole las costillas y el agua chorreándole de las perneras. Se giró un segundo, solo para comprobar que los otros dos venían detrás, y lo que vio no le tranquilizó nada: la masa oscura había ganado ya media sala de terreno, dejando tras de sí un rastro de légamo negro que humeaba levemente al contacto con el agua, como si disolviera algo que el agua no debiera disolver.

—¡Seguid, seguid, no miréis atrás! —jadeó Pip, adelantando a Thorin por un instante—. Sea lo que sea esa cosa, no quiero ser yo quien descubra lo que hace de cerca.

Thorin fue el último en cruzar el umbral de la reja, y antes de hacerlo lanzó una última mirada hacia el altar manchado de sangre vieja, hacia las cadenas que aún se mecían solas en el aire quieto, hacia el hueco negro de la brecha oeste de donde el putrefactor seguía alzándose, indiferente a las prisas de sus presas. Después no miró más. Cruzó tras sus compañeros el paso que la rueda de madera había abierto, dejando atrás la cámara ritual, su altar, sus trece voces sin rostro y a Lorghoth despertando en la oscuridad que quedaba a su espalda.

Tres direcciones.

No los persiguió.

Esa fue la única suerte que tuvieron. Cruzaron el rastrillo levantado, los tres, chorreando y sin aliento, y esperaron al otro lado con las armas en la mano a que la masa apareciera por el hueco. No apareció. Lorghoth la putrefactora se quedó en su cámara inundada, donde llevaba cien años, y ellos entendieron —sin decirlo— que aquella cosa no era un cazador. Era una boca. Y las bocas esperan.

Volvieron sobre sus pasos casi corriendo: el relicario con sus trece nichos, el santuario del hombre pálido de la capa negra, y de ahí a la puerta que Pip había desenterrado de debajo de la arcilla y a la escalera corta que subía tres metros hasta el rellano y la trampilla atascada.

Alden la abrió de un tirón, con las dos manos y toda la espalda.

Salieron uno detrás de otro por un agujero cuadrado en un suelo de roble pulido, y Pip, que fue el último, resbaló al izarse y tuvo que hacerlo dos veces. Detrás de él la trampilla cayó sola, con un golpe sordo.

Y entonces los tres se dieron cuenta a la vez de dónde estaban.

Tres lobos los miraban.

Estaban montados en sus peanas, con la boca abierta y los ojos de cristal amarillo, colocados de manera que los tres miraran hacia la puerta. Y sobre la chimenea, una cabeza de ciervo con la cornamenta rota.

—Ah —dijo Alden—. Es aquí.

—¿Conoces esto? —preguntó Thorin.

—Estuve aquí abajo mientras vosotros estabais arriba. —Alden ya estaba mirando la habitación de otra manera—. No hay ventanas. Solo esa puerta.

Señaló al oeste, hacia el vano que daba al salón principal, y en el momento exacto en que lo señalaba, la casa dejó de fingir.

Fue instantáneo. De la chimenea apagada empezó a salir humo, y no era humo de leña: era negro, denso, aceitoso, y bajaba en lugar de subir, derramándose sobre el suelo de roble como un líquido y extendiéndose hacia ellos. Thorin lo respiró antes de poder evitarlo y le entró en la garganta como un puñado de alfileres.

Y el vano del oeste ya no era un vano.

Donde había habido una puerta abierta había ahora un umbral desnudo, y en el umbral, encajada de arriba abajo y oscilando de lado a lado con un siseo regular, había una hoja de guadaña del ancho del marco.

Iba y venía. No se paraba nunca.

—¡La chimenea! —tosió Pip—. ¡Sale de la chimenea, apartaos de la...!

No terminó la frase, porque Thorin echó a correr en dirección contraria.

Corrió hacia la trampilla del suelo, la que acababan de cerrar a su espalda, y se puso a tirar del anillo con las dos manos.

—¡Thorin!

—¡Está abajo! —El enano tiraba con los ojos desencajados, sin toser, sin notar el humo—. ¡Naivara está abajo! ¡La dejamos abajo, no podemos irnos y dejarla ahí!

—¡Thorin, está muerta! —Pip le gritó con toda la voz que le quedaba—. ¡Está muerta y tú te vas a morir aquí por ir a buscar un cadáver!

La trampilla cedió.

Thorin la abrió, se metió por el agujero sin mirar atrás y desapareció escaleras abajo.

Quedaron dos.

Y Pip, que llevaba toda la noche diciendo lo que había que hacer y que no le habían hecho caso ni una sola vez, miró a Alden, miró el humo que ya le llegaba por el pecho, miró la hoja que iba y venía en el umbral del oeste, y tomó su decisión sin consultarla con nadie.

—Yo me voy —dijo—. Ven conmigo.

Alden miró la trampilla abierta.

—Alden. Ven conmigo.

Alden siguió mirando la trampilla abierta.

Pip no esperó más. Se plantó a dos pasos del umbral, contó el ritmo de la hoja —una, dos, tres, y vuelta—, y en el hueco entre dos pasadas se tiró de cabeza al otro lado, rodó por el mármol del salón principal y se levantó ileso, con el corazón en la garganta y sin un rasguño.

Se giró.

—¡Alden!

Alden estaba de pie en medio del humo, con la cara vuelta hacia el agujero del suelo por el que se había ido Thorin.

Y bajó.

Cerró la trampilla desde dentro para que el humo no lo siguiera, y aquello fue lo último que Pip vio de él.

* * *

Pip se quedó solo en el salón principal, con la chimenea que Thorin había encendido hacía una eternidad todavía tibia y las tallas de las

paredes retorciéndose en el rabillo del ojo, y entendió que ya no tenía a nadie a quien esperar.

Al sur estaba el vestíbulo. Y detrás del vestíbulo, la puerta de roble, y la verja, y la calle, y la niebla, y Barovia, y el resto de su vida.

Echó a andar hacia allí.

Y en el umbral del sur, la casa le puso la segunda hoja.

Pip se paró en seco. Era igual que la otra: el mismo ancho, el mismo siseo, el mismo vaivén paciente. La había cruzado una vez. Sabía cómo se hacía. Contó el ritmo —una, dos, tres, y vuelta— y le pareció un poco más rápido que el anterior, o quizá era él, que estaba más cansado, o que le dolían las costillas rotas, o que llevaba toda la noche sin dormir y había visto morir a una amiga.

Lo pensó demasiado. Ese fue el problema.

Saltó medio latido tarde.

El precio de la fuga.

La hoja lo alcanzó a media zancada, y no lo cortó por la mitad porque el ángulo se lo llevó de lado: le entró desde la cadera hasta el costado, lo levantó del suelo y lo lanzó al otro lado del umbral con su propio impulso, dando vueltas.

Pip aterrizó de bruces sobre las baldosas del vestíbulo y no volvió a moverse.

* * *

En el vestíbulo de la Casa de la Muerte, donde los retratos pétreos de la familia Durst seguían mirando con sus ojos ciegos de mármol, Pip yacía boca abajo sobre las baldosas frías, a un paso escaso de las puertas de roble y de la noche de Barovia. Nadie lo vio caer. Nadie lo vería morir.

Su pecho se alzó una última vez, un estertor breve que apenas movió el polvo bajo su nariz. En algún rincón de su mente, la taberna seguía allí —la espuma de la cerveza rozándole el labio, las risas de Thorin y Alden, incluso la voz de Naivara, viva de nuevo, preguntándole si por fin iba a pagar una ronda— pero el sueño se

deshilachó como humo entre los dedos, y el frío de las baldosas le ganó la partida al calor imaginado de aquel fuego que nunca existió. El corazón del halfling, que tanto había resistido ya —los guanteletes de la armadura negra, el tentáculo de la alacena, el filo de la guadaña— se rindió por fin, en silencio, sin testigos, sin una mano que le cerrara los ojos. Fuera, tras las puertas de roble que tanto había ansiado cruzar, la niebla de Barovia seguía enroscándose entre las lápidas del pueblo, indiferente a la pequeña vida que se apagaba a apenas unos metros de la libertad.

La Casa de la Muerte no necesitó guadañas ni humo para llevarse a Pip. Le bastó con la distancia y el silencio.

Muy por debajo de aquellas baldosas, en la Cámara Ritual, Alden no sabía nada de esto. Cruzó el agua turbia a la carrera, salpicando en cada zancada, con la espada ya desenvainada y el pulso latiéndole en las sienes al ritmo de una sola palabra que no dejaba de repetirse en su cabeza: Naivara, Naivara, Naivara. Saltó sobre la tarima octogonal del altar sin aminorar el paso, y desde allí, con los pies resbalando en la sangre reseca de generaciones de sacrificios, alzó la hoja hacia la alcoba occidental y dejó salir todo lo que llevaba dentro en un solo grito desgarrado —ira, miedo, la impotencia de haber entregado el cuerpo de su amiga a los brazos de otro y no haber podido salvarla cuando aún respiraba—. El eco de su voz rebotó en las paredes húmedas de la cámara, se multiplicó en un centenar de ecos rotos y murió, por fin, contra el hueco negro de la brecha.

Y algo respondió.

Entre los desechos amontonados que una vez confundieron con simple escombros, la masa de barro, raíces y huesos volvió a moverse. Esta vez no con la parsimonia perezosa de un despertar reciente, sino con la atención lenta y deliberada de algo que llevaba ya un rato escuchando, aguardando a ver qué clase de presa era esta que gritaba su dolor en mitad de su guarida. Los dos puntos de luz pálida que le servían de ojos —si es que aquello merecía llamarse ojos— giraron hacia Alden, y el goteo constante de lègamo negro que caía de su cuerpo pareció, por un instante, detenerse, como si la criatura tomara aliento.

Alden no retrocedió. Con la espada en alto y los dientes apretados, esperó sobre el altar el primer movimiento de Lorghoth la putrefactora, solo, empapado, con el corazón tan roto que ya no le quedaba sitio para el miedo.

Muy lejos de allí, Thorin seguía de rodillas donde Alden lo había dejado.

Estaba exactamente donde la habían dejado ellos mismos horas antes: en el rincón más apartado, envuelta en su propia capa de maga, lejos de los huesos roídos del suelo, apoyada contra la piedra como si durmiera. Habían venido los dos a buscarla. Habían cruzado juntos el santuario, el cruce de los necrófagos, el corredor del sur, sin decirse una palabra en todo el camino. Y cuando Thorin se agachó a levantarla y alargó una mano pidiendo ayuda con el peso, Alden le pasó el cuerpo entero, se lo cargó encima como quien devuelve algo prestado, y dio media vuelta.

No me sigas. No me esperes.

Eso fue todo. Thorin se quedó con los brazos llenos y la boca abierta, y para cuando encontró algo que decir, el guerrero ya era una sombra al final del túnel.

Aún de rodillas. Clavó entre dos piedras lo que quedaba de la antorcha, le tomó la mano —fría, demasiado fría— y murmuró una plegaria en la lengua áspera de su pueblo.

No eran palabras de súplica. Eran una promesa: que la sacaría de allí, que no la dejaría pudrirse entre las raíces de aquella casa, que si el destino le había negado salvarla en vida al menos le concedería un entierro bajo un cielo de verdad.

Luego, con un gruñido de esfuerzo que sonaba a lágrima contenida, se alzó con el cuerpo liviano —demasiado liviano— de Naivara. Comprendió, con una claridad que dolía, que no podría saltar guadañas ni trepar trampillas con ella a cuestas. Sopesó el camino de vuelta a la habitación de los lobos, con su humo negro y su hoja oscilante, y lo descartó: no había forma de izarse por aquella trampilla y cruzar aquel umbral cargando un cadáver sin que los dos acabaran despedazados en el intento. Así que giró hacia el este, dejando atrás la mesa tosca y los huesos mohosos, en dirección al foso de picas —cuyo fondo conocía mejor que ninguno de ellos— y

más allá, hacia el acceso de la mazmorra y la escalera de caracol que subía quince metros hasta el ático.

Caminaba deprisa, con la antorcha temblando en una mano y el cuerpo de su amiga apretado contra el pecho con la otra, murmurando entre dientes aquella letanía que no se atrevía a terminar. No pensaba en Alden, que acababa de irse solo hacia la única cosa de aquella mazmorra que no habían sabido matar. No pensaba en Pip, a quien había visto cruzar el humo hacia el salón principal sin saber ya si había llegado al otro lado. Solo pensaba en poner un pie delante del otro, en el peso de Naivara sobre su hombro, y en la promesa de una salida que aún no había encontrado.

Detrás de él, la Casa de la Muerte crujía y respiraba, satisfecha con la ofrenda que ya había cobrado en el vestíbulo, y esperaba, paciente como solo puede serlo algo que lleva siglos alimentándose de la desesperación ajena, a ver cuántas más iba a llevarse antes de que amaneciera.

Salvaos.

No le dio tiempo.

Esa fue toda la historia, y por eso no hay quien la cuente bien: Alden se pasó la noche entera preparándose para un último combate y el último combate no llegó a existir.

Lo vio venir y no lo creyó. Aquella masa se había desperezado antes con la lentitud de una montaña, chorreando, tanteando el agua como una raíz ciega, y él había medido su velocidad y había hecho sus cuentas y había decidido que le daría tiempo a asestar tres golpes buenos antes de que lo alcanzara.

Se equivocó por completo.

Lorghoth la putrefactora salió de su brecha en un solo movimiento continuo, sin transición entre la quietud y la carrera, atravesó los ocho pasos de agua turbia que lo separaban del altar como si el agua no estuviera allí, y descargó sobre él antes de que Alden llegara a completar el arco de su propia espada.

Le entró por el costado. No fue un golpe: fue un derrumbe, una pared cayéndosele encima con todo el peso de la tierra dentro. Alden salió despedido de la tarima, se estrelló contra el agua y contra la piedra del fondo, y algo se le rompió en el pecho de un modo que reconoció enseguida, porque había visto a otros hombres con esa cara.

El agua turbia le entró en la boca. La escupió. Intentó ponerse de pie y descubrió que las piernas ya no eran suyas.

Y encima de él, muy alto, la masa se detuvo.

No lo remató. Se quedó ahí, goteando légamo negro, con los dos puntos de luz pálida vueltos hacia el hombre que se ahogaba a sus pies, y esperó. No tenía prisa ninguna. Nunca la había tenido. Lorghoth la putrefactora llevaba siglos en aquella cámara y sabía perfectamente cómo terminan estas cosas sin necesidad de intervenir.

Después, con la misma indiferencia con la que se había levantado, se dio media vuelta y volvió despacio hacia su brecha del oeste.

Alden se quedó solo en el agua.

* * *

Tardó mucho en moverse.

Tenía la cara medio hundida y el agua le llegaba a la oreja, y cada vez que respiraba le entraba un poco más. Pensó, con una lucidez rarísima y muy tranquila, que iba a morir ahogado en veinte dedos de agua, y que después de todo lo que había pasado esa noche aquello era una manera bastante ridícula de acabar.

Y entonces se acordó de las voces.

«Uno debe morir».

Llevaban toda la noche cantándolo y ninguno de los tres había querido entender lo que estaban pidiendo. Trece cosas sin cara subidas a los rebordes de una cámara inundada, señalando un altar, diciendo en voz alta y muy clara y una y otra vez lo único que hacía falta para que aquello parara.

Pero él se había bajado de la tarima.

Alden metió la mano en el agua, encontró la empuñadura de su espada por puro tacto y cerró los dedos alrededor.

Después empezó a arrastrarse.

Fueron ocho pasos. Le costaron más que los tres asedios de su vida, todos juntos. Avanzaba a codo, empujando con la única pierna que le respondía, con la espada en la mano derecha rascando la piedra del fondo, y cada vez que se paraba a respirar tragaba agua y tenía que empezar de nuevo. En algún momento perdió la cuenta de dónde estaba y siguió avanzando de todas formas, en la dirección en la que se había estado moviendo, porque era lo único que sabía hacer.

La mano encontró el escalón.

Se izó sobre la tarima octogonal con los dos codos, arrastró el resto del cuerpo detrás y rodó de espaldas sobre la piedra seca, y se quedó ahí un rato mirando la oscuridad del techo y las cadenas oxidadas que colgaban de ella y que no se movían en absoluto.

Le costó incorporarse. Cuando lo consiguió, quedó sentado contra el altar negro, con la espalda apoyada en cien años de sangre seca.

Levantó la espada y la miró.

Fue en ese preciso instante cuando —cediendo a esa inercia *muda* que lo asaltaba siempre que las palabras resultaban insuficientes, y que había practicado en la penumbra durante horas sin testigos— recorrió el filo del acero con la yema del pulgar.

El acero no había perdido su temple. Seguía siendo una hoja íntegra, una pieza de metal honesto a la que él había profesado un cuidado meticuloso para librarla de la herrumbre y la fatiga.

Alden pensó en Naivara, a la que no había podido salvar. Pensó en Thorin, que en ese momento estaría tratando de salir con vida con un cadáver a la espalda. Pensó en Pip, que le había dicho “ven conmigo” dos veces y al que no había contestado ninguna de las dos.

Y pensó, sobre todo, en las horas que había pasado comprobando picaportes en una planta vacía mientras arriba ocurría todo lo que importaba.

«Uno debe morir».

—Vale —dijo.

Puso la punta contra su propio pecho, apoyó el pomo en la piedra del altar, y se dejó caer hacia delante con todo el peso que le quedaba.

Fue un acto extrañamente silencioso: el hierro encontró su camino sin resistencia y la vida se apagó en un suspiro breve, ahogado antes de nacer.

Lo último que hizo fue soltar el aire, y con el aire salió una palabra que no iba dirigida a nadie que pudiera oírla.

—Salvaos.

* * *

Nadie respondió.

Las trece sombras no regresaron, pero tampoco se disiparon del todo; el cántico no volvió a alzarse, aunque el eco muerto de sus notas parecía seguir vibrando en la piedra, suspendido en una calma tensa y antinatural. Nada en aquella casa dio señales de haberse detenido, ni de haberse saciado, ni de haber rechazado el tributo. Solo quedó el peso sofocante de una duda suspendida en el aire: si la sangre derramada sobre el altar había sellado al fin el pacto exigido, o si no era más que el estertor inútil de un hombre consumiéndose en soledad sobre la roca fría.

En su brecha del oeste, Lorghoth la putrefactora permaneció en una quietud indescifrable, respirando en la penumbra. Despierto, paciente, con la mirada perdida en la nada de la cámara vacía.

El agua turbia se cerró sobre sí misma, callada e impenetrable, guardándose la respuesta.

X. Todavía no.

La puerta que no cedía.

Subió quince metros de escalera de caracol con ella al hombro.

Después cruzó el pasillo del ático, bajó por la escalera secreta al balcón, bajó la escalera de mármol rojo, dejando a un lado el amasijo negro de la armadura que seguía enfriándose a media escalinata, atravesó el vestíbulo superior, pasó por delante del retrato de una familia sonriente y siguió bajando con las piernas temblándole en cada peldaño.

En el vestíbulo encontró a Pip.

Estaba boca abajo sobre las baldosas, a un paso de las puertas de roble, con la sangre formando un charco oscuro extendido a su alrededor. Thorin se quedó parado a las puertas del vestíbulo con el cuerpo de Naivara al hombro, mirándolo. Así estuvo durante mucho tiempo.

Después se arrodilló, dejó a Naivara en el suelo con todo el cuidado del que fue capaz, y se sentó entre los dos.

No lloró. Lo que le salió fue otra cosa, algo desde my adentro y de tono ronco que empezó en el pecho y se le quedó atascado en la garganta y no terminó de salir nunca del todo, y que se parecía mucho más a la rabia que a la pena.

Cuando se le pasó, hizo lo único que le quedaba por hacer.

Arrastró los dos cuerpos hasta la puerta, uno detrás de otro, y la puerta se abrió sin ninguna resistencia. Los sacó al pórtico, los bajó por los peldaños, cruzó la verja de hierro que llevaba toda la noche entreabierta y los dejó tendidos en el empedrado de la calle, lado a lado, bajo el cielo cerrado y plomizo de Barovia.

Les colocó los brazos. Le estiró a Naivara la capa de maga sobre el pecho. A Pip no supo qué hacerle, así que le puso su propia capa por encima.

Y volvió a entrar.

* * *

Rompió primero las lámparas de aceite del vestíbulo, una por una, estrellándolas contra el suelo. Después las del salón principal. Vacío lo que quedaba sobre las cortinas, sobre las capas negras del guardarropa, sobre los muebles y sobre los paneles de madera tallada, y mientras lo hacía juró sentir cómo, entre las enredaderas y las ninfas y los sátiros que llevaban siglos fingiendo, a unas serpientes y unas calaveras que se retorcían por el rabillo del ojo en esa misma talla.

Trazó un reguero de aceite desde el salón hasta el vestíbulo, retrocediendo hacia la salida.

Y en el umbral, con la antorcha en la mano, se detuvo un momento.

—Ya está —dijo.

Bajó la llama al reguero.

El fuego salió disparado hacia dentro con un rugido de aire, subió por las cortinas y prendió las capas negras del guardarropa en un solo latido. Entonces Thorin dio media vuelta para dar luego dos pasos hacia la calle.

Las puertas de roble se cerraron delante de él.

No fue el viento. No hubo ninguna corriente, ni un golpe, ni bisagra que chirriara: las dos hojas se juntaron con un chasquido seco y limpio, como se cierra un libro, y el cerrojo de hierro se deslizó solo dentro de su cajera y se encajó de forma sonora.

Thorin se estrelló contra ellas con el hombro.

No se movieron.

Tiró del cerrojo con las dos manos y el hierro no cedió ni un poco. Golpeó la madera con el puño, con el codo, con la frente. Recorrió el vestíbulo entero buscando una ventana —cualquier ventana, un respiradero, un hueco— y no encontró ninguna: aquella sala solo tenía dos salidas, las puertas de roble al sur y las de caoba con vidrieras al norte, y las de caoba ya estaban ardiendo.

Entonces cogió el hacha.

* * *

El primer hachazo abrió una grieta.

El segundo resbaló y no hizo nada. El tercero arrancó una astilla larga y le devolvió el golpe entero por los brazos, hasta los hombros.

El calor a su espalda dejó de ser una amenaza lejana. Las puertas de caoba con vidrieras que daban al salón principal ardían de arriba abajo, y las esquirlas de cristal caliente estallaban con pequeños chasquidos y caían como lluvia de brasas sobre las baldosas. El humo, negro y grasiento por el aceite quemado, descendía ya casi hasta la altura de su cabeza. Thorin se arrancó un jirón de la camisa, se lo ató sobre la boca y la nariz, y siguió golpeando.

Cuarto hachazo. Quinto.

La grieta se extendió, se ramificó como un rayo negro por el roble macizo, y no cedió.

Cada respiración a través del trapo le raspaba la garganta como grava. Le empezaron a fallar las manos. Se le nubló la vista por los bordes.

Y en algún momento, entre golpe y golpe, Thorin comprendió con absoluta claridad que aquella puerta no se iba a abrir por mucho que la golpeará, y que la casa la había cerrado a propósito, y que lo había hecho justo cuando él ya tenía un pie fuera, porque eso era lo que hacía y lo que había hecho todo este tiempo.

Se llevó la mano al cuello y sacó el disco de latón con el sol de Lathander grabado.

Lo miró un momento. Había rezado con él en la calle, antes de entrar. Había rezado con él en el balcón, y le había respondido. Había rezado con él en el cuarto de los niños, y le había respondido. Pero le había puesto las manos encima a Naivara con aquel disco contra el pecho y no había respondido nadie.

Abrió los dedos.

El símbolo cayó al suelo del vestíbulo en llamas y se quedó ahí, entre las brasas, brillando un poco más que antes.

Entonces Thorin levantó el hacha de nuevo.

Lo hizo por Rose, que le había demostrado con sus gestos que estaba orgullosa de él sin siquiera decírselo. Tomó espacio para una última carrerilla, la que cabía en un espacio tan estrecho y con todo lo que le quedaba de vida concentrado en ese único instante, gritó

—sin palabras, sino con un rugido que salía de algún lugar más viejo que ellas, un sonido que llevan en la sangre los enanos de las montañas para cuando ya no les queda nada más que ofrecer que su propia furia.

Cayó el golpe.

Aguantó la madera.

Y Thorin se derrumbó de rodillas contra la puerta que no había podido abrir, con el hacha resbalándosele de las manos, y el humo negro se cerró sobre él y lo tumbó de lado sobre las baldosas ardientes, y ya no se movió más.

La niebla y los tres.

Estaba de pie en un sitio sin suelo.

No había fuego. No había calor, ni humo, ni el peso terrible que llevaba toda la noche cargando en el pecho. Solo una niebla gris y quieta que se extendía en todas direcciones sin llegar a ninguna parte, y un silencio que no era el silencio hostil de la casa sino algo mucho más antiguo y mucho más amable.

Y delante, a cierta distancia, había tres figuras esperándolo.

Las reconoció enseguida.

Naivara estaba en el centro, con las manos entrelazadas delante y esa serenidad suya que ni siquiera la casa le había podido quitar del todo, y lo miraba llegar sin ninguna sorpresa. Pip estaba a su izquierda, con la cabeza ladeada y una sonrisa torcida que la muerte no había conseguido borrarle, como si llevara un rato ahí esperando y pensara decirle algo sobre el retraso. Y a la derecha, medio paso por detrás de los dos, callado como siempre, estaba Alden.

Thorin echó a andar hacia ellos.

No pensó nada. No sintió miedo ni alivio ni pena: sintió, sencillamente, que aquello era el final de un trayecto muy largo y que ya podía dejar de caminar. Estaban los cuatro. Volvían a estar los cuatro.

Levantó una mano.

Y algo gritó.

No fue ninguno de ellos tres. Vino de detrás, de arriba, de todas partes a la vez, y no era una voz que Thorin hubiera oído nunca —ni de hombre ni de mujer, ni amable ni cruel, solo enorme y absolutamente abrumadora:

—¡No!, ¡todavía no!

La niebla se cerró.

Se cerró sobre las tres figuras como se cierra un puño, borrándolas de golpe —Naivara primero, luego Pip, luego Alden, que ni siquiera llegó a levantar la vista—, y Thorin gritó y corrió hacia donde habían estado pero no había nada, y la niebla se cerró también sobre él y tiró de él hacia atrás y hacia abajo con una fuerza que no admitía discusión.

* * *

Volvió al fuego con una bocanada que le desgarró la garganta.

Estaba boca abajo en las baldosas ardientes del vestíbulo, le dolía todo su cuerpo por igual, y a un palmo de su cara ahí estaba el disco de latón, que seguía en el suelo, entre las brasas, con el sol grabado hacia arriba.

No lo recogió.

Se puso de rodillas. Después, agarrándose a la madera de la puerta, se puso de pie. Estaba quemado y ciego de humo y le quedaba, calculó, una tiempo de vida que se podía medir en respiraciones.

Alargó la mano hacia el cerrojo por pura costumbre, sin ninguna esperanza.

El cerrojo se deslizó a un lado sin resistencia.

Y las puertas de roble macizo de la Casa de la Muerte se abrieron hacia fuera, de par en par, solas, con la misma facilidad con la que se habían abierto la primera vez.

Thorin se quedó mirando la calle un segundo entero, sin entender nada.

Después salió.

* * *

El aire nocturno, cargado de humedad y del olor a tierra mojada de la aldea, le entró en los pulmones como un regalo. Tosió, escupió hollín negro, bajó los peldaños del pórtico agarrándose a la barandilla y cruzó la verja de hierro, y solo cuando llevaba veinte pasos de empedrado a su espalda se permitió caer de rodillas.

Detrás de él, el fuego devoraba el vestíbulo, trepaba por la escalinata de mármol rojo, lamía los paneles de madera tallada del salón principal. Columnas de humo negro empezaban a alzarse sobre el tejado de la mansión, visibles ya desde cualquier punto de la aldea, un faro oscuro que anunciaba que algo, esa noche, había terminado allí arriba, en la colina.

Thorin levantó la cabeza y buscó a sus amigos.

Esto no es un entierro.

No estaban.

Los había dejado a veinte pasos de la verja, en el empedrado, uno junto al otro, con la capa de maga sobre el pecho de ella y la suya propia sobre él. Llevaba dentro de la casa el tiempo que se tarda en romper unas lámparas y ensañarse a golpes con una puerta. Y en el sitio exacto donde los había dejado no había nada.

Ni los cuerpos. Ni las capas. Ni una mancha, ni un jirón de tela enganchado en una junta del empedrado, ni siquiera esa marca oscura que deja un cuerpo que ha estado un rato tumbado en el mismo sitio.

Nada.

Sobre las piedras vacías, exactamente donde debería haber estado la cabeza de Naivara, había un cuervo.

Era grande y muy negro, y no salió volando. Thorin dio un paso y el pájaro no se movió. Dio otro y el cuervo giró la cabeza hacia él con un movimiento seco, le sostuvo la mirada con un solo ojo redondo, y aquel ojo permanecía demasiado quieto como para pertenecer a un animal. No era el ojo de algo que calcula la distancia de huida. Era el ojo de algo que está observando con curiosidad.

Se sostuvieron la mirada durante unos segundos de más, congelados en un tiempo eterno.

Después el cuervo graznó una sola vez —seco, áspero, casi un ladrido— y se alzó en un aleteo pesado, cruzó por encima de la verja de hierro y se perdió sobre los tejados de la aldea en dirección a la niebla que cerraba el valle.

El silencio que dejó tras de sí fue mucho peor que el graznido.

* * *

Un graznido que se apagó entre los tejados y Thorin se quedó solo con el crepitar lejano de la casa que ardía. Por un instante no hizo nada. No podía. Las piernas le temblaban bajo el peso de un cuerpo que debería estar muerto, y la mente le daba vueltas alrededor de esa voz, "todavía no", como una polilla alrededor de una llama que ya no sabía si es amiga o enemiga.

Se arrodilló donde estuvieron los cuerpos. Palpó el empedrado con las manos abiertas, buscando algo, cualquier cosa: un jirón de tela, una mancha oscura, el frío residual de la piel de un muerto. No había nada. Ni siquiera polvo removido. Era como si Naivara y Pip nunca hubieran estado allí, como si la calle misma hubiese decidido borrar la evidencia de su duelo antes de que Thorin pudiera completarlo.

—Esto no es un entierro —murmuró, con la voz rota por el humo—. Es un expolio.

Se incorporó despacio, apoyándose en la verja oxidada de la Casa de la Muerte, cuyo hierro estaba ya tibio por el fuego que devoraba el interior. Miró hacia atrás, hacia las ventanas que antes fingían ser una mansión señorial y que ahora eran bocas naranjas escupiendo humo hacia el cielo plomizo. En algún lugar dentro de esa casa, entre cenizas y vigas caídas, estaba lo que quedara de Alden. Pensó en entrar de nuevo. Lo pensó en serio, durante un segundo entero, con esa clase de locura que solo nace del agotamiento y la culpa. Pero el cuerpo no le respondía: apenas podía sostenerse en pie, y sabía —lo sabía con la misma certeza fría con que un clérigo conoce los límites de su propia fe— que

volver a entrar en ese momento habría sido simplemente elegir un cuarto cadáver.

—Todavía no —repitió, casi sin querer, probando el sabor de esas palabras en su propia boca. No sabía si las decía como una promesa o como una advertencia que le hacía a la casa, a la voz, a sí mismo.

La niebla vino a cubrirlo.

Barovia lo recibió con el mismo silencio con el que lo había despedido horas —¿o siglos?— atrás. Las casas altas y oscuras se alineaban como lápidas a ambos lados del camino de grava, con las ventanas tapiadas y las puertas atrancadas, y ni una sola luz de vela traicionaba la posibilidad de que alguien, en algún rincón de aquella aldea, estuviera despierto para ver arder la colina.

Thorin caminó como pudo, echando un hombro contra las fachadas frías, dejando a su espalda el resplandor que ya teñía la niebla de un naranja sucio. Cada paso era una negociación con su propio cuerpo. En algún momento se detuvo, se apoyó contra el muro de una tienda cerrada con tablones y deslizó la espalda hasta quedar sentado en el suelo, porque las piernas, sencillamente, ya no querían sostenerlo más.

Ahí, a solas, dejó que las lágrimas brotaran sin que nadie lo viera llorar. No había heroísmo en aquel llanto. Era el llanto simple y feo de alguien que había sobrevivido cuando no debería haberlo hecho. De alguien que había sacado dos cadáveres a la calle con sus propias manos para que la niebla se los llevara igual. De alguien que había visto a un tercer amigo marcharse solo a enfrentar una cosa de barro y huesos y no sabía, todavía, si seguía vivo o si aquella espalda alejándose por el túnel había sido lo último que quedaba de él.

—Alden —dijo al aire vacío, como si el nombre pudiera invocar una respuesta que la casa ardiendo nunca le dio—. Si todavía respiras ahí dentro, perdóname. No pude ir a por ti.

Nadie respondió. Solo el viento, cargado de humedad y del hedor lejano de la madera quemada, le devolvió el silencio de siempre.

Pasó un tiempo que no supo medir. Puede que minutos, podía ser que la mitad de la noche. Cuando por fin alzó la cabeza, algo en el aire había cambiado: la niebla —esa niebla que ya conocía, la misma que los tragó a las puertas de Barovia la primera vez— empezó a espesarse en los extremos de la calle, avanzando lenta, casi respetuosa, como si esperara a que él terminara de llorar antes de reclamar la aldea entera. En cualquier otra noche, ese avance gris y silencioso le habría parecido una amenaza más. Aquella noche, extrañamente, le pareció casi un alivio: un manto que venía a cubrir lo que había pasado, a esconderlo de cualquier ojo que pudiera estar mirando desde la colina.

Thorin se puso en pie. Le dolía todo, desde las quemaduras de las manos hasta un punto profundo del pecho que no tenía nombre en ningún idioma que conociera. Pero se puso en pie.

La única vela encendida.

Caminó hacia el centro de la aldea sin rumbo claro, solo con la certeza de que quedarse inmóvil bajo la sombra de la Casa de la Muerte era una forma de morir que todavía podía evitar. Las columnas de humo negro seguían ascendiendo a su espalda, visibles por encima de los tejados, un faro que —estaba seguro— alguien en Barovia tenía que haber visto ya. Y en efecto, cuando dobló hacia lo que parecía ser la plaza central, distinguió el brillo tembloroso de una única ventana iluminada: una vela, quizá dos, tras un cristal sucio, el primer signo de vida que había visto desde que cruzó la verja de la mansión.

Se detuvo un momento frente a esa luz, respirando el aire frío de la noche, sintiendo cómo la niebla empezaba a lamerle los tobillos.

Pensó en Naivara, en su serenidad incluso al final. En Pip, con su sonrisa torcida que ni la muerte pareció borrar del todo en aquella visión de bruma. En Alden, gritando su desafío a una criatura que no debería existir. Pensó en la voz que le negó el descanso —“todavía no”— y se preguntó, por primera vez desde que había despertado con un hilo de vida latándole en el pecho, si aquellas palabras eran una condena o una promesa.

No tenía respuesta. Solo tenía una casa ardiendo a su espalda, una aldea envuelta en niebla ante él, y la certeza amarga de que había entrado en Barovia con tres amigos y salía de su primera noche con las manos vacías, el corazón destrozado, y una deuda. Una deuda con los muertos, con la casa, con la voz que aún no ha dicho todo lo que tiene que decir. Una deuda que solo él sigue vivo para pagar.

Respiró hondo. Y caminó hacia la luz.